

PROPÓSITO

«DIÁLOGO... quiere ser una revista de jerarquía intelectual, abierta a las más diversas corrientes de pensamiento y en la que los escritores más significativos de nuestro tiempo traten con autoridad los diversos temas que traducen la inquietud en que vive el hombre contemporáneo.

Haciendo honor a su nombre, DIÁLOGO alienta el propósito de que sus páginas sean un lugar de encuentro y de intercambio de quienes, situados en diversos campos de la actividad intelectual, sienten la preocupación de encontrar la fórmula vital que devuelva al hombre de hoy su verdad. Por ello se propone como objetivo primero el estudio de los problemas actuales en lo que éstos tienen de propiamente humano. La filosofía en sus diversas ramas, y particularmente en antropología y filosofía de la historia, la sociología, la economía, la filología y la religión ocuparán el primer plano de su atención.

Los más diversos colaboradores habrán de tratar estos temas con independencia de criterio y sin otra limitación que la impuesta por las exigencias de un saber auténtico y responsable. DIÁLOGO, con espíritu de gran cordialidad, abre sus puertas a todos los escritores, en la seguridad de que un común amor a la verdad, habrá de presidir en todo momento el intercambio de las diferentes perspectivas.

Aunque DIÁLOGO garantice realmente a sus colaboradores la más amplia libertad, estimulando el cotejo y confrontación de las opiniones ponderables más diversas, no ha de renunciar por ello a sostener su propia convicción y a expresarla con claridad y firmeza. DIÁLOGO tiene la persuasión de que la tragedia del hombre contemporáneo radica en el divorcio existente entre su cultura -la llamada cultura moderna- y las fuentes religiosas; y, en consecuencia, de que sólo restableciendo la referencia de la totalidad de su vida con el Dios vivo del mensaje cristiano, puede el hombre encontrar su forma de equilibrio y de paz.

En hallar el punto de conjugación de dicha cultura y de ese mensaje -supuesto que ello sea posible y en la medida en que lo sea- pone DIÁLOGO su tarea propia y peculiar».

NUESTRA TAPA:

La Anunciación de Joan Mayné

DIÁLOGO

Y el Verbo se hizo carne

VOLUMEN LXI

de 2012

DIRECTOR

P. Lic. Gabriel Zapata

CONSEJO DE REDACCIÓN

P. Lic. Ricardo E. Clarey

P. Lic. Tomás J. Orell

P. Lic. Edgardo R. Catena

P. Lic. Fernando Vicchi

P. Lic. José Antonio González

REVISTA

del Seminario «María, Madre del Verbo Encarnado»,
del Estudiantado del Convento «Santa Catalina de Siena»,
del Instituto «Alfredo R. Bufano» (PS-215),
del Colegio «Isabel la Católica» (E-92),
y de los Cursos de Cultura Católica.

AÑO 17 - Segunda época - N° 61

Reg. de la Prop. Intelectual: 311933

ISSN 0327-8999

CONSEJO EDITORIAL

Exégesis y Teología Bíblica

- P. Lic. Ricardo Clarey (Argentina)
- P. Lic. Eugenio Elías (Francia)
- P. Lic. José A. Marcone (Argentina)
- P. Lic. Ervens Mengelle (Canadá)
- P. Lic. Gustavo Nieto (Estados Unidos)
- P. Lic. Tomás Orell (Argentina)
- P. Dr. Carlos Pereira (Italia)
- P. Lic. Mauricio Pérez Osán (Alemania)
- P. Lic. Miguel Pertini (Italia)
- P. Lic. Gonzalo Ruiz Freites (Italia)
- P. Lic. Gabriel Zapata (Argentina)

Teología Dogmática

- P. Lic. Reynaldo Anzulovich (Jordania)
- P. Dr. José M. Corbelle (Filipinas)
- P. Lic. José Hayes (España)
- P. Lic. Bernardo Juan (España)
- P. Lic. Marcos Juan (Brasil)
- P. Lic. José Lochedino (Perú)
- P. Lic. Daniel Montesana (Canadá)
- P. Lic. Sergio Pérez (Túnez)
- P. Dr. Arturo Ruiz Freites (Italia)

Teología Moral

- P. Lic. Esteban Cantisani (Argentina)
- P. Lic. Eduardo Coll (Estados Unidos)
- P. Lic. José Giunta (Estados Unidos)

Filosofía

- P. Dr. Elvio C. Fontana (Italia)
- P. Lic. Marcelo Gallardo (Palestina)
- P. Lic. Omar Mazzega (Perú)
- P. Lic. Fernando Vicchi (Argentina)
- P. Lic. José Antonio González (Argentina)
- P. Dr. Javier Olivera Ravasi (Argentina)

Liturgia y Espiritualidad

- P. Lic. Pablo Bonello (Estados Unidos)
- P. Lic. Jon de Arza (Argentina)
- P. Lic. Agustín Spezza (Argentina)

Eclesiología y Misionología

- P. Lic. Carlos Ávila (Tadjikistán)
- P. Lic. Carlos Ferrero (Chipre)
- P. Lic. José Montes (Ucrania)
- P. Lic. Diógenes Urquiza (Rusia)

Derecho Canónico

- P. Lic. Lucio Flores (Taiwán)
- P. Dr. Roberto Folonier (España)
- P. Dr. Diego Pombo (Italia)
- P. Lic. Andrés Vidal (Argentina)

Cultura y Educación

- P. Lic. Rolando Santoianni (Canadá)

COMITÉ DE HONOR

Dr. Alberto Caturelli, Prof. Nélida Asunción Freites, Dr. Roberto Muzio y Sra. Marie de Place de Muzio, Ing. Miguel Ángel Salvat, Dr. Víctor Hugo Bressan, Dr. Pablo Enrique Bressan, Dr. Francisco Navarro Hinojosa, Lic. Marta Giglio de Furlán, Dr. Eduardo Petrino y Sra. María Helena Havelka de Petrino, Cont. Pablo Felipe Coduti, Dr. Juan Mazzeo y Dra. Nelly Sandruss de Mazzeo, Dr. Jorge Randle y Sra. Teresa Wilkinson de Randle, Dr. Alberto Eduardo Buella y Prof. Cecilia González de Buella, Sr. Germán Raúl del Campo y Sra. María Teresa Mussio de del Campo, Prof. Vicente Pérez Sáez y Prof. Fanny Osán de Pérez, Dr. Miguel Ángel Soler, Prof. Beatriz Buella, Dr. Darko Sustersic, Dr. Enrique Díaz Araujo.

SUMARIO

EDITORIAL

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS 7

P. Lic. Gabriel Zapata I.V.E.

ARTÍCULOS

AÑO DE LA FE

FE Y RAZÓN 13

P. Dr. Cornelio Fabro

EL PROGRESISMO CRISTIANO: RENOVADA ACTUALIDAD DE LA TAREA FILOSÓFICA FRENTE A LAS NUEVAS DESVIACIONES DOCTRINALES 29

P. Carlos Miguel Buela I.V.E.

EL DON Y EL SERVICIO DE LA MÚSICA 43

Prof. Sergio Militello

EL HUMANISMO PURO EN MOZART 53

Fray Mario José Petit de Murat

EL AMOR SUFRIENTE COMO REMEDIO DEL FARISEÍSMO 61

P. Martín Villagrán I.V.E.

EL MISTERIO DE LA MUERTE EN HUGO WAST 107

Daniel Omar González Céspedes

PÁGINAS INOLVIDABLES

UN AÑO DE SACERDOCIO 119

<i>EL TEÓLOGO RESPONDE</i>	
LOS RIESGOS DE LO «OCULTO»	121
<i>P. Dr. Miguel Ángel Fuentes I.V.E.</i>	
<i>INTERCAMBIOS</i>	128
<i>NOTICIAS</i>	129
<i>RECENSIONES</i>	133
<i>LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA</i>	
LA CRUCIFICCIÓN DE PEDRO EN LA	
BASÍLICA VATICANA	149
<i>NUESTRA TAPA</i>	
LA ANUNCIACIÓN DE JOAN MAYNÉ	153
<i>P. Lic. Agustín Spezza I.V.E.</i>	

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

P. Lic. Gabriel Zapata I.V.E.
San Rafael, Argentina

Sobre el final del año, para hacer las cosas como Dios manda, es preciso mirar hacia atrás, examinar, pedir perdón, agradecer. Es cosa de hombres bien nacidos, pero es sobretudo de buenos cristianos. Porque es justo que nos remitamos a Dios y es justo que miremos lo que causamos en la Iglesia y en la historia. Nuestros pecados no son indiferentes. Alguien los sufrió. Los sufrió el Señor, pero también los sufrió su Cuerpo Místico, la Iglesia. Así como también las buenas obras, hechas por gracia de Dios, fueron un consuelo para el Señor y fueron más vida para la Iglesia. Y es preciso agradecerlo. Esto implica una mirada de fe al *misterio de la comunión de los santos*. El año de la fe nos empuja a contemplar con los ojos del alma este misterio. Misterio tan consolador y, a su vez, tan comprometedor.

La expresión «comunión de los santos» y su significado

La expresión se utiliza para referirse ante todo a la *comunidad de los hombres santificados por la gracia de Cristo, que se halla en posesión de los bienes de salvación que nos ganó Cristo*. Los bienes ganados por la sangre de Cristo son míos, los méritos de los santos son míos... Pero ¿de dónde salen semejantes afirmaciones que suenan tan atrevidas? La misma Escritura Santa, y la lectura que de ella hace la Iglesia nos lo revela.

En la Sagrada Escritura

En la Última Cena el Señor rezó: *«que todos sean uno, como tú Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros»* (Jn 17,21). San Pablo al hablar del cuerpo de Cristo indica que la actividad de cada miembro redundan en bien de los demás miembros: *«de manera que, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. Pues vosotros sois miembros de Cristo y miembros unos de otros»* (1Cor 12, 24-27); *«a la manera que en un sólo cuerpo tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen la misma función, así nosotros siendo muchos, somos un solo*

cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros» (Rm 12, 4-5). De allí que desde el origen, unas comunidades rezaban por los demás.

En la Tradición de la Iglesia

Desde el principio se encuentra la expresión práctica de la fe en la comunión de los santos en las oraciones y súplicas que se dirigían en los oficios litúrgicos en favor de los vivos y los difuntos.

La idea de la comunión de los santos fue estudiada por San Agustín en sus numerosos escritos que tratan del cuerpo de Cristo. El santo cuenta como miembros de este cuerpo no sólo los miembros de la Iglesia que viven sobre la tierra, sino también *a todos los fieles difuntos e incluso a todos los justos que ha habido desde el comienzo del mundo. Todos ellos tienen por cabeza a Cristo*. El vínculo que une a todos los miembros del Cuerpo Místico con Cristo, la cabeza, y que los une a todos entre sí, es la *caridad*, don del Espíritu Santo que es quien anima al cuerpo de Cristo¹.

Posteriormente Santo Tomás va a sintetizar: «Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros (...) Es, pues, necesario creer que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la cabeza (...) Así, el bien de Cristo es comunicado a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia»².

En las enseñanzas magisteriales

El símbolo apostólico, en su forma más reciente (siglo V), amplía la confesión de la santa Iglesia católica con la siguiente adición: *«la comunión de los santos»*.

El Catecismo Romano enseñaba: «La unidad del Espíritu, por la que ella [la Iglesia] es conducida, hace que *todo lo que en ella se deposite sea común*»

¹ Cf. De Civ Dei I.20,9,2; Enarr in Ps 36,3,4; In Ps 137,4; Sermo 137,1,1. Las cursivas son nuestras. **La expresión «communio sanctorum»** la hallamos por primera vez vinculada al **símbolo**, y probablemente como integrante del mismo, en la **exposición del símbolo de Niceta de Remesiana (380)**: «cree por tanto, que sólo en esta Iglesia alcanzarás ser partícipe en la posesión de los bienes santos (communio sanctorum)». Desde mediados del siglo V, la encontramos también en Galia.

² Cit. en el Catecismo de la Iglesia Católica n. 947.

(I 10, 2); «No solamente son comunes aquellos dones que hacen a los hombres gratos a Dios y justos, sino también los dones extraordinarios de la gracia» (I, 10, 25); «*Todo lo bueno y santo que emprende un individuo repercute en bien de todos, y la caridad es la que hace que les aproveche, pues esta virtud no busca su propio provecho*» (I, 10, 23).

Observaciones muy parecidas a éstas las hallamos en la encíclica *Mystici Corporis* del papa Pío XII: «*En él [en el Cuerpo Místico de Cristo] no se realiza por sus miembros ninguna obra buena, ningún acto de virtud, del que no se aprovechen todos por la comunión de los santos*». Por consiguiente, entre los miembros del cuerpo místico existe una comunidad de bienes espirituales que se extiende a todos los bienes de la gracia que Cristo nos adquirió y a las buenas obras realizadas con su gracia.

Algunas concreciones en la vida cotidiana

Veamos los modos de vivir esa Comunión de los santos. Lo primero que salta a la vista es el poder de la oración de intercesión, pero después terminaremos viendo que hay algo más profundo y que puede ser habitual: el ofrecimiento de las buenas obras, toda la vida hecha incienso que se ofrece para gloria de Dios y para bien de la Iglesia.

La oración de intercesión

Esto no es una «probabilidad» o simplemente un pensamiento piadoso. Fue el mismo Señor quien pide a sus discípulos que oren por sus perseguidores (cf. Mt 5,44). Y San Pablo dice que rogará por sus comunidades (cf. Rom 1, 9-10) y les pide que también oren por él (cf. Rom 15,30) y por todos los santos (cf. Ef 6,18) y exhorta a la oración por todos (cf. 1 Tim 2, 1-2). Finalmente Santiago ruega a los cristianos: «*Orad unos por otros para que os salvéis. Mucho puede la oración fervorosa del justo*» (Stg 5,16).

Pío XII comenta en la encíclica *Mystici Corporis*: «*La salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del cuerpo místico de Jesucristo dirigidas con este fin*». En conformidad con la práctica incesante de la Iglesia, el Papa pide a los fieles que oren unos por otros: «A diario deben subir al cielo nuestras plegarias unidas para encomendar a Dios todos los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo».

Es demasiado clara la necesidad de la oración por los demás. Esto nos pide un examen sobre lo que hemos rezado en este año que termina. Y una acción de gracias, consciente, humilde, por todas las oraciones que otros han elevado por nosotros.

Ofrecimiento de las buenas obras

Y no solamente la oración explícita de intercesión, también toda obra buena redundará en beneficio del Cuerpo Místico, y con más razón si es ofrecida deliberadamente. San Pablo nos enseña que los fieles pueden ofrecer satisfacción unos por otros: *«ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia»* (Col 1,24); *«de muy buena gana me gastaré y me desgastaré por vuestras almas»* (2 Cor 12,15).

Desde los primeros siglos se tenía la convicción de que se pueden alcanzar de Dios beneficios de todas clases para los hermanos en la fe, no sólo por la oración, sino por las *obras de piedad*. Una hermosa expresión de esta fe la tenemos en san Clemente Romano que propone a los cristianos de Corinto el modelo de Ester: *«que por su ayuno y su humildad asedió al Dios que todo lo ve»*³.

El papa Clemente VI declaró en la bula jubilar *Unigenitus Dei Filius* (1343), en la cual aparece por vez primera de manera oficial la doctrina sobre el «tesoro de la Iglesia» (*«thesaurus Ecclesiae»*), que los méritos (satisfacciones) de María Madre de Dios y de todos los escogidos, desde el primero al último justo, contribuyen a acrecentar ese tesoro del que la Iglesia va sacando las indulgencias⁴. Y el Papa Pío XI, en sus encíclicas *Miserentissimus Redemptor* (1928) y *Caritate Christi* (1932), exhorta a los fieles a que reparen al Corazón de Jesús no sólo por las propias faltas, sino también por las ajenas.

Pero ¿es posible reparar por las faltas de otro?

La posibilidad se funda en la *unidad del Cuerpo Místico*. Santo Tomás de Aquino prueba bíblicamente la posibilidad de la satisfacción vicaria por

³ Cor 55,6.

⁴ Dz 552. Cf. 740a.

lo que dice San Pablo: *Sobrellevad los uno las cargas de los otros* (Gal 6, 2), y de manera especulativa por la *virtud unificadora de la caridad*: «En cuanto dos personas están unidas por la caridad, puede una de ellas ofrecer satisfacción por la otra»⁵.

Para el año sacerdotal, la Congregación para el Clero, publicó un hermoso documento exhortando a la oración y al ofrecimiento victimal por los sacerdotes⁶. Detrás de esta idea es claro que está la certeza de la Comunión de los santos. Vale la pena traer unas líneas para mostrar de qué manera influyen nuestras obras en el Cuerpo Místico de Cristo. Uno de los tantos ejemplos que se recuerdan en el escrito es lo que vio el *cardenal Nicolas de Cusa (1401-1464)*. «Se le manifestó una visión desmesurada». En una pequeña Iglesia veía millares de religiosas que rezaban. Eran muchas y el cardenal dice que nunca había visto rezar tan intensamente. «Sus brazos estaban abiertos y las manos dirigidas hacia lo alto, en una posición de ofrenda».

«Lo increíble de esta visión es el hecho que estas religiosas *en sus pobres y sutiles manos tenían hombres y mujeres, emperadores y reyes, ciudades y naciones*. A veces las manos se estrechaban alrededor de una ciudad; otras veces una nación, reconocible por las banderas nacionales, se extendía sobre un muro de brazos que la sostenía».

En las manos de una joven y delgada religiosa, casi una niña, el cardenal vio al Papa. Se veía que era mucho lo que pesaba sobre ella, pero su rostro brillaba de alegría. «En las manos de una anciana religiosa estaba él mismo, Nicolas de Cusa, obispo de Bressanone y cardenal de la Iglesia romana. Él se reconoció claramente con sus arrugas y con los defectos de su alma y su vida. Observaba todo con ojos muy abiertos y asustados, pero enseguida el susto fue sustituido por una indescriptible beatitud».

Quien lo guiaba le susurra: «*¡Vés cómo, a pesar de sus pecados, los pecadores que no han dejado de amar a Dios son sostenidos!*». El cardenal preguntó: «*¿Entonces qué sucede a los que no aman más?*». **De golpe se encuentra** junto a su guía en la cripta de la iglesia, donde rezaban otras millares de religiosas.

⁵ STh 2-2, 48, 2 ad 1; cf. Suppl. 13, 2; 3CG. 158; In Gal 6, 2; In Symbolo, a. 10.

⁶ CONGREGATIO PRO CLERICIS, *Adoración Eucarística para la santificación de los sacerdotes y maternidad espiritual*, Roma 2007.

«Mientras aquellas que había visto antes sostenían a las personas con sus manos, éstas en la cripta las sostenían con los corazones. Estaban profundamente involucradas, porque se trataba del destino eterno de las almas. *«Vea, Eminencia», dijo la guía: «así son sostenidos los que han dejado de amar. A veces sucede que se calientan con el calor de los corazones que se consuman por ellos, pero no siempre. A veces, en la hora de la muerte, pasan de las manos de quienes todavía los quieren salvar a aquellas del Juez divino, con quien luego deben justificarse también por el sacrificio ofrecido por ellos. Ningún sacrificio queda sin fruto, pero quien no acoge el fruto que se le ha ofrecido, madura el fruto de la ruina».*

El Cardenal miró, se impresionó por esta entrega y por el bien que esas almas podían realizar ofreciéndose. «Él se inclinó profundamente delante de las mártires del amor».

Por lo tanto, es bueno que nos examinemos mirando este gran misterio de la Comunión de los Santos. Pidamos perdón con humildad por las heridas hechas al Cuerpo Místico de Cristo. Y confiemos entusiasmados pensando en todo el bien universal que podemos llegar hacer con muy poco de nuestra parte.

FE Y RAZÓN

P. Dr. Cornelio Fabro¹

I. El problema

La relación entre fe y razón se corresponde con la relación entre gracia y naturaleza, cuyo primer momento, así como su realización fundamental, en cuanto precisamente por la aceptación de la fe es como el hombre penetra en el orden sobrenatural y esa misma fe es la primera gracia que acerca efectivamente el hombre a Dios. El acto de fe, pues, dimana directamente de la moción de la gracia, de modo que la relación entre fe y razón tiene un significado intrínsecamente dialéctico: de una parte, representa y actúa como una condición o preparación para aceptar la fe; de otra, opera como consecuencia de la aceptación de la misma fe, que es la verdad absoluta que salva. En ambas situaciones la fe supone una determinada actitud ante la razón, es decir, ante la filosofía, en cuanto ésta expresa la madurez de la reflexión a que ha llegado la razón. En el primer momento de la preparación para el acto de fe, el fundamento de la relación es la misma fe, que será sólida en sí para todo el que pretenda ser cristiano, ya que la fe es la verdad de Dios revelada al hombre. La filosofía, en cambio, es reflexión o invención humana, y ante ella son posibles dos situaciones -la historia de la teología lo confirma-: o se ve en la multiplicidad y diversidad de los sistemas filosóficos la incapacidad de la filosofía para llevar a la verdad absoluta, o bien en la energía nunca interrumpida de reflexión del género humano para alcanzar la verdad absoluta se considera la tendencia esencial del hombre a confinar el problema de la verdad dentro de los límites de sus posibilidades y en la situación histórica en que vive. En la historia

¹ Publicamos la Vox «Fede» que Cornelio Fabro preparó para la Enciclopedia Cattolica, Sansoni, vol. V, Firenze 1950, 1094b-1102b. Parte del texto fue incorporado por el autor en el libro *Luomo e il rischio di Dio*, Studium, Roma 1967, posteriormente traducido al castellano con el título *Drama del hombre y misterio de Dios*, Rialp, Madrid 1977 y al portugués con el nombre *Deus*, Sao Paolo, Herder 1977 (nde).

del cristianismo se han dado ambas direcciones: una, pesimista, condena en bloque toda filosofía y concibe la relación entre fe y razón de modo predominantemente negativo: irracionalismo, fideísmo, tradicionalismo, etc.; la otra, más optimista, admite la posibilidad de una intervención positiva de la razón -y de la filosofía- en el ámbito de la fe. Esta relación positiva entre fe y razón tiene un significado principalmente histórico en cuanto que reconoce en la misma filosofía precristiana irradiaciones más o menos amplias y completas de la verdad; y otro significado teórico en cuanto adopta los conceptos de la filosofía para reflexionar sobre las fórmulas de la fe y desarrollarlas en su plenitud de verdad para la conciencia, de donde nace la teología.

II. Trazos del desarrollo histórico

La corriente negativa suele referirse a la condena por San Pablo de los filósofos (Rom 1,18 y sigs.) e incluso de la misma filosofía (1Cor 3,9; Col 2,8) e insiste en la corrupción de la naturaleza humana después del pecado. La corriente positiva apela al hecho de la presencia de elementos específicamente filosóficos en la misma Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo (*Job, Sabiduría, Eclesiastés, Macabeos*), como en el Nuevo Testamento (*Evangelio de San Juan, las mismas Cartas de San Pablo y los Hechos de los Apóstoles*), donde el reflejo más o menos directo de la filosofía ambiental está fuera de toda duda. Por lo demás, cuando se examinan a fondo ambas corrientes, no deben contraponerse: los errores de los filósofos que el primero condena los rechaza también el segundo, pero éste va más allá y, con un sentido más agudo de las diferencias, dosifica de distinto modo los varios sistemas según una mayor o menor incompatibilidad -en los principios, método y conclusiones- con los puntos fundamentales de la fe, para demostrar eventualmente que los errores de las conclusiones o del método no siempre son solidarios con los principios, de suerte que se pueden abandonar aquellas y conservar estos. En ambas posturas pueden mantenerse tendencias que admiten todas las gradaciones, y es misión de la historia de los dogmas especificar la fisonomía peculiar de cada dirección en el ambiente histórico y doctrinal en que fue apareciendo cada una.

En la antigua literatura cristiana parece que prevalece la dirección negativa. Hipólito hace a la filosofía griega responsable de todas las herejías: los herejes no han hecho más que entrar a saco en las obras de este o de

aquel filósofo (τούτων γὰρ μάλιστα γεγένηται κλειψίλογοι οἱ τῶν αἰρέσεων πρωτοστατήσαντες)².

Inmersos en la contemplación de la Naturaleza, los filósofos han rebajado a Dios a ella³. Hermes, en su «escarnio de los filósofos paganos», tras haber citado el texto paulino de 1Cor 3,9: «Sapientia huius mundi stultitia est apud Deum», ve el origen de la filosofía en la primera apostasía de los ángeles, de donde proviene el desacuerdo de los filósofos entre sí⁴. Tertuliano fue el más audaz en esta negación del pensamiento clásico. En su obra *De praescriptione haereticorum* después de condenar la filosofía como «materia sapientiae secularis», afirma que «ipsae haereses a philosophia subornantur» y ejemplifica inmediatamente: Valentín era un platónico, Marción, un estoico; Epicuro, materialista; Zenón, estoico, que enseñaba el dios-fuego de Heráclito⁵. Su condena de la filosofía no admite discriminación alguna: «Quid ergo Athenis et Hierosolymis?, quid Academiae et Ecclesiae?, quid Haereticis et Christianis? Nostra institutio de porticu Salomonis est. (...) Viderint qui Stoicum et Platicum et Dialecticum Christum protulerunt. Nobis curiositate opus non est post Christum Jesum, nec inquisitione post Evangelium. Cum credimus, nihil desideramus ultra credere. Hoc enim prius credimus, non esse quod ultra credere debeamus» (cap. 8, edic. cit., p. 13 y sigs.). Toda la dialéctica del acto de fe se resuelve en la misma fe: «Igitur quaerendum est quod Christus instituit, utique quandiu non invenis, utique donec invenias invenisti autem cum credidisti, nam non credisses, si non invenisses, sicut nec quaesisses nisi ut invenias» (cap. 10, ed. cit., p. 15, 6 y sigs.). Este ostracismo declarado a la filosofía griega no impidió a Tertuliano tomar del estoicismo la concepción materialista del ser, que extiende al alma, a los Ángeles y al mismo Dios⁶.

² HYPOL., *Ref. omn. Haer.*, I, II; edic. P. Wendland, Leipzig, 1916, 4, 7: *Doxographi Graeci*, edic. H. Diels, 2º edic., Berlín, 1929, 554, 41.

³ HYPOL., *op. cit.*, I, 26; edic. cit., p. 31, 19; *Dox. Graeci*, edic. cit., 576, 2.

⁴ HERM., *Irris. gentil. philos.*, I: *Dox. Graeci*, edic. cit., 651, 6.

⁵ Cap. 7, edic. J. Martin, Bonn, 1930, *Flor. Pair.*, IV, 11, 11 y sigs. Cfr. 12, 9 y sigs.: «Miserum Aristotelem qui 'His dialecticam instituit...»

⁶ Cfr. W. KARPP, *Sorans vier Buecher περὶ ψυχῆς und Tertulians Schrift «De Anima»*, in «Zeitschr. f. neutest. Wiss.», 1934, 31-47.

Pero más antigua, constante y amplia es la convicción de que la razón y la filosofía tienen una función positiva respecto a la fe, ya sea porque los filósofos, buscando el Absoluto, combatieron la idolatría y la religión del Estado, ya sea porque el instrumento del logos teórico es indispensable para combatir las herejías. San Justino inicia dignamente este discurso y al dirigir la *Primera Apología* a los emperadores Antonino Pío y Lucio Vero, alaba como κατὰ ἀλήθειαν εὐσεβεῖς καὶ φιλοσόφους μόνον τὰ ληθές τιμᾶν⁷. Sin embargo, aun reconociendo que se han equivocado con harta frecuencia, considera a los filósofos cual «órganos del logos divino» presente en todos los hombres, mediante el cual alcanzaron la verdad de sus pensamientos: διὰ τὸ ἔμφυτον παντὶ γένει ἀνθρώπων στέρμα τοῦ λόγου (*Apol.* II, cap. 7, 124). Mención honorífica merecen Sócrates, Heráclito e incluso el poeta cómico Menandro, llamado cristiano *ante litteram*, aun cuando el vulgo los considerase ateos (*Apol.* II, ca. 46, 80). De San Agustín trae su origen la creencia, propagada también en el Medievo, de que Platón habría leído en Egipto la Sagrada Escritura (cfr. *Apol.*, caps. 59-60, 94 y sigs.).

Dígame lo mismo de la ayuda positiva que la filosofía puede prestar a la exposición y defensa de la fe. Ya San Ireneo declaraba: «Quaecumque illi cum labore comparant, his nos, in fide cum simus, sine labore utimur» (*Adv. Haer.*, IV, 30, 1). Y un poco más abajo, el mismo San Ireneo, como San Cipriano, y con ellos otros muchos Padres y la primitiva Escolástica, ven en el expolio de los tesoros de los egipcios llevado a cabo por los hebreos (Ex. 11, 7) «typus et imago (...) profectionis Ecclesiae quae erat futura in gentibus» (*op. cit.*, IV, 30, 4; PG 7, 1067). El clásico en la materia es Clemente de Alejandría, el cual dedica todo el libro primero de los *Stromata* a demostrar la necesidad de la ciencia humana y de la filosofía griega para entender la Sagrada Escritura; protesta contra quienes rechazan la filosofía y quieren la sola y desnuda fe⁸. Efectivamente, no se pueden vendimiar las uvas sin cultivar antes la viña, ¿tampoco habrá de filosofarse, por consiguiente, si se quiere captar el significado del poder divino? (*loc. cit.*, pp. 29, 24). Overbeck, amigo de Nietzsche, acusó a Clemente de Alejan-

⁷ *I Apol.*, c. I, 2; ed. G. Rauschen, II ed., Bonn, 1911, 8.

⁸ *Strom.*, I, 9, 43; ed. O. Staehlin, II, Leipzig, 1939, 28, 19.

dría de haber racionalizado la fe, desnaturalizándola⁹. Empero, la acusación es inadmisibile, porque, ante todo, la fe es el fundamento de la gnosis y no viceversa, y porque, además, lo que da a la gnosis su última perfección no es la especulación abstracta, sino la caridad; y el perfecto gnóstico es el que se conforma plenamente con Cristo y lo confiesa en su vida entera¹⁰. Esto constituye el particular objeto de los *Stromata*, 1. VII, caps. 1-14, mientras el libro VIII trata explícitamente de la necesidad de la filosofía y del procedimiento filosófico (cfr. el cap. V, dedicado a la ἐποκή) para desenmascarar los sofismas de los herejes y proponer el objeto de la fe en términos exactos, dando así la propedéutica primera a la teología. Y precisamente Clemente es el que indica la revolución que el término πίστις, introduce en el cristianismo, toda vez que, mientras en la filosofía pagana dicho término indica el conocimiento de los contingentes sensibles, en el cristianismo, en cambio, señala el conocimiento superior a la ciencia misma y como la medida de ésta: κυριώτερον ἐπιστήμης ἢ πίστις καὶ ἔστιν αὐτῆς κριτήριον¹¹, adelantándose, en esencia, a la misma posición de Santo Tomás. La teología de los Padres griegos ha sido fiel a esta tendencia de sano equilibrio, en la que puede admitirse que prevalece el optimismo, a diferencia, por ejemplo, de la orientación de San Agustín, que se resiente de las heridas inferidas también a la inteligencia humana por el pecado. Con todo, dicho Santo admite igualmente que los filósofos conocieron en gran medida la verdad y por esto también ellos trabajaron por la Ciudad de Dios: «Quidquid philosophi quidam inter falsa, quae opinati sunt, verum videre potuerunt, et laboriosis disputationibus persuadere

⁹ FR. OVERBECK, *Leber die Christlichkeit der unseren heutigen Theologie*. 2.º edic., Leipzig, 1903, 27 y sigs.

¹⁰ *Op. cit.*, II, 20; t. II, 170, 10.

¹¹ *Strom.*, II, 4; t. II, 120, 26. Se trata de la noción renovada y desarrollada con ardor extraordinario contra el agnosticismo idealista por S. Kierkegaard, especialmente en los Diarios de la madurez (Cfr. especialmente el texto titulado: πίστις ἐπιστήμη, de 1852; *Papirer* X⁴ A 635 (traduc. ital., 2º edic., mim. 2716, t. II, 331 y sigs. Se inserta en un texto precedente, de 1850, *Papirer* X² A 354: La tesis, como advierte el mismo Kierkegaard, ya fue perfilada en la gran *Apostilla concluyente científica*, de 1846). Constituye, sin duda, el eje central de su pensamiento (Cfr. nuestro estudio *Fede e ragione nella dialettica di Kierkegaard - Fe y razón en la dialéctica de Kierkegaard*) en el vol. *Dall'essere all'esistente* (del ser al existente), 2.º edic., Brescia, 1965, 127 y sigs., y la introducción a la traducción italiana de la *Apostilla*, Bolonia, 1962, especialmente el t. I, 58 y sigs.

moliti sunt, quod mundum istum fecerit Deus, cumque ipse providentissimus administret, de honestate virtutum, de amore patriae, de fide amicitiae, de bonis operibus atque omnibus ad mores probos pertinentibus rebus, quamvis nescientes ad quem finem, et quoniam modo essent ista omnia referenda, propheticiis, hoc est divinis vocibus, quamvis per homines, in illa Civitate populo commendata sunt»¹². Y por esta obra suya al servicio de la Providencia, Agustín considera a los filósofos merecedores de aquellos honores divinos tributados a los ídolos: «Verumtamen si philosophi aliquid invenerunt quod agenda bonae vitae beataeque adipiscendae satis esse possit: quanto iustius talibus divini honores decernerentur?»¹³. Así, pues, la actitud de los Padres frente a la razón no es absolutamente negativa, sino crítica; para ellos sólo existen dos revelaciones del Verbo Divino: la primera estriba en la variedad de la Naturaleza y en el desarrollo de la cultura humana; la segunda, en la comunicación de la fe y de los misterios de la Gracia para la vida eterna, de suerte que rechazar por principio la primera equivaldría a privarse de la primera manifestación del mismo Verbo. En esta línea se sitúa igualmente San Pedro Damiano, en los albores del Medievo, quien, pese a su tendencia mística predominante, reitera el principio de San Ireneo: «Thesaurum quippe tollit Aegyptiis, unde Deo tabernaculum construat, qui poetas et philosophos legit, quibus ad penetranda mysteria coelestis eloquiis subtilius convalescat» (PL 145, 560).

El más enérgico e influyente oponente en aplicar la filosofía a la teología de la Baja Edad Media fue, según parece, San Bernardo en su lucha contra Abelardo: «Petrus Abelardus christianae fidei meritum evacuare nititur, dum totum quod Deus est, humana ratione arbitratur se posse comprehendere» (*Epist.*, CXCI; PL. 182, 257 B). Su antifilosofía se hizo tradición doméstica en la antigua escuela cisterciense y su fórmula puede ser la *fides quaerens intellectum* de San Anselmo. En cambio, aceptan la colaboración de la razón antes que Abelardo (cuya ortodoxia ha quedado hoy casi libre de toda mancha), Berengario de Tours y Roscelino, que no superan el racionalismo, en el que persiste, asimismo, Escoto Eriúgena. Bajo la influencia de Abelardo y de Eriúgena tienden al racionalismo Thierry de Chartres y Guillermo de Conches, en tanto que aparece el fideísmo con Gilberto

¹² *De Civ. Dei.*, 1. XVII, cap. 41, núm. 3: CSEL 40, 11.

¹³ *Op. cit.*, I., II, cap. 7: CSEL 40, 1, 67.

de la Porrée. Un paso adelante lo dieron los Victorinos, los cuales distinguen la teología natural, obra de la razón, de la teología sacra, dependiente de la fe, aunque tampoco desdeña el auxilio de la razón. En un texto de importancia decisiva para el desarrollo de la teología hasta Santo Tomás, Hugo de San Víctor distingue tres clases de objetos: «Alia enim sunt ex ratione, alia secundum rationem, alia supra rationem» -y una cuarta que no cuenta- «et praeter haec quae sunt contra rationem». Y éste es el diverso valor noético: «Ex ratione sunt necessaria, secundum rationem sunt probabilia, supra rationem mirabilia, contra rationem incredibilia». Los dos extremos se apartan de la fe. «Quae enim sunt ex ratione omnino nota sunt et credi non possunt, quoniam sciuntur. Quae vero contra rationem sunt, nulla similiter ratione credi possunt, non suscipiunt ullam rationem nec acquiescit his ratio aliquando». La fe, por el contrario, se inserta en los dos sectores intermedios, aunque de diverso modo: «Ergo quae secundum rationem sunt et quae sunt supra rationem tantummodo suscipiunt fidem. Et (a) in primo quidem genere *fides ratione adiuvatur et ratio fide perficitur* quoniam secundum rationem sunt quae creduntur. Quorum veritatem si ratio non comprehendit, fidei tamen illorum non contradicit (b). In his quae supra rationem sunt non adiuvatur fides ratione ulla; quoniam non capit ea ratio quae fides credit, et tamen est aliquid quo ratio admonetur venerari fidem quam non comprehendit»¹⁴.

Estas importantes declaraciones programáticas no fueron secundadas de inmediato por falta de un adecuado instrumento conceptual; más aun, sufrieron una demora con las repetidas prohibiciones por parte de la autoridad eclesiástica de estudiar la obra de filosofía natural, metafísica y moral de Aristóteles, que a finales del siglo XII, y traducidas del árabe y del griego original, empezaban a infiltrarse en los ambientes estudiantiles. La carta de Gregorio IX dirigida desde Perusa el 17 de julio de 1228 a los profesores de teología de la Universidad de París es, en su estilo pintoresco, salpicado de referencias bíblicas, toda una diatriba contra el uso de la filo-

¹⁴ De *Sacram.*, I, HI, 30: PL 176, 232. También comentó admirablemente este texto Kierkegaard y lo puso como fundamento de su concepción más madura de las relaciones entre fe y razón. (Cfr. *Papirer*, 1849-50, X² A 354; traduc. ital., 2º edic., t. II, núm. 2110, 13 y sigs.) Kierkegaard leyó el texto en la exposición de Adolf Helfferich, *Die Christliche Mystik in ihrer Entwicklung and in ihren Denkmalen*, Gotinga, 1842, Bd., I, 368.

sofía en la teología: «Est quidem theologicus intellectus quasi vir habet praeesse cuilibet facultati, et quasi spiritus in carnem exercere, ac eam in viam dirigere rectitudinis ne aberret. Denique qui verba caelestis oraculi adulterina philosophorum doctrinae commixtione a sui sensu molitur inflatus et nihil sciens puritate divertere inclinans eadem ad philosophicum intellectum et quasi de corde suo profanans viro adultero adhaerere cum muliere Samaritana videtur (...)»¹⁵. La tendencia conservadora se apoyaba en estas instrucciones para aplicar en su significado más radical a la filosofía y a la razón, en general, el principio: «Philosophia ancilla Theologiae», que gozará de un favor especial en la escuela franciscana. San Buenaventura no solo escribiría *De reductione artium ad theologiam*, sino que advirtió que «in descensu ad philosophiam est maximum periculum» y, tras haber recordado que San Jerónimo, al leer a Cicerón, perdió el gusto por las Sagradas Escrituras, agrega: «Ideo magistri et doctores Scripturae non tantum appretiare debent scripta philosophorum, ut discipuli exemplo eorum dimittant *aquas Siloe*, in quibus est summa perfectio, et vadant ad philosophiam, in qua est periculosa deceptio»¹⁶. Se sitúan en esta línea, no solo espiritual, sino también doctrinal de San Buenaventura, Escoto y Occam, en cuanto que niegan, con sus escuelas respectivas, que la teología pueda llamarse ciencia en sentido estricto, en directa oposición a Santo Tomás, quien, aun cuando admita que las otras ciencias son «ancillae huius»¹⁷, es decir, de la teología, distingue claramente los dos órdenes de la razón y de la fe. Occam, llevando al extremo la doctrina del conocimiento intuitivo (afectivo) defendida por su Orden, admite un conjunto de verdades de fe accesibles incluso a la razón, incluido el mismo misterio de la Santísima Trinidad; no obstante, debe mantenerse que únicamente la Sagrada Escritura y la Tradición pueden manifestar la existencia de tales verdades, de forma que el razonamiento teológico mediante el instrumento racional la supone y la aclara, pero no la constituye o, en todo caso, no penetra en el ámbito de la misma fe. En este sentido, Occam reaccionó contra el racionalismo de la «distinctio formalis» de Escoto, en defensa de la trascendencia

¹⁵ *Chartul. Univ. Paris*, edic. Denifle-Chatelain, I, Paris, 1889, núm. 59, 114 y sigs.

¹⁶ *Collat. in Haexaem., Visio III*, col. VII, 12; edic. F. Delorme, in *Bibl. Franc. Schol. M. Aevi*, VIII, Quaracchi, 1934, 216 y sigs.

¹⁷ *Sum. Theol.*, I, q. I, a. 5, sed contra y ad 2.

de la fe: «Et ideo non debet poni (distinctio formalis) nisi ubi evidenter sequitur ex traditis in Scriptura Sacra vel determinatione Ecclesiae propter cuius auctoritatem debet omnis ratio captivari. Et ideo cum omnia tradita in Scriptura Sacra et determinatione Ecclesiae possunt salvari non ponendo eam inter sapientiam et essentiam (divinam), ideo simpliciter nego talem distinctionem ibi possibilem (sicut inter essentiam et relationem) et eam universaliter nego in creaturis»¹⁸.

El punto de vista de Santo Tomás sobre las relaciones entre fe y razón es el mismo de toda su teología, a saber, que «Gratia non tollit sed perficit naturam», desarrollado en su comentario *In Boet. de Trinitate*, q. II, a. 3.: «Utrum in scientia fidei, quae est de Deo, liceat rationibus philosophicis uti». Estos son sus puntos capitales: a) Tanto el «lumen fidei» como el «lumen rationis» proceden de Dios y por lo mismo «impossibile est quod ea quae per fidem nobis traduntur divinitus sint contraria his quae per naturam nobis sunt indita (...) oporteret enim alterum esse falsum: et cum utrumque sit nobis a Deo, Deus esset nobis auctor falsitatis, quod est impossibile». b) Supuesto que las cosas creadas son una especie de «imitación» de la esencia divina, pueden perfectamente tener y sugerir ciertas semejanzas con los misterios de la fe: «Unde impossibile est quod ea quae sunt philosophiae, sint contraria his quae sunt fidei, sed deficiunt ab eis; continent tamen quasdam similitudines eorum, et quaedam ad ea praecambula, sicut natura praecambula est ad Gratiam». c) Aun en el caso de que algún filósofo se oponga a la fe, «hoc non est philosophiae, sed magis philosophiae abusus ex defectu rationis», que el teólogo puede rechazar como algo no perentorio contra la fe. La teología, además, puede servirse directamente de la filosofía de tres maneras: 1) Para demostrar los «praecambula fidei» (existencia, atributos de Dios, creación del mundo, inmortalidad del alma...). 2) Para esclarecer de algún modo las verdades de la fe mediante analogías y semejanzas tomadas de la Naturaleza y de la razón «sicut Augustinus in libris de Trinitate utitur multis similitudinibus et doctrinis philosophicis sumptis ad manifestandam Trinitatem»; 3) Para defender la fe de los ataques de la falsa filosofía «sive ostendendo (ea) esse falsa, sive ostendendo non esse necessaria». Finalmente, el Doctor Angélico indica dos peligros o errores en el uso de la filosofía en

¹⁸ *In I Sent.*, d. 2, q. 1, edic. Lione, 1495, f. F. 1, 10 y sigs.

teología: «Uno modo utendo his quae sunt contra fidem, quae non sunt philosophiae, sed potius error vel abusus eius. *Alio modo*, ut ea quae sunt fidei includantur sub metis philosophiae; ut si nihil aliquis credere velit nisi quod per philosophiam haberi potest; cum e converso philosophia sit at metas fidei redigenda, secundum illud Apostoli: 2Cor 10,5»¹⁹. El resultado de la colaboración entre fe y razón es la teología, que en la concepción tomista tiene un verdadero carácter de ciencia; mejor todavía, es la sabiduría creada por excelencia²⁰. Santo Tomás combatió enérgicamente la tesis averroísta de la «doble verdad», según la cual, una verdad filosófica, como tal, podría oponerse directamente a la fe, de tal modo que el creyente podría rechazar la conclusión filosófica únicamente por imperativo de la fe. Según el averroísmo, son conclusiones necesarias de la filosofía: la eternidad del mundo, la providencia solamente general, la unidad del entendimiento humano en todos los individuos... Empero, el creyente posee la fe que supera a la razón. Por ello, Sigerio de Brabante protesta: «Hoc dicimus sensisse Philosophum de unione animae intellectivae ad corpus; sententiae tamen sanctae fidei catholicae, si contraria huic sit sententiae Philosophi, praefere volentes sicut et in aliis quibuscumque (...) In tali dubio fidei adhaerendum est, quae omnem rationem superat»²¹. Más moderado se muestra en el *Coment. a la Metafísica*²². Juan de Janduno es más tajante: «Quamvis haec opinio sit Commentatoris et Aristotelis et quamvis etiam haec opinio non possit removeri rationibus demonstrativis, tamen ego dico aliter (...) Hoc autem non probo ratione aliqua demonstrativa, quia hoc non scio esse possibile, et si quis hoc sciat, gaudeat. Istam autem conclusionem (multiplicidad individual de los intelectos humanos) assero simpliciter esse veram et indubitanter teneo sola fide»²³. Estudios recientes sobre la postura concreta de Averroes, dirigidos por L. Gauthier acerca de las obras originales hasta ahora inéditas del comentarista, han demostrado que bajo fórmulas cautelosas, Averroes afirma la superioridad absoluta de

¹⁹ *Opuscula*, edic. De Maria, Città di Castello, 1886, 302 y sigs.

²⁰ *Sum. Theol.*, I, q. I, aa. 2-6.

²¹ *QQ. de anima intellectiva*, edic. Mandonnet en *Siger de Bravant*, 2º edic., Lovaina, 1911, t. II, pp. 157, 169.

²² Cfr. edic. de C. A. Graiff, Lovaina, 1948, especialmente 140, 153.

²³ *QQ. super libros Aristotelis de Anima*, 1. III, q. VII, edic. valeta, 1565, col. 282.

la filosofía sobre la religión, de cuyos dogmas expone la primera el sentido último y necesario, porque «únicamente la especulación nos conduce al verdadero conocimiento de Dios»²⁴. Esta actitud averroísta constituye el tema central de su polémica con el teólogo místico Algazel, al cual, autor de una *Destructio philosophorum* opone su *Destructio destructionum* traducida y editada en el D aniversario de las obras de Averroes (IX, Venecia, 1562).

La absorción de la religión por la filosofía es una genuina postura averroísta; no como la del averroísmo latino, que, después de las vacilaciones del humanismo y de las negaciones declaradas del iluminismo racionalista, renovará y profundizará el idealismo moderno y especialmente el panlogismo hegeliano. En este proceso: a) la fe constituye una esfera inferior a la razón; b) puede pretender a la verdad sólo subordinándose a la razón; Kant es el que proclama expresamente «la razón humana universal (*die allgemeine Menschenvernunft*) dominadora soberana de la religión natural» y quiere al mismo tiempo que sea «reconocida y honrada como el principio soberano y supremo (*das oberste gehitende Prinzip*) en la doctrina de la fe cristiana»²⁵. Para Hegel, Dios es el Espíritu, la idea o concepto absoluto. La fe puede llamarse la verdad segunda que, apartándose de la autoridad, penetra en la esfera del concepto y es así «la naturaleza eterna y sustancial del Espíritu». Por esto, «toda fe se asienta únicamente en la razón misma» (*jener Glaube beruht auf der Vernunft selbst*), en el espíritu, es decir, en una mediación que excluye toda mediación²⁶. De aquí la reducción hegeliana de los principales misterios del cristianismo (Trinidad, Encarnación...) a etapas necesarias del desarrollo de la autoconciencia humana absoluta. A análoga conclusión, aunque con método opuesto, llegan los fautores de la «teoría de la fe como sentimiento inmediato» (Jacobi, Schleiermacher, Fries y recientemente R. Otto con su escuela), en cuanto que la fe se realiza siempre y únicamente en la esfera de la autoconciencia

²⁴ *Traité décisif sur l'accord de la religion et de la philosophie*, edic. L. Gauthier, 3º edic., Argel, 1947, 6.

²⁵ Cfr. KANT, *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*, IV, parte I, sec. 2; edic. K. Vorlaender, Leipzig, 1937, 192.

²⁶ *Philosophie der Religion*, III: *Die Absolute Religion*, c. 5, sec. 3; S. W., edic. G. Lasson, Leipzig, 1929, 199 y sigs.

como «sentimiento de dependencia» (*abhaengigkeitsgefühl*), de suerte que «la manifestación interna inmediata y sentimiento simple de dependencia es la conciencia de Dios»²⁷. De este modo, el principio del subjetivismo protestante tenía dos polos: uno, el absolutismo de la razón, y otro, el sentimiento, que ya propuso Kant, en cuya línea se sitúa igualmente el modernismo y el método de la inmanencia, con sus tendencias heterodoxas. En la novísima «filosofía de la existencia» K. Jaspers defiende una *fe filosófica* que no se refuerza con ningún sistema, sino que engloba el desarrollo histórico de la razón humana en su perenne intento, nunca satisfecho, de aprehender el Absoluto²⁸. G. Marcel, por el contrario, desarrolla una concepción de la fe como «apertura» a lo sagrado y fidelidad al Otro Absoluto que es Dios. Con sentido teológico más preciso, Kierkegaard, renovando expresamente la fórmula de Hugo de San Víctor mencionada más arriba, admite esencialmente con la teología tradicional la independencia de los órdenes de la fe y de la razón y la subordinación que ésta alcanza en el cristianismo con la Encarnación del Verbo, de tal modo que πίστις en el cristianismo es superior a ἐπιστήμη²⁹.

La preparación de la razón a la fe, aun permaneciendo firme la trascendencia absoluta de la fe sobre la razón, la exige ya la unidad de conciencia del hombre -sujeto de la razón y de la fe-, ya la identidad de algunos términos en ambos campos (por ejemplo, naturaleza, persona, relación, sustancia, accidentes, etc.), los cuales sólo podrán tener su significado preciso en el ámbito de la fe, cuando la razón haya determinado el que tienen en el conocimiento natural. Un paso inmediato a la fe no puede significar más que un salto en el vacío y un abandono a todas las turbulentas sugerencias del subjetivismo y del seudomisticismo, que la Iglesia rechazó siempre.

²⁷ *Gottesbewusstsein*: F. SCHELEIRMACHER, *Der christliche Glaube*, parte I, cap. 1, 4; edic. U. Redeker, Berlín, 1960, Bd. I, 23 y sigs.

²⁸ K. JASPERS, *Der philosophische Glaube*, Munich, 1947. Cfr. C. FABRO, *Jaspers et Kierkegaard*, en «Rev. des sc. philos. et théol.», 37 (1953), 209 y sigs.

²⁹ S. KIERKEGAARD, *Diario*, 1850, X² A 354; traduc. ital., 2º edic., núm. 2110, t. II, 13 y sigs. Sobre las relaciones concretas entre fe y razón, véase el texto X² A 419, que distingue claramente el «juicio de credibilidad» del «juicio de credendidad» y admite expresamente la obra preparatoria de la razón respecto a la fe. Para una discusión más profunda en el contexto de la teología y filosofía moderna, id. C. FABRO, *Dall'essere all'esistente*, 2. edic., Brescia, 1965, 127 y sigs. y 187 y sigs.

III. Doctrina católica

Los *errores* extremos combatidos por la Iglesia sobre las relaciones entre fe y razón conducen, por un lado, al racionalismo, que exalta la razón con detrimento de la fe, y, por otro, al fideísmo (con los sistemas afines del tradicionalismo, ontologismo, agnosticismo...), que rechaza en bloque a la razón. Ya el V Concilio de Letrán (ses. VIII, del 19 de diciembre de 1513) declaraba: «Cumque verum vero minime contradicat, omnem assertionem veritati illuminatate fidei contrariam omnino falsam esse definimus» (Denz.-U. 738). El principio lo desarrolló y esclareció en sus aspectos primordiales el Concilio Vaticano I (ses. HI, del 21 de abril de 1870) en la Constitución Dogmática *Dei Filius* en los capítulos 3, *De fide*, y 4, *De fide et ratione*. Particularmente, en lo referente a las relaciones entre fe y razón, el Concilio declaró solemnemente: 1) La existencia de un doble orden de conocimiento: el primero, que atañe a la razón natural; el segundo, a la Revelación divina. 2) La razón natural puede ayudar a la fe demostrando el mutuo nexo existente entre los misterios de la fe y las analogías con las verdades creadas, aunque sigan siendo inaccesibles en su naturaleza íntima (Denz.-U. 1976)³⁰. 3) Así, pues, es imposible una oposición real entre fe y razón, teniendo ambas al mismo Dios por principio (Denz.-U. 1797 y 1817). 4) Más aún, fe y razón pueden ayudarse mutuamente; la razón, preparando la adhesión de la fe, y la fe, preservando a la razón del error. 5) Se confía la custodia del sentido genuino de los dogmas de la fe al magisterio de la Iglesia y así no está sujeto a las mudables contingencias de la razón y de la ciencia (Denz.-U. 1800-1818). La encíclica

³⁰ Ahora está o se está poniendo de moda la «teoría de la desmitificación», de R. Bultmann, que es el término *ad quem*, por caminos muy complejos y tortuosos, del proceso desintegrador del dogma cristiano iniciado por el deísmo y continuado por el iluminismo teológico, que tiene su punto de apoyo en Lessing-Kant y su continuación en la izquierda hegeliana. Justamente, contra análoga *debacle* del pensamiento cristiano los protestantes hacen valer igualmente la eficacia de la doctrina de la analogía: «Denn die theitische Redeweise des christlichen Glaubens ist nicht mythische, sondern analogische Rede. Dass dies in der Diskussion fiber die Entmythologisierung nicht auseinandergehalten worden ist, hat sehr zu Verwirrung beigetragen». (El lenguaje teológico de la Fe cristiana no es mítico, sino analógico. Por eso, en la discusión sobre la desmitificación no podrá prescindirse de dicha analogía; lo contrario ha llevado a muchas confusiones.) H. Gollwitzer, *Die Existenz Gottes im Bekenntnis des Glaubens*, Munich, 1964, 33.

Humani generis, del 12 de agosto de 1950, enseña la misma doctrina. En la condenación del modernismo (enc. *Pascendi* del 8 de septiembre de 1907) se declara que el fenomenismo lleva al agnosticismo absoluto y, por tanto, a la negación explícita de un conocimiento racional objetivo de Dios, que se convierte en único objeto de la experiencia religiosa subjetiva (Denz.-U. 2072 y sigs.); se condena, por lo mismo, la absoluta separación establecida por los modernistas entre ciencia y fe, en cuanto la primera tendría por objeto los meros fenómenos, y la segunda, el Incognoscible, objeto de la religión y de la Revelación (Denz.-U. 2084 y sigs.). Cfr. asimismo el *Juramento antimodernista* del motu proprio *Sacrorum Antistitum*, del 1 de septiembre de 1900 (Denz.-U. 2145).

IV. Fe y ciencia

Si se distingue la ciencia de la filosofía, en cuanto la ciencia busca el conocimiento de las leyes de objetos o campos de objetos particulares, ya sea en el ámbito de la naturaleza como en el del espíritu (las *Naturwissenschaften* y *Geisteswissenschaften* de W. Dilthey), mientras la filosofía busca la verdad y los principios universales del ser como tal: la relación de ciencia y fe es más indirecta que directa. La ciencia de orientación positivista de la segunda mitad del Ochocientos había pretendido tener la última palabra sobre el origen del mundo y del hombre, sobre la naturaleza de alma humana y del pensamiento, defendiendo la eternidad de la materia, la evolución del hombre a partir de los antropoides, la materialidad del alma, la necesidad absoluta de las leyes físicas y negando por eso los fundamentos de la religión cristiana: la creación del mundo y del hombre, la inmortalidad y espiritualidad del alma, la libertad humana, la posibilidad y realidad del milagro, etc. El idealismo ha creído haber refutado el positivismo negando a la ciencia todo valor. La realidad es que la ciencia positiva debe limitarse a formular sus leyes para los objetos de su ámbito, sin pretender pronunciarse sobre el ser último de las mismas, lo cual corresponde a la filosofía y tanto menos sobre las verdades que son propias de la fe. En sentido riguroso se debe decir que la ciencia no tiene ningún contacto directo con la fe sino solamente con la filosofía, y puede, al máximo, a través de ella alcanzar algunas veces el ámbito de la fe: por ejemplo, la hipótesis de la evolución exige que se aclaren en el ámbito filosófico cual es la naturaleza del hombre antes de pronunciarse sobre el modo de su primer origen. Además la

orientación más reciente de la ciencia ha dado vuelta la situación, en cuanto que hoy, con los progresos de la física atómica y del conocimiento de los procesos de la morfogénesis y de la herencia biológica, las leyes últimas de los fenómenos tienen un carácter probabilístico (teoría «cuántica» de Planck, leyes de la herencia de Mendel siguiendo la evolución de la genética contemporánea, especialmente de la escuela de T. H. Morgan). Esto evoca la concepción tomista según la cual el curso particular de los fenómenos de la naturaleza depende de la contingencia que tiene su raíz en la materia; de igual modo el curso de los hechos de la historia depende de la contingencia de la libertad creada. Y por encima de la naturaleza y de la libertad creada vigila, como primer principio directivo, la divina Providencia (*STh* I, q. 22, a. 3). Ver también la voz «Ciencia».

Bibliografía

En general se deben consultar los manuales de historia de los dogmas, ya sea católicos (Schwane, Tixeront) como protestantes (Harnack, Seeberg), como también los artículos de las enciclopedias de teología.

Sobre la orientación de la primera tradición cristiana sobre la relación entre fe y razón, ver: A. F. Festugière, *L'idéal religieux des Grecs et l'Evangile*, Parigi 1932 (cf. pp. 221-263); B. Romeyer, *La philosophie chrétienne jusqu'à Descartes*, 3 voll., ivi 1935-37; Th. Déman, *Socrate et Jésus*, 5, ivi 1944, que reúne los textos y la literatura más reciente. Sobre Clemente Alejandrino: P. Th. Camelot, *Les idées de Cl. d'Al. sur l'utilisation des sciences et de la littérature profane; Cl. d. Al., et l'utilisation de la philosophie grecque*, en *Recherches de Science religieuse*, 21 (1931), 36-66, 541-69; id., *Foi et gnose. Introduction à l'étude de la connaissance mystique chez Cl. d'Al.*, Parigi 1945 (rica bibliografía: 19 ss.); E. Ivanka, *Hellenisches und Christliches im frühbyzantinischen Geistesleben*, Vienna 1948. Trata saltuariamente las relaciones entre razón y fe: R. Aubert, *Le problème de l'acte de foi. Données traditionnelles et résultats de controverses récentes*, Lovanio 1945 (con amplia bibliografía en las notas).

Para el medioevo, sobre el conflicto entre Averroes y la teología islámica, ver: L. Gauthier, *Ibn Rochd (Averroès)*, Paris 1948 (17 ss., y especialmente 266 ss.). Para la escolástica latina: M. Grabmann, *Geschichte der scholastischen Methode*, I, Friburgo en Br. 1909, 125-43; id., *I divieti ecclesiastici di Aristotele sotto Innocenzo III e Gregorio IX*, Roma 1941; Th. Heitz, *Les rapports*

entre la philosophie et la foi de Bérenger de Tours à st Thomas d'Aquin, Paris 1909; F. Sartiaux, *Foi et science au moyen âge*, ivi 1926; E. Gilson, *Christianisme et philosophie*, ivi 1936; id., *La Théologie mystique de Saint Bernard*, ivi 1947; R. Gueilly, *Philosophie et théologie chez Guillaume d'Ockham*, Lovaina-Paris 1947.

Modernos: concepciones heterodoxas: F. W. Hegel, *Glaube und Wissen*, en *Erste Druckschriften*, ed. G. Lasson, Lipsig 1928, 221-346; D. Fr. Strauss, *Der alte und der neue Glaube.*, in *Ges. Schr.*, ed. E. Zeller, t. VI, Bonn 1877; A. Messer, *Glaube und Wissen*, Monaco 1919; E. S. Brightman, *A philosophy of religion*, New York 1946, pp. 117, 178 ss., 422 ss. y paralelos; J. Boisset e vari, *Le problème de la philosophie chrétienne*, Parigi 1949; L. Charlier, *Essai sur le problème théologique*, Ramzal-Thuilles 1938 (niega la validez de las conclusiones teológicas. Condenado por el Santo Oficio).

Una exposición completa de los principios tradicionales se encuentra en: M. J. Scheeben, *Die Mysterien des Christentums*, nueva ed. de J. Hofer en *Ges. Schr.*, t. II, Friburgo de Br. 1941, 614-671 (con cuidadosa actualización bibliográfica di J. Hofer). Para la concepción existencialista: G. Marcel, *Foi et réalité*, en *Être et Avoir*, Paris 1935, 259 ss.; id., *Homo viator*, Paris 1944; K. Jaspers, *Der philosophische Glaube*, Hameln 1946; C. Fabro, *Foi et raison dan s'l'oeuvre de Kierkegaard*, en *Rev. des Sciencesphilos. etthéol.*, 32 (1948), 169-206; B. Welte, *Der philosophische Glaubebei Karl Jaspers und die Möglichkeitseiner Deutungdurch die thomistische Philosophie*, en *Symposion*, II, Friburgo en Br. 1949, 1-190.

EL PROGRESISMO CRISTIANO: RENOVADA ACTUALIDAD DE LA TAREA FILOSÓFICA FRENTE A LAS NUEVAS DESVIACIONES DOCTRINALES¹

*P. Carlos Miguel Buela I.V.E
Roma, Italia*

1. ORÍGENES DEL MODERNISMO

La tarea del filósofo cristiano, no sólo es inderogable e insustituible, sino que es, sobre todo hoy día, urgente y perentoria.

En efecto, el rebrote de la herejía modernista condenada a principios de siglo por San Pío X, en la Encíclica *Pascendi*, ya atisbada en el Concilio Vaticano I que advierte, en la Constitución *Unigenitus dei Filius*, de los errores que brotan de mezclar naturaleza y gracia: «naturam et gratiam perperam commiscentes (...) haciendo una mala mezcla de la naturaleza y la gracia, de la ciencia humana y de la ciencia divina, resulta, como los hechos lo demuestran, que han deprimido el sentido genuino de los dogmas y ponen en peligro la integridad y sinceridad de la fe»², errores que, tal vez, deban remontar sus orígenes, según señala Fray Alberto García Vieyra O.P. a los errores de Miguel Du Bay (Bayo)³ que fueron condenados en la Bula *Ex omnibus afflictionibus* de San Pío V, todo lo cual hace que corra prisa, hoy día, por realizar la

¹ Conferencia dada en el I Congreso Mundial de filosofía Cristiana, Embalse, Córdoba 1979.

² Cit. por Julio Meinvielle, *De Lamennais a Maritain*, Ed. Theoría, Bs. As. 1967, 2da. ed., 339.

³ A. GARCÍA VIEYRA, Conferencia en Bella Vista del 26 de abril de 1978. Publicada en «La Quimera del progresismo», Colección Clásicos Contrarrevolucionarios, Buenos Aires 1980, pág. 73-123.

magna tarea filosófica de determinar -una vez más- los límites, de investigar las relaciones, de estudiar lo que constituye cada campo, de indagar por los efectos y de escudriñar las exigencias propias del orden natural y del orden sobrenatural.

2. PERVIVENCIA DEL MODERNISMO

De la actualidad del modernismo nos habla Pablo VI: «Los errores que llaman del modernismo, los que aún hoy vemos revivir en ciertas expresiones nuevas de la vida religiosa ajenas a la genuina religión católica»⁴, y el mismo Maritain sostenía que frente al actual modernismo el de los tiempos de «San Pío X no era más que un modesto resfriadillo»⁵.

No debemos callarnos frente a estos errores. Enseñaba hace poco S.S. Juan Pablo II: «(...) sería una forma de reticencia no hablar de la crisis que se ha registrado (...)»⁶.

Algunas de las causas que originaron y alimentaron el modernismo nos hacen ver, también, cómo urge hoy la reflexión seria y profunda del filósofo cristiano. La causa «primera y principal» del modernismo que procede de la inteligencia es: *la ignorancia*.

Como decía San Pío X: «A la verdad, todos los modernistas, sin excepción, que quieren ser y pasar por doctores en la Iglesia, aunque subliman con palabras grandilocuentes la filosofía moderna y desprecian la escolástica no abrazaron la primera (deslumbrados por sus aparatosos artificios), sino porque su completa ignorancia de la segunda los privó de los argumentos necesarios para distinguir la confusión de las ideas y refutar los sofismas. Más del consorcio de la falsa filosofía con la fe ha nacido el sistema de ellos, inficionado por tantos y tan grandes errores». Tienen por contrario a sus conatos «el método escolástico de filosofar, la autoridad y tradición de los Padres, el magisterio eclesiástico». Agrega San Pío X: «Ridiculizan generalmente y desprecian la filosofía y teología escolásticas; y ya hagan esto por ignorancia

⁴ Encíclica *Ecclesiam suam*, Colección Completa de Encíclicas Pontificias, Ed. Guadalupe, Bs. As. 1967, Tomo II, 2614.

⁵ *El Campesino de Garona*, Desclée, Bilbao 1967, 31.

⁶ *Discurso a los universitarios de Roma*, L'Osservatore Romano, Año XI, N° 17 (539), Domingo 29 de Abril de 1979, 11.

o por miedo, o, lo que es más cierto, por ambas razones, es cosa averiguada que el deseo de novedades va siempre unido con **el odio del método escolástico**; y no hay otro indicio más claro de que uno empiece a inclinarse a la doctrina del modernismo, que el comenzar a aborrecer el método escolástico. Recuerden los modernistas y sus favorecedores la condenación con que Pío IX estimó que debía reprobar la opinión de los que dicen: “El método y principios con que los antiguos doctores escolásticos cultivaron la Teología, no conviene en manera alguna a las necesidades de nuestros tiempos y al progreso de las ciencias”⁷.

Advirtamos, aún, en la riqueza de los sinónimos usados en las distintas versiones españolas de la definición de San Pío X: «*omnium haereseon collectum*» (Dz. 2105), la pervivencia de estos errores. Se traduce por «reunión de todas las herejías»⁸, «conjunto...»⁹, «conglomerado...»¹⁰, «colección...»¹¹, «resumen...»¹², «acumulación...»¹³, «germen»¹⁴, «amalgama»¹⁵, «colector...»¹⁶, «receptáculo...»¹⁷, «encrucijada...»¹⁸, y otros traducen por «suma...», «compendio...», «concentración...», etc. Creemos que la traducción más pastoral de todas es: «*loaca* de todas las herejías», por la connotación despectiva que implica. Es de notar también, que múltiples son los términos empleados para

⁷ Encíclica *Pascendi*, o.c., Tomo I, 805. EMILE POULAT, *La Crisis Modernista (Historia, dogma y crítica)*, Taurus, Ed. Madrid 1974, 9.

⁸ D. RUIZ BUENO, *Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 196s, 510.

⁹ Monseñor P. Galindo, Acción Católica Española, *Colección de Encíclicas Pontificias*, Madrid 1962, Tomo I, 965; y Francisco Vizmanos, s. J. - Ignacio Riudor, s. J. - *Teología Fundamental para seglares*, B.A.C., Madrid, 1963, 124.

¹⁰ C. A. SACHERI, *La Iglesia Clandestina*, Ed. Cruzamante, Bs. As. 1970, 30.

¹¹ J. MEINVIELLE, en revista *Diálogo*, 1954, Año I, N° 1, 144.

¹² FEDERICO HOYOS, S.V.D., *Colección Completa de Encíclicas Pontificias*, o.c., Tomo I, 781.

¹³ *El momento cristiano actual*, de periódicos CIO y Verdad y Vida, sin pié de imprenta, 5.

¹⁴ R. GAMBRA, cit. por C.R.C., 39, 9.

¹⁵ L. CASTELLANI, en *Jauja*, N° 9, Setiembre 1967, 7.

¹⁶ J. CAMPOS, S. ch. P., artículo «El progresismo es pecado», Roma; n° 23, 40.

¹⁷ Monseñor Rudolf Graber.

¹⁸ EMILE POULAT, *La Crisis Modernista (Historia, dogma y crítica)*, Taurus, Ed. Madrid, 1974, 9.

referirse al modernismo actual. Así se lo llama: progresismo, neo modernismo, nueva teología, nuevo cristianismo, corriente profética, nueva Iglesia, tercermundismo, etc. Nosotros los usaremos indistintamente. Asimismo, las variadas y diversas caracterizaciones que hacen de estos errores los que los denuncian, nos habla a las claras de su actualidad.

3. CARACTERIZACIONES DEL MODERNISMO

Se caracteriza al progresismo por:

-El *temporalismo*, que trata de disolver «lo eterno en la historia»¹⁹.

-El *saduceísmo*, que «pone el acento exclusivamente sobre lo temporal, sobre los asuntos de este mundo, silenciando todo lo relativo a la vida eterna»²⁰.

-El *monofisismo invertido*, en el cual «el Mensaje Evangélico se reduce a una doctrina exclusivamente social y humana (...) que vacía totalmente al Evangelio de su contenido místico»²¹.

-La *desacralización*, o «furor iconoclasta contra lo sagrado»²².-El *naturalismo integral*, que «disuelve todas las verdades del Cristianismo con el objeto de exaltar al hombre»²³.

-El *horizontalismo*, que tiene un «interés predominante, si no exclusivo, por lo terrenal (...) entendiendo que no hay sino una sola realidad»²⁴.

-El *alogismo*²⁵, que es la canonización de la *incoherencia* por la destrucción de la razón, que da como fruto al «juglar de las ideas (...) al insensato» y

¹⁹ G. THIBON, prólogo al libro de R. Gamba, *El silencio de Dios*, Ed. Prensa Española, Madrid 1968, 13.

²⁰ M. PORADOSWIKI, *El Marxismo invade la Iglesia*, Ed. Universitarias, Valparaíso - Chile 1974, 20.

²¹ A. CATURELLI, *La Iglesia Católica y las Catacumbas de hoy*, Ed. Almena, Bs. As., 32-33.

²² J. DANIELOU, *¿Desacralización o evangelización?*, Mensajero, Bilbao 1969, 74.

²³ C. A. SACHERI, *La Iglesia...*, 31.

²⁴ A. SÁENZ S.J., *Inversión de los Valores*, Ed. Mikael, Paraná 1978, 11.

²⁵ H. BELLOC, *Las grandes herejías*, Espiga de Oro, Bs. As., passim.

al «progresismo católico, obra cumbre del juglar de las ideas»²⁶; es lo que el Cardenal Luis Billot afirmaba de los «católicos liberales», cuya doctrina «rehúye toda clasificación y tiene una sola nota distintiva y característica, que es la nota de *perfecta y absoluta incoherencia*»²⁷ y, antes de él, Mateo Liberatore, llamaba «*inconsecuencia*» y, también, «*una solemne contradicción*»²⁸. De allí que en los escritos y discursos de los progresistas pareciera que se rinde culto a la dilogía, a la ambigüedad, a la multiplicidad de sentidos, al equívoco y a la anfibología.

-El *giro antropológico*, que «transforma la teología en antropología»²⁹.

-La amalgama de «*catolicismo verbal y racionalismo naturalista*»³⁰.

-El *antropocentrismo*, que consiste en poner en el centro, no a Dios sino al hombre, y la *intramundanía* que consiste en poner el acento en «este» mundo y no en el mundo futuro, en la vida eterna³¹, y que produce los cristianos «convertidos al mundo»³² y «de rodillas ante el mundo»³³.

-El *secularismo*, en el que el fin último son las estructuras del *seculum*, del mundo, y no Dios³⁴, que consiste en «una supresión radical (...) de otras realidades de orden superior a las puramente humanas, naturales, comunes a todos los hombres y aceptables a todos»³⁵.

²⁶ R. GAMBRA, *El silencio de Dios...*, 100 y 152.

²⁷ L. BILLOT, *El error del liberalismo*, Cruz y Fierro. 1978, 93.

²⁸ M. LIBERATORE, *La Iglesia y el Estado*, Ed. Rovira, Bs. As. 1946, 30 y ss.

²⁹ C. FABRO, *La aventura de la teología progresista*, Euns, Pamplona 1976, 114.

³⁰ P. PARENTI, *Diccionario de Teología Dogmática*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1963, 267.

³¹ La Civiltà Catholica, artículo «La tentación del Nuevo cristianismo», publicado en semanario «Mundo Mejor», n° 549 del 15/8/74, ág. 2.

³² H. U. VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas*, Ed. Sígueme, Salamanca 1968, 9.

³³ J. MARITAIN, *El Campesino...*, 89.

³⁴ Cf. D. VON HILDEBRANDS, *El Caballo de Troya en la Ciudad de Dios*, FAX, Madrid 1969, passim.

³⁵ ACCIÓN CATÓLICA, *¿Nuevo Profetismo...?*, Ed. Mundo Mejor, San Martín (Bs. As.) 1969, 17.

-El *cainismo* o teología de Caín, que «justifica la muerte del hermano (...) niega los derechos de Dios sobre los hombres (...) (propicia) la *autonomía total del orden temporal* (...)»³⁶.

-El *epocalismo*³⁷ o *cronolatría*³⁸, que no es otra cosa que la adoración del tiempo en que se vive y el odio a todo lo anterior por desfasado.

-El *humanismo antropocéntrico*, que quiere «todo a la medida del hombre (...) las relaciones entre él y Dios (...) también el cristianismo (...) No es la cristianización del mundo, sino la mundanización del cristianismo»³⁹.

-La *disolución total* del cristianismo es el error terminal del progresismo que implica la disolución «de todas las verdades especulativas (...) (una) real apostasía de la fe (...) una destrucción de lo social y misterioso de la liturgia y (...) una disolución de la moral cristiana y aun de la natural»⁴⁰.

-La *laicización*, que niega los derechos imprescriptibles de Dios sobre todas sus manifestaciones y sobre el mundo; es el «rechazo de la Soberanía Social de Cristo»⁴¹.

-El *vaciamiento sobrenatural*, que consiste en «variar los dogmas de su contenido sobrenatural; y quedarse dentro de la Iglesia (...) pero conservado los dogmas cristianos a manera de cáscaras huecas (...) (que) comienzan a llenarse de algo nefando, la adoración del hombre en vez de Dios, que será el pecado del Anticristo»⁴².

³⁶ FRAY ALBERTO GARCÍA VIEYRA, O.P., *La Teología de Caín*, Roma, N° 44, Bs. As., Julio 1976, 24-31.

³⁷ D. VON HILDEBRANDS, *El caballo...*, 38 ss.

³⁸ J. MARITAIN, *El Campesino...*, 39 ss.

³⁹ MONSEÑOR L. M. CARLI, *Tradicionalistas y Progresistas*, Org. San José, Bs. As. 1970, 121-122.

⁴⁰ J. A. CASAUBÓN, *Error inicial, error terminal y raíces del progresismo cristiano*, Roma, n° 9, Mayo 1969, 21.

⁴¹ J. L. TORRES PARDO, *Índice de los errores modernos más difundidos*, sin pié de imprenta, 12.

⁴² LEONARDO CASTELLANI, *jauja...*

-Por último, es caracterizado el progresismo como una *gnosis*, entre otros por Henri de Lubac⁴³, Cornelio Fabro⁴⁴, Mons. Rudolf Graber⁴⁵, Julio Meinvielle⁴⁶ y Pablo VI quien afirmara: «No admitimos la actitud de cuantos parecen ignorar la tradición viviente de la Iglesia (...) e interpretan a su modo la doctrina de la Iglesia, incluso el mismo Evangelio, las realidades espirituales, la divinidad de Cristo, su Resurrección o la Eucaristía, vaciándolas prácticamente de su contenido y creando de esta manera una nueva gnosis (...)»⁴⁷.

Trataremos, todavía, de hacer explícita mención a algunas descripciones, tal vez, más generalizadas del progresismo, haciendo notar cierto matiz escalonado.

4. DESCRIPCIONES MÁS COMUNES DE PROGRESISMO

En primer lugar, aparece el progresismo como la *afirmación de dos cosas independientes*: es la connivencia del Catolicismo *con* la civilización moderna, es acomodar la Iglesia *con* el mundo moderno, es el maridaje del cristianismo *con* el marxismo, es el contubernio de la fe *con* la revolución moderna, es agrupar catolicismo *con* protestantismo o *con* liberalismo o *con* comunismo, etc.

En segundo lugar, parece como una *mezcla*: un menjunje de sobrenatural y natural, una fusión de fe y razón, una combinación espuria de Cristo y el César, una confusión de la teología y la filosofía o la sociología o la psicología, una «síntesis entre cristianismo y marxismo»⁴⁸.

En tercer lugar, es una *inversión*: «En vez de Dios el hombre (...) en vez de amor a Dios amor al prójimo (...) en vez de un mensaje de salvación un mensaje social (...) en vez de la Cruz la apertura al mundo (...) en vez de la

⁴³ H. DE LUBAC, *La Iglesia en la crisis actual*, Sal Terrae, Santander, 1970, 34.

⁴⁴ CORNELIO FABRO, *La aventura de la teología progresista*, Eunsa, Pamplona 1976, 37 (ver allí la nota 7).

⁴⁵ En Roma, n° 2, Noviembre de 1967.

⁴⁶ J. MEINVIELLE, *De la Cábala al Progresismo*, Ed. Calchaquí, Salta 1970, *passim*.

⁴⁷ *Alocución consistorial del 24 de mayo de 1976*, L'Osservatore Romano del 30 de mayo de 1976, 4.

⁴⁸ CONFERENCIA EPISCOPAL COLOMBIANA, *Identidad cristiana en la acción por la justicia*, Ed. Mikael, Paraná 1977, 14 y *passim*.

verdad absoluta la verdad del tiempo»⁴⁹; es subvertir la realidad ordenando la Iglesia al Estado, adaptar el cristianismo a la civilización moderna; aquí no es la Iglesia que salva al mundo, sino el mundo que salva a la Iglesia; es buscar primero la añadidura y luego, si queda tiempo y ganas, el Reino de Dios.

En cuarto lugar, es *una disolución*: es diluir la fe en lo racional, es convertir lo sacro en profano, es la absorción de la Iglesia por parte del mundo desapareciendo en él, es la subsunción de lo sobrenatural por lo natural.

En lo cual puede verse una pendiente descendente desde la absoluta independencia entre lo espiritual y lo temporal «de modo que autoriza a actuar en lo temporal sin preocupaciones de tipo espiritual: La revolución no toca el Reino de Dios», -lo cual es más propio del progresismo liberal-, hasta poner «tal énfasis sobre la necesidad primordial y previa de la acción temporal, que disuelve en ésta lo espiritual: La revolución es el camino necesario para el Reino de Dios» -lo cual es más propio del progresismo marxista-, es decir que, «de un sobrenaturalismo que no se interesa por la naturaleza, se cae en un naturalismo que olvida lo sobrenatural»⁵⁰, de un verticalismo desencarnado se pasa a un encarnacionismo desverticalizado.

Nos parece que, en primer lugar, se da una suerte de *dualismo sin unión real*, aunque sí nominal, (pero es imposible que este maniqueísmo pueda mantenerse dialécticamente, por su peso clamará por un monismo, que será una unión de confusión); en segundo lugar, se da una cierta *mezcla* dada como unión no *jerárquica* y que deviene una especie de '*tertium quid*' de equilibrio inestable que tiende necesariamente a decantar, en estos tiempos, por lo más bajo (esto constituye una primera etapa de monismo); en tercer lugar, nos encontramos con una *inversión* que trastorna el orden de las cosas constituyendo de algún modo, una unión «*jerárquica*» *invertida* (segunda etapa del monismo); y, en cuarto lugar, se llega a una *sustitución*, lisa y llana, con lo que queda sólo un monismo pleno donde desaparecen las oposiciones.

A pesar de las muchas caracterizaciones y descripciones del progresismo, creemos que se pueden llevar a la unidad, porque, a nuestro entender,

⁴⁹ A. SÁENZ, S.J., *Inversión...*, 12-22.

⁵⁰ MONSEÑOR B. DE SOLAGES, *Postulados doctrinarios del Progresismo*, Librería Huemul, Bs. As. 1964, 18-19.

todas expresan –equivalentemente– lo mismo, las diferencias brotan de resaltar un aspecto, pero sin negar o excluir los otros.

5. ESENCIA DEL MODERNISMO

No es fácil definir la esencia del modernismo, ya que casi cada uno de sus partidarios tiene «su» teoría, acerca de la realidad o sobre algún aspecto. En el fondo, más que un sistema es una confusión.

El modernismo tiene un carácter «difuso y confuso»⁵¹, ambiguo, se manifiesta en muchas versiones –a veces, hasta contrapuestas– y con múltiples desviaciones: «Si alguien se hubiera propuesto reunir en uno, el jugo y como la esencia de cuantos errores existieran contra la fe, nunca podría obtenerlo más perfectamente de lo que lo han hecho los modernistas»⁵². Pío XII, señalaba su carácter escurridizo: «Estas nuevas opiniones (...) no son propuestas siempre en el mismo grado, con igual claridad y con las mismas palabras, ni siempre con un consentimiento unánime de sus autores; en efecto, lo mismo que hoy es enseñado más encubiertamente y con ciertas cautelas y distinciones, mañana será propuesto por otros más audaces con claridad y sin moderación (...)»⁵³.

Aquí llegamos al meollo del asunto. Es en donde queda más patentizada y encarecida la imperiosa obra que cabe al filósofo cristiano en orden a develar los errores de esta herejía.

Creemos que la esencia del progresismo está en que considera que la realidad tiene carácter *unidimensional*, es decir, que a pesar de las palabras en contrario, el progresismo empuja a un monismo y el progresismo pleno es un *monismo absoluto*, que en el rechazo de la trascendencia afirma la *inmanencia absoluta* y que conlleva un falso concepto de Dios.

Muy acertadamente advierte Cornelio Fabro: «El Dios del progresismo teológico es la imagen refleja de la confusión progresista: Un Dios de suavidad y debilidad, un Dios de despreocupación y de suficiencia. Ninguna huella del Dios que es fuego abrasador frente al cual los cielos no son puros,

⁵¹ EMILE POULAT, *La crisis...*, 9.

⁵² Encíclica *Pascendi...*, Tomo I, 802.

⁵³ Encíclica *Humani generis...*, Tomo II, 1796.

que no ha ahorrado el “cáliz” de la Pasión a su único Hijo»⁵⁴. El progresismo -liberal o marxista, burgués o revolucionario- no trabaja para que la vida pública y social de los pueblos se subordine a Dios como a fin último, porque «su» dios ya no es trascendente; si toda chabacanería es posible en «sus» liturgias, es porque «su» dios no es la majestad misma; si han cuestionado toda verdad de la fe y dudado de cuanto milagro o profecía hay en la Escritura, es porque «su» dios no es todopoderoso; si son fecundos en dudas y en certezas estériles, es porque «su» dios no es la infinita verdad.

En el progresismo hay una *única dimensión* de naturaleza y gracia, de razón y revelación, de Creador y creatura, de Iglesia y mundo, de bien y mal, de sí y no, de verdad y mentira, de virtud y pecado, en la cual *desaparecen todas las oposiciones* (por supuesto que en su imaginación y no en la realidad).

De allí que se rechace todo extrinsecismo que en algunos casos es la negación de lo sobrenatural y, en otros, lo sobrenatural aparece exigido por lo natural. El monismo lleva, de suyo, al *intrinsecismo*.

De allí que el progresismo, por necesidad intrínseca, por ser una *gnosis*, es compelido a caer en el *sincretismo religioso* o *irenismo* o *falso ecumenismo*, en donde desaparecen todas las diferenciaciones doctrinales, aun las reveladas.

Las distintas caracterizaciones del modernismo, que hemos mencionado más arriba, hacen mención a este monismo o única dimensión de la realidad. Algunas caracterizaciones señalan más la pérdida de la realidad superior (desacralización, laicización, vaciamiento sobrenatural, etc.) y otros señalan la subsunción o absorción por parte de la realidad inferior que es la que se exalta (temporalismo, saduceísmo, naturalismo integral, horizontalismo, giro antropológico, secularismo, cainismo, etc.), pero tanto unos como otros mentan *la única dimensión* a la que reducen, de hecho, toda la realidad, los progresistas. Al hacer desaparecer -sólo verbalmente- las reales oposiciones, univocando lo análogo e, incluso, lo equívoco, se cae, necesaria y fatalmente, en la incoherencia, en el absurdo, en la confusión, en el alogismo. Incoherencia que fluye de separar -maniqueamente- lo que debe estar unido y de unir -monísticamente- lo que no debe ser mezclado. Incoherencia además

⁵⁴ CORNELIO FABRO, *La aventura...*, 308.

que brota, del intento de «conciliar dos fidelidades inconciliables»⁵⁵: Intentan ser fieles a Jesucristo y ser fieles al mundo; dicen querer ser leales a la metafísica bíblica y cristiana y, al mismo tiempo, son leales a la filosofía moderna en lo que tiene de anti-bíblica y anticristiana. Eso, en el lenguaje bíblico es ser «adúltero» (cf. St 4,4). Incompatibles son dos fidelidades inconciliables, como lo dijo con claras palabras el Verbo encarnado: «Nadie puede servir a dos señores (...)» (Mt 6). Incoherencia propia de toda *gnosis*. Es la sal que pierde su sabor y sólo sirve para ser pisoteada por los hombres (cf. Mt 5,13); son las tinieblas que rechazan la luz (cf. Jn 3,19).

Doble es, por tanto, la tarea del filósofo cristiano en orden al progresismo: Como filósofo salir por los fueros del orden natural y como cristiano por los del orden sobrenatural.

6. DOS IMPLICANCIAS DEL MONISMO PROGRESISTA

Según nos parece, dos son las implicancias que entran necesariamente en el progresismo.

Por ser una concepción *unidimensional* e *immanentista* de la realidad donde se exalta lo natural, lo profano, lo mundano, lo racional, lo temporal, lo secular... a costa de lo sobrenatural, lo sacro, la vida interior, la fe, lo eterno, lo religioso, Dios... esa negación de lo sobrenatural y exaltación de lo natural implica: 1º) por un lado, el *endiosamiento del hombre*, no por la gracia o por los méritos de Cristo o por obra de la Iglesia, sino por sí mismo, por su propio poder, sin subordinarse a nada ni a nadie. Sobre Cristo, Hijo de Dios consustancial al Padre y Salvador del mundo; sobre la Iglesia institución contra distinguida del «Sólo en ella está la salvación: *sine illa peritur!*»⁵⁶; sobre la gracia santificante -según Trento «única *formalis causa*» (Dz. 799) de la justificación- y sobran los sacramentos. No hace falta nada que venga de arriba y de afuera: El hombre se *auto-redime*.

2º) Por otro lado, el monismo progresista implica un carácter *inmanente*. Al ser uno y lo mismo Iglesia y mundo, no hay fuera de la Iglesia; todo es «dentro». De allí que los progresistas no se sientan impelidos a dejar la Igle-

⁵⁵ R. L. BRUCKBERGER, *Carta abierta a Jesucristo*, Emecé, Bs. As. 1974, 150.

⁵⁶ JUAN PABLO I, *Primer mensaje a la Iglesia y al mundo*, el 27 de Agosto de 1978. L'Osservatore Romano, del 3 de Setiembre de 1978, 3.

sia. Más aún, conociendo el poder mentalizador de la Iglesia buscan no ser señalados por la jerarquía como enemigos de la Iglesia. La cosa es que no los saquen y para ello están siempre dispuestos a camuflarse. De allí que dos personas tan poco sospechosas de conservadurismo como Rahner⁵⁷ y Maritain⁵⁸ lo califiquen, respectivamente, como «la herejía inmanente» y «la apostasía inmanente» (y no hay peor astilla que la del mismo palo). De allí la táctica empleada: «(...) táctica, a la verdad, la más insidiosa, consiste en no exponer jamás sus doctrinas de un modo metódico y en su conjunto, sino dándolas en cierto modo por fragmentos y esparcidos acá y allá, lo cual contribuye a que se les juzgue fluctuantes e indecisos en sus ideas, cuando en realidad son perfectamente fijas y consistentes»⁵⁹.

Este carácter *inmanente* del progresismo hace que, en algunos casos, sea más factible y provechosa que la develación de los errores provenga de los laicos católicos, como son la mayoría de los participantes de este Congreso, y que no son tan vulnerables a las consabidas represalias.

7. CONTEMPLAR AL VERBO ENCARNADO

En la serena y frutiva contemplación del augusto misterio de Jesucristo, que sin dejar de ser Dios asume una naturaleza humana en unidad de persona, hallan adecuada respuesta todas las aparentes antinomias que azuzan dialécticamente y todas las reales distinciones que diluyen monísticamente los progresistas.

No hay que *separar*, en un dualismo maniqueo, Iglesia y mundo, como quieren los progresistas liberales, émulos de los nestorianos que dividían a Cristo en dos personas; ni hay que dar la *primacía* a la naturaleza sobre la gracia, como quiere todo progresismo, émulo de los pelagianos que buscaban emancipar la voluntad humana de la gracia divina, olvidándose que, en Cristo, es la divinidad la que asume a la humanidad y no al revés; ni hay que *unificar*, en una mala mezcla, naturaleza y gracia, como quieren los progresistas marxistas, émulos de los monofisitas que ponían una sola naturaleza en Cristo.

⁵⁷ Dangers du catholicisme d'aujourd'hui; cit. Sacheri..., 51.

⁵⁸ J. MARITAIN, *El Campesino...*, 31.

⁵⁹ Encíclica *Pascendi...*, 782.

EL PROGRESISMO CRISTIANO:
RENOVADA ACTUALIDAD...

Dobles y distintos son el orden de la gracia y el orden de la naturaleza y, sin embargo, no son un dualismo porque están *unidos*, no hipostáticamente, pero sí *jerárquicamente*, es decir, en una *unidad de orden*, en la principalía de lo sobrenatural sobre lo natural, de Dios sobre el hombre, de la Iglesia sobre el mundo, de lo sacro sobre lo profano, de la fe sobre la razón, de la teología sobre la filosofía, de lo eterno sobre lo temporal, de lo vertical sobre lo horizontal, análogamente, a como la única Persona divina del Verbo une la naturaleza divina y la naturaleza humana al asumir ésta, sin confundir las naturalezas, sin cambiarlas, sin dividir las, sin separarlas, sin borrar las diferencias, sin perder cada naturaleza sus propiedades (cf. Concilio de Calcedonia), elevando lo inferior en función de lo Superior.

En última instancia, todo el barullo progresista se debe a la falta de conciencia, de experiencia y de vivencia del misterio del Verbo encarnado. ¡Nos lo recuerde la Santísima Virgen María!

PARA MAMÁ

Soy un ser humano,
tengo corazón
y aunque de una relación injusta
venga hoy a tu mansión
nunca el aborto, madre mía
será una solución.

Soy tu hijo, el más pequeño
juego, río y tengo honor
y aunque mi rostro no conoces
y si el del agresor
no me castigues a mí por él
pues para ti solo tengo amor.

Aborto «no punible»
llamaron a mi condena
y aunque no me dieron defensa
aún me quedas tú, madre buena,
no hagas algo conmigo
que te llenaría de pena.

Jesús García

EL DON Y EL SERVICIO DE LA MÚSICA

Prof. Sergio Militelo¹

«Allí donde escuchas cantar quédate, los hombres malvados no tienen canciones», ha escrito un poeta en el siglo pasado², casi como si nos dijera que la música es un bien precioso que nace del hombre «bueno» y no del hombre malvado, imperfecto y corrupto.

La serenidad y la sana alegría del canto se identifica, entonces, con la bondad del hombre, una bondad de ánimo, de corazón como centro del ser, de modo tal que el canto y la música son particulares expresiones del corazón que brotan de las profundidades del ser.

Después de esta breve premisa, quisiera iniciar esta ponencia describiendo brevemente cómo los conocimientos científicos hablan acerca del nacimiento de la música, aportando así una ulterior contribución a lo que se ha dicho al inicio.

Sabemos que el origen de la música es muy remoto. Entendida como lenguaje «organizado» ha tenido diversos nacimientos, relativos a las diversas civilizaciones y lugares geográficos. Refiriéndonos a la primera población sedentaria «civilizada» en el mundo (después de las civilizaciones del

¹ Compositor, director de coro, concertista y docente italiano de jerarquía internacional. Es autor de música coral, para órgano, de cámara y orquestal. En el 2002 fundó el «Centro Internacional para la difusión de la Música Sacra» y desde el 2004 es director del «Instituto Diocesano de Música Sacra de la diócesis de Florencia (Italia)». A continuación transcribimos la conferencia que brindó el día 2 de octubre del presente año en el Seminario «María, Madre del Verbo Encarnado» en San Rafael, Mendoza. Acerca de su visita a San Rafael puede verse la noticia en página 128 (Nota del Editor).

² L. Sédar Senghor (1906-2001), primer Presidente de Senegal, desde el 1960-1980, ha sido también poeta. Sus contribuciones a la revisión y al redescubrimiento moderno de la cultura africana hacen de él uno de los más reconocidos intelectuales africanos del siglo XX.

Valle del Indo), encontramos los «Sumerios», una etnia de la Mesopotamia Meridional (hoy día Irak Sudoriental), autóctona o establecida en aquella región desde el tiempo en el cual emigró, o sea alrededor del 4000 a. C. Las excavaciones en el cementerio real de Ur³ y la iconografía musical con la que es ricamente decorada la arquitectura de la primera Mesopotamia histórica, dan a entender que la música es probablemente muy importante en las formas rituales típicas de aquella civilización.

En la Biblia -que ha tenido su cuna propiamente en la Mesopotamia-, se menciona por primera vez a la música en un relato que parece aludir a una época alrededor del 3200 o 3300 a. C., cuando se habla de Yubal, hijo de Lamec y de Ada, del cual se dice que fue «padre de cuantos tocan la cítara -kinnor- y la flauta -ugab-» (Gen 4,21).

Después de los Sumerios encontramos la civilización egipcia, una de las primeras civilizaciones de las que tenemos testimonios musicales. Los descubrimientos nos dicen que en el antiguo Egipto, donde los primeros instrumentos musicales fueron introducidos hacia el quinto milenio (antes de Cristo), la música tenía un rol muy importante: la leyenda dice que fue el dios Thot (divinidad egipcia de la luna, sabiduría, escritura, magia, medida del tiempo, matemática y geometría) quién la dio en don a los hombres.

Pasando al mundo griego la música tenía un indiscutible valor ontológico, o sea era muy tenida en cuenta por el pensamiento filosófico de la época, como demuestran las reflexiones de Pitágoras (570 a. C.-495 a. C.), que la consideraba «suma sabiduría» y, cien años después, Sócrates (470 a.C.-399 a. C.), que habla de la música como «suprema filosofía».

De estas menciones a la antigua historia de los pueblos nos es posible comprender, por tanto, cómo la música tenía las funciones de diversión y entretenimiento, pero también y sobre todo religiosa, de modo que era utilizada en las ceremonias sagradas.

³ Interesante es el redescubrimiento en el cementerio de Ur -entre las 1850 tumbas descubiertas- de dieciséis de ellas en las cuales abunda el ajuar funerario como vajillas, armas, ornamentos de oro e instrumentos musicales con incrustaciones de piedras preciosas.

El mismo filósofo Platón escribe que «la música es digna de veneración porque ella es un reencuentro con los dioses, don grandísimo del cielo para alivio de los males que nos oprimen sobre la tierra, para adquirir las virtudes morales que nos hacen mejores (...)»⁴.

Entre los paganos la música era a menudo personificada con la divinidad, considerando también que tuviese en sí misma la aptitud de unirse al culto hasta ser definida en el mundo romano como «amica templi» (amiga del templo)⁵, según es declarado por Quinto Horacio Flaco (65 a. C.–8 a. C.) uno de los mayores poetas de la edad antigua.

Para los antiguos paganos la música era, entonces, capaz de ofrecer dignamente a la divinidad alabanzas, oraciones y sacrificios, tanto que no se podían cumplir actos solemnes ligados al culto sin la música.

Podríamos afirmar, por tanto, que la música considerada «don divino» era el lenguaje «mejor» para comunicarse con la divinidad, por motivo de la atracción «misteriosa» contenida en el arte de los sonidos. Hoy día nosotros sabemos, sin embargo, que en realidad se trata de un poder misterioso debido a razones científicas (por ejemplo el campo de la organología y de la acústica), las cuales, no obstante, no acaban de explicar el poder intrínseco del lenguaje musical. La explicación última, desde el punto de vista cristiano, está en el pensar que en el arte musical hay una imagen del Misterio con el cual se comunica en Su esencia de relación y de comunión, participando al hombre la sobrenatural armonía eterna e inefable. Más profundamente, entonces, la música es un cuasi reflejo de la divinidad.

En consecuencia, la Iglesia no ha descuidado jamás el «valor» de la música, reconociendo los beneficios que ella aporta sea espirituales (en el culto), sea sociales, sea «terapéuticos», valorizando cuanto ya la sabiduría antigua –por ejemplo de Shu Ching en el S. VI a. C. en la antigua China– afirmaba: «para cambiar los comportamientos de las personas y alterar sus costumbres, no hay nada mejor que la música».

En efecto, entres los poderes misteriosos de la música se encuentra el de poder llevar al alma a la conmoción. A este propósito, son siempre fas-

⁴ PLATÓN, *De Leg.*, L III.

⁵ HORACIO, *L. III Odas XI*.

cinantes las palabras con las que Agustín de Hipona (354-430 d. C.) en sus «Confesiones» (IX, 6, 14) describe lo que estaba sucediendo en su ánimo: «Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y destilaban tu verdad en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad. Las lágrimas que corrían me hacían bien».

En estas palabras antiguas y, sin embargo, sorprendentemente actuales, se ve el poder evocador del canto, particularmente eficaz cuando se trata del canto coral, capaz de inducir a la «fuerte conmoción» (como la llama Agustín), quitando las penas del corazón, consolando, infundiendo fervor y uniendo fraternalmente.

Una tal gama de sensaciones, suscitadas por el canto litúrgico, paradójicamente ha hecho escribir a diversos autores sobre la preocupación de que esto no pudiese estar de acuerdo con una cierta teología, enriqueciendo lo que ya el mismo Agustín escribía, confesando el propio tormento en esto, temiendo de «pecar en modo de merecer castigo» si «la música mueve más que la realidad cantada», hasta preferir no oír cantar. Sabemos, no obstante, que el obispo de Hipona, recordando la profunda conmoción espiritual experimentada en su primer encuentro con la música sacra milanesa (de Milán), suavizó su rigorismo, llegando a afirmar que «el espíritu flaco se despierta a piedad con el deleite del oído»⁶.

Muchos siglos después el teólogo Tomás de Aquino (1225-1274), el cual está ligado a algunas de las más importantes composiciones litúrgicas⁷, reconocerá en estas palabras las motivaciones de la música sacra, útil para «estimular más y más la devoción de los espíritus débiles»⁸ y la importancia fundamental del canto. En un cierto sentido, él supera aun a la palabra en sí misma, llegando a escribir que «(...) si bien algunos fieles no entienden

⁶ *Confesiones*, X, 33,50.

⁷ Suyo es el himno Eucarístico «Pange lingua», cuya la secuencia «Lauda Sion». Se debe a santo Tomás el haber llevado a cabo el no fácil trabajo de crear una nueva liturgia para la Misa del «Corpus Domini», extendida a toda la Iglesia el 19 de junio de 1264 y celebrada por vez primera por el Papa Urbano IV. Suyo es también el popular himno «Adoro te devote latens Deitas».

⁸ *S. Th.*, q. 91 a. 2 corpus.

lo que se canta, saben muy bien que el motivo o fin de los cánticos es la alabanza a Dios, y esto es suficiente para moverlos a devoción»⁹.

Todavía dos testimonios sobre el poder de la música. En el período Barroco entramos al británico John Dryden (1631-1700), poeta, dramaturgo, crítico literario y traductor. Al final de su vida ha publicado, entre sus «Fábulas», su más grande poema lírico escrito tal vez para una sociedad musical londinense que celebraba el día de santa Cecilia. Se trata de una Oda titulada: «El poder de la música sobre el corazón humano»¹⁰, una de las más bellas obras poéticas del seiscientos. En la primera mitad del setecientos, esta Oda llega a ser uno de las obras de arte absolutas del tiempo, por obra del compositor Georg Friedrich Händel que la dirigió desde el órgano, por primera vez, el 19 de febrero de 1736. Es una obra profana, si bien escrita para la fiesta de santa Cecilia, en la cual se mezcla la perspectiva trágica con la preponderante perspectiva épica. En esto es casi un «unicum»: el coro y los solistas hacen las veces de «historicus»; Alejandro está en un banquete después de haber vencido a los persas; está junto a él el músico Timoteo, nuevo Orfeo que con el sonido de la lira infunde en el príncipe los más variados «afectos» comenzando por el de la caridad; en último lugar un recitativo coral que introduce el «máximum» del poder de la música, personificado por santa Cecilia.

También un conocido autor romántico de la literatura italiana reflexiona largamente sobre el valor y el efecto de la música: se trata de Iacomo Leopardi (1798-1837). En el «Tibaldone», un diario personal que recoge una gran cantidad de apuntes escritos entre 1817 y 1832 por un total de más de 4000 páginas, escribe:

«Digo que el efecto de la música alcanza principalmente al sonido. Quiero hacer entender esto. El sonido (o canto) sin armonía y melodía no tiene fuerza suficiente ni durable, al contrario, no es más que momentáneo en el ánimo humano. Por el contrario la armonía o la melodía sin el sonido o el canto, y sin aquel tal sonido que pueda ser musical, no produce ningún efecto. La música, por lo tanto consta inseparablemente de sonidos y de armonía, y uno sin el otro no es música. El sonido es musical en cuanto armónico, la armonía, en cuanto

⁹ S. Th., q. 91 a. 2 ad. 5.

¹⁰ Publicado por F. T. Palgrave, ed. (1824-1897), The Golden Treasury 1875.

aplicada al sonido. (...) Pero yo atribuyo el efecto principal al sonido porque en él está propiamente aquella sensación a quien la naturaleza ha dado esa milagrosa fuerza sobre el ánimo humano (como la ha dado a los olores, a la luz, a los colores); y si bien él necesita de la armonía, sin embargo, en el primer instante, el puro sonido basta para abrir y conmover el ánimo humano.

Como se puede notar, Leopardi se refiere más bien al «placer» que el sonido produce de modo natural.

Después de estas indicaciones sobre el origen, el fundamento y el poder de la música y del canto, consideremos ahora cómo la música puede ser vivida como «misión y servicio» en favor de Dios y de los hombres.

La reflexión filosófica sobre la música podría venir aquí en nuestra ayuda, pero deseo concentrarme sobre el testimonio directo de al menos dos conocidos músicos de la historia, sobre aquellos hombres que han dedicado al arte musical sus fatigas y energías por un fin, diría, «misionero».

Primeramente debemos citar a Johann Sebastian Bach (1685-1750), músico dotado de un elevadísimo sentido religioso, el cual implica su ideal en la música entendida como «don» de Dios e instrumento específico de la alabanza de Dios. En los autógrafos de sus «Cantatas» encontramos la sigla «Soli Deo Gloria», expresión latina que indica el dar «Gloria a Dios solo». Este lema ha sido utilizado también por otros artistas como George Friedrich Händel (1685-1759) y Christoph Graupner (1683-1760). La frase resume las creencias de base de los reformadores protestantes: en sustancia, todo lo que se hace debe ser para la gloria de Dios, con exclusión de la autoglorificación y orgullo por el género humano. Los cristianos deben estar motivados e inspirados por la gloria de Dios y no por la propia. Así entendida, la música se vuelve «servicio» hecho a Dios y a los hombres: el fin de la música es la santificación de Dios y la edificación de los hombres.

Después de Bach, querría citar la experiencia elocuente del músico compositor italiano Domenico Zipoli (Prato, 1688-Córdoba, 1726) que vosotros debéis conocer, puesto que se hizo misionero jesuita en Sudamérica ofreciéndose como voluntario para trabajar en las «Reducciones

jesuíticas»¹¹. El es recordado como el músico más completo entre los misioneros jesuitas. En 1717 -todavía novicio- dejó España con un grupo de 53 misioneros que llegaron a Buenos Aires, en el Río de la Plata (13 de julio de 1717). En 1718 se estableció en Córdoba (Argentina), donde siguió los estudios filosóficos y teológicos (1718-1724). Luego a causa de la falta de obispo no pudo ser ordenado sacerdote. Durante estos pocos años, se dedicó contemporáneamente a la actividad de compositor, de maestro de coro y de organista en la iglesia de los jesuitas. Pronto su trabajo se hizo célebre desde Paraguay a Perú, cuyo Virrey escribió a Córdoba solicitando las composiciones de Zipoli. Tronchado a causa de una enfermedad infecciosa de origen desconocido, Zipoli murió en Córdoba en la casa de los jesuitas, el 2 de enero de 1726. Sus cenizas se conservan en una urna en la iglesia jesuita de santa Catalina, en las montañas de la provincia de Córdoba (Argentina).

En estos dos testimonios de vida entrevemos la dignidad de su vocación y el compromiso que ella les ha solicitado. Se trata de dos vidas ligadas a la música, entendida y vivida como «don y servicio».

Entendemos cómo el arte musical, cuando es sentido y sufrido así, en su autenticidad, se vuelve «lenguaje del Espíritu», expresado a través del arte de los sonidos. En este sentido, a los artistas se les pide hacerse, de algún modo, pequeños «instrumentos» del Espíritu, de la Belleza divina que es «armonía, paz, alegría, gozo, exultación (...)».

Para ser instrumentos del Espíritu y «misioneros» a través de la música, viviendo el arte como servicio, comprendamos «que lugar (...) la fe, debe tener en la vida del artista, de cada artista: porque si el arte, según la escultural definición dantesca, es a *Dio quasi nepote*, ésta tiene necesidad de acercarse a Dios, de conocerlo en las fuentes de la Revelación, de amarlo en el esfuerzo constante de purificación y de donación, que el Cristianismo propone a través del Evangelio». La citación de Pablo VI, continúa ofreciendo ideas de reflexión muy importantes:

¹¹ Las «reducciones» eran los pequeños núcleos ciudadanos en que estaban estructuradas las misiones jesuitas del Paraguay, donde su conocimiento musical ayudó mucho a estas poblaciones indígenas a desarrollar su talento musical natural.

«(...) acordaos cuanto la fe ayuda al artista cuando ésta es verdaderamente vivida, en la paz de la posesión plena, como en la inquietud, y también en el riesgo que puede comportar: por la fe el artista encuentra el continuo estímulo para superarse, para expresarse mejor, para fundir sus experiencias en aquellas magníficas síntesis, de las cuales la historia del arte, en sus momentos más altos, nos ha dado incomparables modelos: como son -por citar algunos- (...) “las Pasiones” de Bach, el “Mesías” de Händel. Pero la fe debe ser también servida por él, con humildad de ánimo, con genialidad nunca satisfecha de búsqueda expresiva, con espíritu de ofrecimiento a Dios de los propios talentos, para el gozo y elevación de los hermanos. Este libre servicio de la fe no es camino fácil, supone fatiga, lucha, andar a contracorriente. Requiere sobre todo coherencia con la propia conciencia, generosidad de vida cristiana, ejercicio ascético de virtud»¹².

Si estos son los fundamentos sobre los cuales un verdadero músico debe apoyar la propia existencia, preguntémonos por último cómo y de qué modo la música se hace «servicio».

Ante todo, creo interpretar este «servicio», esta «misión» como una restitución de aquello que el Verbo ha hecho con nosotros y por nosotros. La citación, en este caso, de la primera carta del apóstol Juan:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos, nosotros lo hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea perfecto» (1Jn 1, 1-4).

Esto nos muestra cual debe ser el ritmo de pulsaciones del corazón de cada cristiano, que desea participar personalmente en la misión de la Iglesia: vivir el Reino de Dios como el destino de la propia existencia. La misión es el «por Cristo» de la vida, es el no vivir por nosotros sino por Él, muerto y resucitado por nosotros. Si hablamos de misión a través de la Música, no debemos referirnos a la obra artística como sujeto y contenido, sino referirnos al beneficiario, al hombre.

¹² PABLO VI, discurso del sábado 10 de mayo de 1969.

Con esta atención, cada obra maestra musical no glorifica a sí mismo, sino que -a través del lenguaje artístico, entendido como don y elaborado por el artista a través del genio- revela la belleza espiritual, a fin de expresar al hombre el «preludio» de la gloria divina: en tal sentido, el arte como servicio y misión se puede configurar como «profecía estética», una profecía que nos hace salir de nuestro angosto y restringido cotidiano para abrir el corazón y la mente al espacio infinito de Dios a través de la «contemplación estética».

Interesante, a propósito, es la citación de un discurso del papa Pío XII:

«La función de cada arte está en efecto en el romper el recinto angosto y angustiante de lo finito, en el cual el hombre está inmerso, puesto que vive aquí abajo, y en el abrir como una ventana a su espíritu anhelante hacia el infinito»¹³.

La vocación del músico, del compositor, del artista en general es la de hacer a Cristo presente en el mundo: el arte en tal sentido se vuelve expresión humana de la divinidad inexpressable. Si la sola «Belleza que salva» es Cristo, la belleza que debe sustanciar al creyente es la santidad, y la belleza -atributo de Dios- permite atravesar el recinto de lo finito a través de la expresión artística.

Deseo terminar con dos citas del gran Papa Juan Pablo II:

«El hombre, contemplando el arte y su belleza, se abandona en ella como en la solicitud de sus elevaciones más genuinamente humanas, o sea espirituales; y por eso siente y transmite el encanto de la espiritualidad purísima, Dios, que es el origen y fin de cada espiritualidad creada».

Esto significa que el arte es querido por la Iglesia y ayuda a reconocer y alojar a Dios, puesto que la belleza exterior estimula la interior.

Por esto los artistas son invitados a una creatividad capaz de maravillarnos: «la belleza que transmitiréis a las generaciones del mañana sea tal que suscite en ellas la conmoción. Frente a la sacralidad de la vida y del ser

¹³ Pío XII, *Discurso y Radio mensaje XIV*, 8 de abril de 1952, 49.

humano, frente a las maravillas del universo, la única actitud adecuada es el asombro»¹⁴.

La Iglesia, el cristiano, el hombre contemporáneo puede encontrar en el arte la fuente del asombro y, a través del asombro, la actitud favorable para iniciarse en los divinos misterios, decidiendo recorrer seriamente el camino de la conversión en correspondencia a la llamada universal de Dios a la santidad. Os deseamos, entonces, haceros santos, o sea favorecer -a través del arte, cual gozo de la vida- el don de todos nosotros mismos y el hacer fructificar los talentos recibidos en el «servicio» de darse a Dios y a todos los hermanos en cada rincón de la tierra. Todo don recibido, según la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30), es para hacer fructificar: «Aquel que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: Señor, me has entregado cinco talentos; he aquí, he ganado otros cinco» (Mt 25,20). Todavía en la primera carta a los Corintios, San Pablo afirma: «Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de obras, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1Cor 12, 4-7).

En definitiva no se recibe nunca un don para si mismo: a cada hombre el Espíritu otorga sus dones, pero estos deben ser puestos a disposición de los demás. Quien desarrolla una tarea en la comunidad debe tomar conciencia del propio servicio como un don del Espíritu que ha recibido y pone a disposición de todos. Si esto es verdad para el músico con mayor razón cuando este desarrolla su ministerio durante la Liturgia, donde la alabanza a Dios se hace experiencia real, viva, eficaz, gozosa y contagiosa para todos los hombres de todo tiempo y lugar.

Espero que todos vosotros podáis experimentar la música así, iun don recibido y un servicio dado a los demás!

*Traducción del italiano por el P. Edgardo Catena
y Andrés Torres*

¹⁴ JUAN PABLO II, *Carta del papa Juan Pablo II a los Artistas*, 4 de abril de 1999, 16.

EL HUMANISMO PURO EN MOZART

Fray Mario José Petit de Murat

Es evidente que muere, en nuestros días, un ciclo histórico. Las olas de los impulsos humanos que se levantaron en el Renacimiento, hoy se extinguen agotadas, lógicamente hechas trizas, en las tragedias de las actuales catástrofes. No ha habido, quizá, civilización más compleja, más contradictoria en sus principios internos que la europeo-moderna. Los hilos de sus diversas actividades, incluso la música: las parábolas trazadas por ellas en el tiempo, ya se han consumado y se destacan nítidas ante los entendimientos.

Por esta razón resulta inoportuna la consideración individual o local de un estadista, un músico o cualquier otro hombre significativo para dicha época. Hoy se impone hasta los trabajos más modestos la labor de síntesis, no sólo por la necesidad imperiosa de encontrar un sentido y explicación a la edad del mundo que se extingue en el desquicio de nuestros días, sino también porque dicha tarea es la más excelente del pensamiento, pues muestra las cosas en la finalidad cierta o errada que las promovió.

Por tales razones la intención de estas líneas es de mostrar la figura de Mozart, no tanto en sí misma cuanto en el desarrollo verdaderamente monumental, de la música clásico-europea, cuyo proceso ya se insinúa en Italia en el año 1300, se define en 1500 en diversos países, y termina en Alemania con Beethoven en el 1827; es decir, su asombrosa y desbordante plenitud llena tres siglos.

Ahora bien, si buscamos una clave que nos permita conocer el valor más profundo de las obras que componen ese admirable movimiento, vemos que no es otra cosa que la inspiración. De ésta depende el contenido formal de la obra de arte y, por lo tanto, su magnitud fundamental. Ni la materia próxima, ni la ejecución técnica, por brillantes que sean, pueden suplir o disimular las deficiencias que afecten a este germen esencial.

Hallado pues, el principio que nos introducirá en la sustancia de todo movimiento artístico, es necesario que nos detengamos, por unos instantes, a considerarlo en la medida exigida por nuestro propósito.

Llegados a este punto debemos asegurar (y acerca de esto hágase especial atención, pues lo que se afirma no anda de acuerdo con lo que comúnmente se piensa), que las fuentes de la inspiración artística son infinitas.

El universo es un inmenso conjunto de criaturas vivientes sólo para el niño, el artista y el santo. El hombre que se haya hundido en el bajo légamo de la sensibilidad y de los apetitos animales, cubierto por la costra de las obsesiones de sus concupiscencias, separado de la realidad por las ficciones de su imaginación, no percibe la intensa elocuencia del Cosmos.

En cambio, la verdad es que toda criatura por miserable que sea, gime, canta de mil maneras. Y las esencias de las cosas si bien es cierto que muy pocas veces brillan en una cumplida realización de belleza, en cambio encienden en el mar de nuestra noche destellos fugaces, llamaradas estranguladas que manifiestan ese fondo de luz, ese último misterio de claridad que no logra morir a pesar de todas las cotidianas torpezas con que se lo traiciona.

La belleza que ha sido frustrada en su realización ontológica se manifiesta bajo formas dramáticas o trágicas, en las miríadas de anhelos, nostalgias y aún, neurastenias, que lo verdadero, lo bueno y lo bello dejan en su lugar cuando se ausentan.

Por lo tanto, el verdadero artista -en menor grado que el santo- se encuentra plantado en el centro de un universo sin reservas para él; en medio de un orbe de criaturas terriblemente desnudas.

Mil dardos de luz imprevistos, muchas veces dolorosos, lo visitan cotidianamente desde cosas con frecuencia despreciadas por el resto de los hombres. San Francisco de Asís, cuya vida es una continua y sublime poesía, se quedó inmóvil ante una pequeña flor del campo, tierna estrella, que brillaba al borde del oscuro camino; luego de contemplarla arrobado, le dijo: «Calla, pequeñuela, porque me haces daño». Paul Claudel encontró en una perdiz muerta la metáfora genial que da apogeo al último acto de «El anuncio hecho a María». 6

Demás, una gran obra de arte no es el resultado de una sola inspiración sino la respuesta de una inteligencia fecundada hasta su médula por mil intuiciones, muchas de ellas recibidas en la infancia.

Brevemente explicado que, tantos cuantos son los seres y sus estados, son las posibles inspiraciones artísticas, y pasando a poner orden en esa multitud, vemos que a todas ellas se las puede comprender en tres grandes géneros, cuales son: La inspiración teológica; la inspiración racional (y aquí se encuentra en humanismo puro); y la inspiración pasional o sea el falso humanismo.

Antes de pasar adelante y para no perder de vista el plan seguido, debemos recalcar que la presente clasificación no se refiere, en manera alguna, a los temas de las obras, sino a la realidad substancial de las mismas, esto es a la aportada por la inspiración. El tema muchas veces es un accidente o un pretexto, ya que, por ejemplo, la inspiración de un Ave María de Gounod es baja y sensual, y en cambio, el fervor religioso aparece en composiciones de J. S. Bach que están lejos de intentarlo expresamente.

La inspiración teológica es la de las mentalidades artísticas vivificadas por la fe. Gracias a esa luz que dilata sus almas en el sentido más profundo de los Tiempos, su arte es el testimonio de un universo inmensificado por la visita personal de Dios y la Pasión de la Vida, vencedora del pecado y del sepulcro. La característica de sus obras es lo sublime, es decir, aquel grado de belleza que no reposa en sí mismo, sino que participa, por aspiración y de manera inmediata, de la Belleza infinita.

Otra es la inspiración de los artistas ubicados en la pura razón. La Historia del Arte muestra que son poquísimos aquéllos en los cuales brilla ese equilibrio casi imposible para el hombre. Esta criatura está tironeada por dos pasiones opuestas; por una parte la de los Cielos; por la otra, la de la carne descompuesta y el Infierno. A mi entender sólo dos veces, como se verá luego, en momentos fugaces, se ha desentendido en el campo del arte, de esos focos de vehemente atracción y ha podido manifestar la belleza exquisita que compete a la razón como tal.

La última, la inspiración pasional, es la de los artistas que han caído -casi siempre sin tener conciencia de ello- en la gran tentación de realizar en Arte lo que la naturaleza niega, es decir, la intención imposible del pecado, cual es adjudicar a las cosas de los bajos apetitos, bellezas, galardones y glorias que dichas cosas están lejos de poseer. Sus formas son las más variadas; desde las sutiles y encubiertas por las técnicas magistrales de algunos genios y talentos, hasta las procaces del realismo, el cual, abiertamente desentendido de la belleza, convierte al Arte en menestral de llagas y burdeles.

Pasando ahora a aplicar estos principios, que hemos considerado en abstracto, al desenvolvimiento de la música clásico-europea, nos encontramos con el hecho verdaderamente asombroso, de que lo que se ha dicho en el orden lógico se ha cumplido en el cronológico.

Es decir, hallamos sus comienzos henchidos de inspiración teológica. Aunque «Ars Nova» fue fundada en Italia por artistas que compartían música de Iglesia con madrigales, ballatas y caccias, las composiciones de carácter religioso reciben formas nuevas ante todo en la pujante escuela franco-flamenca de Cambrai, luego en Italia con Palestrina, en España con Morales y Vitoria; pasa más tarde a manos como las de Corelli, Vivaldi, Bach, para atenuarse en Haendel y Haydn.

No termina aquí la riqueza sustancial de este movimiento que fue completo y significativo en todo sentido. Humanista ante todo, la razón ocupa en él, sitio de honor como no lo tuvo en ninguna de las otras artes renacentistas. Sabemos que en pintura, escultura y arquitectura los mismos grandes maestros relajaron la composición para dar cabida a elementos que no fueran los puramente intelectuales. En cambio a la música pertenecen la gloria excepcional de la elevada y rigurosa racionalidad de su técnica; hecho que es constante y celosamente cuidado por todos los compositores hasta Beethoven, inclusive.

El otro aspecto que puede ser racional en el arte, es decir, la inspiración, se insinúa desde los comienzos de dicho proceso y crece en la medida en que el religioso se debilita. Scarlatti, Corelli, Vivaldi, Bach, tienen obras de pura razón; éste adquiere franca supremacía en Haendel y Haydn para plenificarse en Mozart.

Luego Beethoven clausura solemnemente el glorioso ciclo. Gigantesco, se enfrenta, en sí mismo, con la tragedia del hombre moderno engendrado por las ilusiones del Renacimiento, y la narra con el mismo patetismo y violencia con que ya lo habría hecho Miguel Ángel y Shakespeare.

Más tarde, terminada la cadena de graves y espléndidos Maestros, en la noche de la pérdida irreparable, los románticos descienden hacia la carne. A ellos pertenece la inspiración pasional.

La música de Mozart no es tan solo música regulada en su materia por la razón -éste es galardón de todo clásico-, sino razón hecha música.

Esa facultad tan nuestra y tan ignorada, más aún, tan traicionada, aparece en él como un alba y un pleno día delicadísimos y desconocidos.

Juegos de esa ave límpida e incomparable con sus armonías, ágiles, absolutamente despojadas de pasión y materia. Aquí la razón expresa a la razón. Desde allí nos mira virginal, incontaminada, la que llevamos dentro, y nos sonríe con su luz distinta a todas las luces turbias de los deseos; con la claridad de su justa medida. Nos dice: «soy medida, proporción, unidad; soy fluidez y canto de los manantiales que brotan del seno de la Razón primera y última de todas las cosas. Mi presencia obscurece la voz transparente de las aguas y de las rosadas albas; toda belleza sensible resulta densa al lado de mí, porque en realidad, si alguna hermosura hay en la rosa o en el siempre insólito delineamiento de un rostro, es porque yo los he tocado y he puesto en ellos mi delicado resplandor».

Ese es el contenido anímico de la obra de Mozart. No lo puede haber más cristalino.

La Pasión de arriba sobreañade Luz a esta luz y la hace sublime; este camino nos haría ascender hacia Bach, Vivaldi, Corelli.

La Pasión de abajo la ensucia y deforma; Esto nos llevaría a los románticos.

El está en un justo medio casi imposible para el hombre. Busco en toda la extensión de las artes un caso equivalente y no hallo en ese campo otro que no sea el Partenón de Atenas. No hago más que insinuar aquí esta idea porque un estudio comparativo de ambos momentos, exigiría tiempo.

Su semejanza con el pintor Watteau sostenida por algunos críticos, es nada más que de materia, pero en sustancia difieren radicalmente.

Mozart es elegante pero nunca frívolo. Esto habrá que dejarlo a Rosini, el cual es precisamente eso: Un Mozart frivolidado.

La elegancia es una de las notas características de la razón, más, como en el lenguaje común se ha abusado tanto del término, mejor es denominarla con más propiedad llamándola gracia.

En la modalidad artística del músico que nos ocupa, se conjugan, compensándose admirablemente, el gusto melódico italiano y la austeridad o solidez armónica de los alemanes. Hecho curioso que es digno de ser anotado: Esa conjunción de las cualidades opuestas de ambas razas, dio por resultado, en lo que a lo natural se refiere, a otro genio, a otro apogeo de la razón, esta vez en el terreno filosófico-teológico. Estoy haciendo mención de santo Tomás de Aquino, cuya nacionalidad era italiana con sangre materna germana.

Ahora toca preguntar: ¿Cómo pudo producirse tan justo equilibrio?

Lo debemos atribuir a la nobleza de este hombre que nunca dejó de ser un niño excepcional, de talento. Su música es lo que era su alma, no lo que los hombres hacían con él. La limpidez de su obra manifiesta que las envidias, incomprensiones, pobreza, enfermedades, que siempre lo cercaron, no lograban lesionar su alma.

Tiene razón el crítico Bellaigue cuando dice que su música no fue confidencia sino su consuelo. Si la hubiera aplicado a narrar su vida hubiera resultado sangrante como no lo fue la del mismo Beethoven.

Aquel -que componía sus obras de mayor alegría precisamente en el momento en que el bacilo minaba sus pulmones- se portó con nosotros como siempre lo hizo con todos los hombres: a quién le pedía, dio su dinero sin volver los ojos a sus propias necesidades. Así también ha legado incondicionalmente a la Humanidad todas las riquezas de su genio, guardando sus padecimientos, casi con pudor, para sí.

El Cuarteto «La Caza» muestra una particularidad que lo singulariza dentro del mismo repertorio de Mozart. Me refiero a su sobrio lirismo de

sabor italiano, el cual no es frecuente, al menos en sus obras de música pura (sinfonías, conciertos, sonatas, etc).

Dicho lirismo se insinúa ya en el primer movimiento, se acentúa en el Minueto, para manifestarse abiertamente en el Adagio, el cual es uno de los más hermosos de Mozart. Ese último tiene frases tan cantadas por los instrumentos que poco falta para que se conviertan en voces humanas.

El título de la obra no mueve a la imaginación a querer concebir escenas de caza. Para un músico tan fino hubiera sido rudeza reducir este arte incorpóreo a provocar imágenes que no son música. «La Caza» no es el motivo formal de la obra, sino un accidente material de la misma. Es decir, se debe a que los temas del Primer movimiento y del último son las características de los cuernos que sonaban en las cacerías.

Si la imaginación quisiera ayudar, sumisa, a la inteligencia, a entrar en esta Música, en el Allegro vivaz y festivo del comienzo se podría, quizá, concebir un paisaje de Francia apacible, luminoso, nacarado. Mas, pronto se desvanece, para dar lugar a una que otra frase íntima, la cual nos lleva a zonas del alma, desvaídas; acordes que atinan a expresar lo que queda del otro lado de la palabra y de la figura.

El minueto tiene un trío sorprendente. Nunca se ha podido realizar con tanta sencillez, cosa más cristalina y candorosa. En el centro, el canto se levanta, imprevisto, hasta la octava superior colocando un acento de diáfana pasión que la palabra no puede asir.

Luego se interna en un Adagio crepuscular, donde el alma del artista está sola consigo misma, reposando en quién sabe qué evocaciones, en qué dulcísimo recuerdo.

Con el último Allegro retorna al exterior luminoso de antes pero con una alegría más grave que la primera.

«La Pequeña Serenata Nocturna», es una joya exquisita del todo mozartiana. Allí aparece en su madurez su elegancia originalísima llena de dignidad, más aún, de majestad. No es un salón galante: es la hermosura vertical y graciosa del alma racional a la vez fuerte y delicada.

Tal es la exactitud de su medida, la justeza de sus proporciones, que enriqueciendo su instrumentación, los cuatro movimientos que la componen hubieran constituido quizá la mejor sinfonía de Mozart.

En Mozart no hay que esperar afectismos impresionantes. Su música es música para la inteligencia; para inteligencias desveladas y atentas. La mano maestra de los genios consiste precisamente en la manera de modular los temas esenciales; de lograr matices imprevistos. En la obra de un artista mediocre la imaginación del auditor precede a la melodía, en su curso; en cambio, el gozo que producen estos talentos consiste precisamente en lo contrario. Al mismo tiempo que desarrollan el tema con perfecto rigor lógico, lo llenan de variaciones imprevisibles. En esto consiste lo viviente de la belleza. Ellos saben convertir en signos lo que todos llevamos dentro y el hombre común no puede expresar. Por eso en estas obras encontraremos algo de nosotros mismos, por encima de la pesada bruma de las preocupaciones y los apetitos.

EL AMOR SUFRIENTE COMO REMEDIO DEL FARISEÍSMO

*P. Martín Villagrán I.V.E.
Roma, Italia*

*«En la cruz se gloriaron todos los apóstoles,
por ella fueron coronados todos los mártires,
santificados todos los santos»
San Teodoro Estudita*

Introducción

La falsificación de la religión y su autenticación pareciera no ser propiamente un tema actual; sin embargo es algo que afecta a la humanidad desde nuestros primeros padres y por eso, por ser un problema «del hombre», es totalmente actual.

A lo largo de la historia la religión y la religiosidad tuvieron sendas líneas de deformación: gnosticismo, racionalismo, sentimentalismo, rigorismo, laxismo, quietismo, activismo, formalismo, etc., etc.

Hoy en día la verdadera religión, la de la Iglesia Católica, se encuentra en crisis profunda puesto que el modernismo, que es la síntesis de todas las herejías¹, ha entrado en su interior bajo el manto del progresismo para corroer lenta y fatídicamente sus mismos fundamentos. La causa de tal nocividad está en que el modernismo y el progresismo contrarían al misterio de la Encarnación. De hecho, la esencia de estos errores está en la mala mezcla² de lo divino y lo humano, de lo sobrenatural y lo natural, de

¹ «*Omnium haeresum collectaneum*». S. Pío X, *Pascendi Dominici Gregis*.

² El p. Julio Meinvielle atribuye a Jacques Maritain la paternidad sobre el progresismo cristiano al ver realizada en su sistema la expresión de la Constitución dogmática «*Dei Filius*» del Concilio Vaticano I (prólogo), «*naturam et gratiam perperam*

lo sacro y lo profano. Y justamente el Verbo se «mezcló» con la Carne para recapitular todo en sí, para re-ligar al hombre con Dios, pero se «mezcló» jerárquicamente, es decir, con la preminencia absoluta de lo divino sobre lo humano.

Perdida la marca de autenticidad (que está en la unión jerárquica de lo divino y lo humano), la religión causa rechazo porque lo falso, lo feo, lo deforme, repugna. Y siendo el instinto de religión tan fundamental y apremiante, los hombres buscarán otras opciones que, por fuerza, serán falsas o defectuosas al no fundarse en el hombre-Dios, Cristo, y en sus enseñanzas.

A pesar de esto, a pesar de la gravedad de esta moderna y extendida herejía, consideramos que la crisis que actualmente atraviesa la Iglesia no debe ser imputada exclusivamente al progresismo.

Creemos que hay de fondo algo más fundamental y esencial que debe ser advertido y denunciado con tanta más vehemencia cuanto mayor es la sutileza que lo reviste.

Creemos, en pocas palabras (sin querer caer en reduccionismos), que entre los factores que provocaron todas las grandes crisis de la Iglesia, incluida la actual, ha cumplido un rol central o al menos determinante, aquel cáncer al que el mundo religioso es propenso: el fariseísmo.

Y consideramos también que contra el fariseísmo es que se produjeron la mayoría de las reacciones en el Cuerpo de la Iglesia que a menudo, por desproporcionadas y alocadas que fueran, lesionaron gravemente la unidad de la misma.

¡Cuidado! Es cierto que el momento presente es resultado de un largo proceso de descristianización del mundo en el que las fuerzas del mal han puesto sus mejores energías. No hay que ser ingenuos. No tendríamos el mundo apóstata de hoy si no hubiera habido tantos enemigos astutos y positivamente laboriosos en contra de la Iglesia.

conmiscentes», que él traduce: «haciendo una mala mezcla de la naturaleza y de la gracia». *De Lamennais a Maritain*, 335.

Pero es muy cierto también que la Iglesia tuvo gran responsabilidad; y consideramos que la misma le viene por dejarse arrastrar por aquel vicio que siempre y necesariamente le asechará los talones y contra el cuál no puede bajar la guardia, porque es un vicio hecho a su medida, es un vicio religioso.

Quizás se ilumine esta aseveración trayendo el autorizado y perspicaz juicio de dos grandes pensadores.

El primero, el gran historiador franco-inglés Hilaire Belloc, refiriéndose al ambiente en el cual se desató la Revolución Protestante, afirma que la religión había sufrido entonces un proceso que llama «cristalización de la religión», y lo describe como «una especie de endurecimiento de lo que había sido elástico y fluido, una exageración de la rutina y de las reglas precisas, en oposición a la amplitud del movimiento, un desarrollo de la letra contra el espíritu, una preponderancia del esqueleto en un organismo vivo, en oposición con su carne y su sangre». Y continúa: «Europa vivía una vida realmente católica y estaba sana. Pero lo que podríamos llamar su *vida oficial* se endureció fuera de toda medida. Esto iba necesariamente acompañado de una consolidación de los abusos. (...) Pero se produjo un retraso fatal en el comienzo de la Reforma, y la continuada supervivencia de abusos atribuibles a la rutina no corregida y a intereses creados se mantuvo durante tanto tiempo luego del primer estallido de universal protesta, que la indignación que originaron tuvo tiempo de segregar de la Fe a una generación entera». Y el mismo autor incluirá de alguna manera a todos los fieles en su análisis: «Junto con esta *cristalización*, este endurecimiento de la acción oficial, existía entre los laicos un mal -y mucho más grave- paralelo: la confianza en los aspectos externos de la religión, a expensas de la vida espiritual». Reconoce que el movimiento iconoclasta fue una verdadera aberración pero diciendo que «no puede haber cabal comprensión de la catástrofe si no se admite que esta reacción hacia una religión personal fue una de las causas principales. “No habéis orado” decían a los hombres, “sólo habéis recitado palabras apresuradas. No os habéis arrepentido, sólo os habéis atenido a la fórmula de absolución. No habéis hecho adoración, sino cumplido un ritual. Habéis abandonado a Dios por sus criaturas y habéis dejado morir de hambre la necesidad que dormía en vuestro interior. Despertaos y comed”. Las multitudes respondieron por todas partes. El llamado sonaba a sincero. Había un elemento real en el nuevo y furioso

entusiasmo, elemento sin el cual toda mentira es impotente. Era ese grado de bien sin el cual el mal carece de efecto»³.

El segundo, el padre Castellani⁴ ve en el fariseísmo la causa más verdadera de las revoluciones comunistas en Rusia y en España. «¿Cómo hizo Rusia, la Santa Rusia, la Tierra-de-Dios para llegar a ser la sede de los Sin-Dios? Es imposible imaginarse el fenómeno de odio colectivo a Dios y la aparición del primer estado anti-teo, sin contar con el estado de la religión rusa, desvirtuada por diez siglos de cisma, hundiéndose en el progreso degenerativo de la superstición y del fariseísmo» (161). Y en España, adonde los rusos llevaron su ideología satánica, ya había una masa maldispuesta de «gente humilde que no quería saber más “con los curas”». Cómo explicar si no «por qué una parte admirable del pueblo español (que se confunde con la esencia del catolicismo, según un escritor español), por qué una gran parte del pueblo pobre de España se puso de golpe a odiar a Dios, sañudamente a querer destruir a Dios, es decir los sacerdotes, monjas, templos, cálices, crucifijos, imágenes; las imágenes terrenas de Dios» (160).

Por último, digamos en esta breve introducción algo sobre la extensión de este fenómeno. Será necesaria esta aclaración al comienzo puesto que más adelante, en los intentos de descripciones del hombre fariseo, encontraremos muchos elementos que casi se confunden con elementos que también caracterizan al progresismo cristiano actual. Será necesario, pues, no reducir el problema a un sector puesto que fariseísmo hay entre los progresistas (sensibleros, racionalistas y banalizadores), lo hay entre los «integristas» (de doctrina y disciplina rígidas), y lo hay entre los católicos que aparecen como fieles al Papa y sus enseñanzas. El problema está más allá de estas categorías en las que gran parte del mundo católico puede ser «catalogado». Es un problema más universal puesto que es un problema más esencial.

Considerando pues, que tales son los frutos y la extensión del fariseísmo, ensayaremos un análisis del mismo, buscando siempre un remedio adecuado a semejante mal. Porque si bien es difícil corregir los vicios, y más aún si son espirituales, está en nuestras manos denunciarlos con mi-

³ H. BELLOC, *Así ocurrió la Reforma*, THAU S.A., Buenos Aires 1984, Cap. III, 41-44.

⁴ L. CASTELLANI, *Las ideas de mi tío el cura*, Excalibur, Buenos Aires 1984.

sericordia, proponiendo al mismo tiempo alguna medicina. Pero, hay que entenderlo, el fariseísmo presenta obstáculos del todo complejos por la ceguera espiritual, la soberbia y la dureza de corazón que lo informan.

1. Falsificación de la Religión

¿Se puede falsificar la religión? Claro que sí y la de la religión será la peor de las falsificaciones porque «la corrupción de lo óptimo es lo pésimo». Su máximo exponente es el «fariseísmo» y puede afectar tanto a la «jerarquía» -que por vocación u oficio deben enseñar, regir y santificar al resto- como a cada fiel o infiel particular. Pero son los hombres religiosos, o que se consideran tales, los que pueden corromperse pues el que no tiene «religiosidad» no corre el riesgo, porque de la nada, nada sale.

Veamos pues, al menos brevemente, en qué consiste esa falsificación de la religión, cuáles son sus grados, en quiénes puede darse y cuáles son sus víctimas⁵.

a. Naturaleza

El fariseísmo «(...) es la soberbia religiosa: es la corrupción más sutil y peligrosa de la verdad más grande; la verdad de que los valores religiosos son los primeros. Pero en el momento en que nos los adjudicamos, los perdemos; en el momento en que hacemos nuestro lo que es de Dios, pasa a ser de nadie⁶, si es que no deviene propiedad del diablo (...) El fariseo es el hombre de la práctica y de la voluntad, es decir, el Gran Casuista y el Gran Observante»⁷.

La malicia intrínseca del fariseísmo y lo que lo hace tan nocivo es, entonces, el perder el centro de la vida espiritual, habiendo tenido cierta vida espiritual y teniendo alguna obligación de comunicarla.

⁵ Entre las víctimas del fariseísmo se encuentra el p. Leonardo Castellani cuyo magisterio seguimos en estas reflexiones, convencidos del valor providencial que tuvo su historia personal dentro de la vida de la Iglesia moderna.

⁶ La Edición que citamos dice «deja de ser de nadie». Sin embargo creímos evidente que debería decir «pasa a ser de nadie».

⁷ L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza 1999, 12.

El fariseo no ha tenido aquel «dulce encuentro en el centro más profundo de su alma»⁸, pero alguna experiencia ha tenido. Y, sin dejar de considerar la religión como el valor más elevado, lo atrofia porque se pone a sí mismo como regulador de una realidad que pasó por él, al menos en los aspectos más exteriores y superficiales, pero que no parece ser para él (se repelen mutuamente) o parece ser más que él (lo excede). Pero aunque disimule no entender esa desproporción que hay entre él y el objeto que tiene en sus manos, quiere sin embargo continuar en esa situación de posesión y dominio, por lo que deberá acomodar el objeto que lo supera a sus pequeñeces. De ahí brotarán toda clase de deformaciones, fingimientos y farsas que tanto evidencian su filiación con el «padre de la mentira».

En el fariseo hallamos «un compendio de todos los vicios espirituales, avaricia, ambición, vanagloria, orgullo, obcecación, dureza de corazón, crueldad, que ha llegado a vaciar por dentro las tres virtudes teologales, constituyendo así el pecado contra el Espíritu Santo»⁹.

De un modo más orgánico, siempre dentro del tratado de justicia¹⁰, Santo Tomás demuestra que la hipocresía se opone «directamente» a la veracidad –«virtus veritatis»– (no a la virtud de la religión, como parecería deducirse de las descripciones de Castellani). La razón de esto es que la hipocresía es «una especie de simulación mediante la cual se finge tener una dignidad que no se tiene (...) y de ello se sigue su oposición directa a la verdad, por la que uno se manifiesta de obra y de palabra tal cual es, como se nos dice en IV Ethic.».

Sin embargo, se puede ver la «relación íntima, aunque indirecta», que para el santo hay entre la virtud de la religión y el fariseísmo.

Por un lado dice el Aquinate¹¹ que las Escrituras suelen referirse al hipócrita como aquel que no procura alcanzar la santidad sino tan sólo aparentarla; pero es el mismo santo Tomás quien, en otro lugar, identifica

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*.

⁹ L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos*, Ediciones Jauja, Mendoza 1999, 14-15.

¹⁰ II-IIae 111, 3.

¹¹ II-IIae, 111, 4 corpus: «In hypocrisi duo sunt, scilicet defectus sanctitatis, et simulatio ipsius».

santidad con religión diciendo que sólo existe entre ambas una distinción de razón¹².

Por todo esto podemos decir que el fariseo, si bien directa y formalmente peca contra la veracidad, de modo indirecto peca contra el obrar virtuoso, contra la santidad de vida, en cuanto que éste es el objeto de su falsificación. El fariseo busca realizar obras virtuosas, pero no por sí mismas sino como instrumento, como signos de su fingida «santidad» («instrumentaliter, quasi signa illius virtutis»¹³).

b. Grados

En varias partes el padre Castellani afirma que, según aparece en el Evangelio, el fariseísmo «tiene como siete grados:

1º) la religión se vuelve exterior y ostentatoria.

2º) la religión se vuelve rutina y oficio.

3º) la religión se vuelve negocio o *granjería*.

4º) la religión se vuelve poder o influencia, medio de dominar al prójimo.

5º) aversión a los que son auténticamente religiosos.

6º) persecución de los verdaderamente religiosos.

7º) sacrilegio y homicidio».

(Se despliega pues) «desde la simple *exterioridad* (añadir a los 613 preceptos de la Ley de Moisés como 6.000 preceptos más y olvidarse de lo interior, de la misericordia y de la justicia) hasta la *crueledad* (es necesario que Éste muera, porque está haciendo muchos prodigios y la gente lo sigue;

¹² II-IIae, 81, 8. «Así, pues, se llama santidad a la aplicación que el hombre hace de su mente y de sus actos a Dios. *No difiere, por tanto, de la religión en lo esencial, sino tan sólo con distinción de razón*. Se le da, en efecto, el nombre de religión por servir a Dios como debe en lo que se refiere especialmente al culto divino, como en los sacrificios, oblações o cosas similares; y el de santidad, porque el hombre refiere a Dios, además de eso, las obras de las demás virtudes, o en cuanto que, mediante obras buenas, se dispone para el culto divino».

¹³ II-IIae 111, 3, ad 1.

que muera del modo más ignominioso y atroz, condenado por la justicia romana) pasando por todos los escalones del fanatismo y la hipocresía»¹⁴.

En la manifestación más avanzada de esta enfermedad hayamos pues, lo demoníaco, que engloba todos los otros grados, alcanzando una crueldad tan fría y refinada que hasta la muerte de un Dios llega a procurar y lograr.

Están, sin embargo, los grados menores y las formas más solapadas, de las que todos debemos cuidarnos para no terminar desbarrancando por no enderezarnos tras los primeros tropezones. Hay falsedades más «humanas» y cotidianas que van corroyendo nuestra transparencia y franqueza en la relación con nosotros mismos, con el prójimo y hasta con el mismo Dios. A Éste último no lo podemos engañar, a nosotros a menudo y al prójimo fácilmente.

En otra parte el mismo Padre Castellani da una rica descripción en la que señala juntamente la naturaleza y los grados del fariseísmo: «no es la muerte, es como una esclerotización de lo religioso en uno. Es un complejo proceso, tiene muchas formas y grados: desde la imperceptible desecación y vuelta a lo exterior, que es su comienzo, ese sobrepeso del cuerpo (social) sobre el alma (mística) de la Iglesia que llaman *religión estática* o *traspaso de una mística en política* (Peguy) hasta la odiosa y criminosa hipocresía —mezcla de orgullo, ambición, avaricia, mentira, impiedad, dureza—, contra quien tuvo que luchar Cristo (...) Entre aquello y esto hay infinidad de grados medios: aulicismo, curialismo, clericalismo o pretensión del clero a regir lo civil, eclesiasticismo rutinario, fachadismo o religión de aparato, ambicioncilla, intriguilla eclesiástica, beatería, frailonería o repugnancia al trabajo o al riesgo, etc.»¹⁵.

c. Sujetos

Todos los vicios son hábitos y, como tales, permanecen estables en el alma a fin de facilitar el dinamismo de la vida moral (mala, en el caso de los vicios). Y la tal estabilidad le viene por tener un sujeto, un soporte, una base firme, que será necesariamente aquella misma facultad que haga de sujeto a

¹⁴ L. CASTELLANI, *El Evangelio de Jesucristo*, Editorial Vórtice, Buenos Aires 1997, 242.

¹⁵ L. CASTELLANI, *Las ideas de mi tío el cura*, Excalibur, Buenos Aires 1984, 160-161.

la virtud que este vicio contraría. Podemos, por ejemplo, decir que la gula tiene por sujeto el apetito concupiscible porque su opuesto, la abstinencia, allí lo tiene. En este sentido el sujeto del fariseísmo sería la voluntad puesto que la virtud de la veracidad, a la cual contraría y deforma, es parte potencial de la justicia, cuyo sujeto es ese apetito espiritual llamado voluntad.

Sin embargo aquí no queremos señalar el sujeto psíquico del fariseísmo. Queremos más bien señalar a las personas que se puedan ver afectadas por esta enfermedad espiritual. Y, entre ellas, delimitar como dos niveles para los cuales propondremos medicinas no del todo diversas aunque sí de distinto «nivel».

Esta división de los posibles sujetos personales, distinguidos a modo de niveles, es simplemente aquella de «pastores y rebaño», o «maestros y discípulos» o «reyes y vasallos»; binomios que pueden reducirse a aquél único de «jerarquía-pueblo fiel», cuyas relaciones están determinadas por ese triple oficio que Cristo (sacerdote, profeta y rey) comunicó a su Iglesia. La Iglesia, en efecto, tiene el oficio sacerdotal de santificar, el oficio profético de enseñar y el regío de gobernar.

De estos oficios participan todos los cristianos en cuanto miembros unidos a este Cuerpo Místico por medio del Bautismo, aunque algunos lo hacen con un encargo especial y concreto recibido de Dios por medio de las autoridades por Él establecidas en la tierra.

Distingamos pues, en adelante, entre estos dos grupos: los que ocupan en la Iglesia un lugar ordinario, sin particulares encargos u obligaciones; y los que están constituidos en dignidad dentro de la Iglesia ya sea en razón de su ordenación sacramental o por diversas designaciones o nombramientos en orden al gobierno, instrucción o santificación del pueblo de Dios.

El rebaño

Los fieles «ordinarios», a diferencia del segundo grupo, el de los pastores, no se pueden adueñar de la religión con tanto perjuicio para los demás; sin embargo, pueden caer en «actitudes» farisaicas muy a menudo y hasta pueden cultivar en sí un «espíritu» farisaico que, a la larga o a la corta, tendrá notoria injerencia en la comunidad.

Entre estos hay quienes no son tan «fieles» y ya han dejado de practicar su fe al menos en sus aspectos exteriores, conservando, dicen ellos, lo interior, el espíritu de pertenencia a la Iglesia o, más en general, su amor a Dios. Son los que han conseguido tranquilizar sus conciencias diciendo que ellos no roban ni matan, pero tampoco van a Misa, porque consideran que no es necesario tener que andar mostrando a los demás la bondad moral propia. Y, acto seguido, empiezan a imprecicar contra los «fariseos que van a la iglesia y se golpean el pecho y después en su vida privada desdicen lo que rezaba su piedad pública», etc., etc.

Condenan a los «catolicones» hipócritas y canonizan su espiritualidad como de mayor sinceridad e interioridad. Van a afirmar que ellos hablan mucho con Dios, o sea rezan, y quizás lo hagan de alguna manera. Pero el diálogo que con Dios conservan suele ser un monólogo un tanto infantil que trivializa la imagen de Dios y que busca más bien tener algún sentimiento de religión por medio del cual logran conservar sin remordimientos su actual situación moral y espiritual. En el fondo ellos son también unos hipócritas.

Otros hay, en este primer grupo, que tienen una participación más regular en los actos de culto público y que se acercan con mayor frecuencia a los sacramentos y a las diversas devociones. Suelen venir de familias católicas en cuyo seno estas prácticas se estimulan y conservan.

Entre estos solemos hallar a los buenos católicos, los de una espiritualidad auténtica; porque si bien es cierto que la vida espiritual se define en la relación intimísima del alma con ese Dios «que ve en lo oculto» (Mt 6,4), no por esto el hombre debe olvidar su condición material y su dimensión social.

Sin embargo, el cristiano auténtico no puede fundarse tan sólo en esta dimensión social, visible y externa. De hecho, existe una forma de escaparse del compromiso que la verdadera espiritualidad impone, refugiándose bajo el caparazón de los aspectos más exteriores de nuestra religión. Refiriéndose a la sociedad católica de la postguerra dice el padre Fabro: «Esta lamentable situación de las masas que no profesan el ateísmo, pero que no aceptan el sacrificio de aquel mínimo de renuncia que implica toda vida

cristiana auténtica, es en última instancia, un fenómeno cultural típico de la cultura contemporánea»¹⁶.

Hoy en día el abandono y la apostasía en las masas es mayor, pero sigue existiendo ese tipo de católicos «bastante buenos» pero a quienes falta la totalidad, la radicalidad. Tienen buena formación, amistades sanas y no carecen de nobles ideales; pero, al mismo tiempo, «reciben bienes en esta vida» (cf. Lc 16,25). La vida les sonríe ya sea porque la naturaleza les proporcionó talentos y con un poco de esfuerzo y fortuna los han hecho fructificar; o porque la sociedad que los rodea los reconoce, los aplaude y hasta les ofrece su amistad. Y como en ellos no arde el fuego del Evangelio se les va embelesando el alma ante el resplandor del mundo y comienzan a vivir la bondad natural, lo cual es suficiente para no perder esas amistades, honores y beneficios, mundanos en su mayoría. Obviamente, cuando corra riesgo el honor de Dios y de sus cosas ellos diluirán todo y brillarán por una falsa mansedumbre y afectada comprensibilidad. Por principio estarán de acuerdo con las doctrinas de Cristo y la Iglesia, incluso las más duras; pero en su vida cotidiana no las practicarán ni, mucho menos, las predicarán e incentivarán. Es triste ver este estancamiento y tanto más cuanto son ellos los que más parecen haber recibido. Y por eso es grave su situación; porque en ellos debería brillar la luz de Cristo hasta casi encandilar y apenas si opaca su entorno con una llama exangüe ahogada por el humo del mundo. Falsedad, cáscara, seguridad mundana, apariencias, pura cosecha de beneficios, comodismo y esterilidad: fariseísmo laical.

¹⁶ C. FABRO, *Reflejos religiosos en el pensamiento moderno*. «El Reino de Dios en el mundo libre del pensamiento parece que va diluyéndose cada vez más. La religiosidad colectiva, que en otros tiempos tenía familias y pueblos junto a los altares y reunía a las multitudes en los momentos más críticos de la vida de la Iglesia, está casi completamente desvanecida. Algunos fenómenos recientes de ‘recuperación religiosa’ (si así puede decirse) en los momentos más arduos de la guerra y la lucha política no deben inducir a engaño: aquellos que siguen con mirada atenta el ritmo espiritual de las conciencias, saben cuán fugaz sea este repliegue de la conciencia contemporánea sobre lo sagrado el cual se lleva a cabo en torno a los símbolos de la fe más por terror de alejar una catástrofe inminente que por el esfuerzo de afirmar en la vida concreta sus convicciones. Y de hecho, la vida apenas se siente asegurada del peligro inminente, vuelve a su ritmo de calculado hedonismo: *signo de que el fuego divino no brilla más, porque nunca se encendió de veras*» (Cursivas nuestras).

Pastores

Llegamos por fin a donde queríamos. Toda reforma de un cuerpo social comienza por la cabeza y si nuestra religión quiere ser luz para las naciones debe pedir el don de pastores santos y auténticos según el Corazón de Cristo (cf. Jer 3,15).

La jerarquía religiosa no deja de ser humana y administra sin embargo dones divinos. De ahí la enorme dificultad de su ministerio ya que «lleva tesoros en vasijas de barro» (cf. 2Cor 4,7).

El Papa, los Cardenales y Obispos, sus vicarios, secretarios y colaboradores, los párrocos, los vicepárrocos, los encargados de las diversas «comisiones», los catequistas, los jefes de grupos, los superiores y superiores religiosos: todos estos pueden deformar la religión, en ellos mismos primero, y luego en quienes se coloquen bajo su magisterio.

Por algún misterioso motivo, es especialmente doloroso encontrar defectos en la madre. Nuestra Madre Iglesia los tiene en cuanto humana y eso duele.

Sin señalar personas concretas a quienes no queremos denunciar directamente en este trabajo, creemos que es necesario describir al menos brevemente algunos de los rasgos farisaicos que ciertamente se hallan y se hallarán entre los más altos prelados y sus émulos.

A causa de ellos nuestra fe se vuelve hueca y la misión de la Iglesia de ser sacramento de salvación, se confunde y queda incumplida.

¡Qué lejos de los santos Obispos mártires están aquellos que, mostrándose sonrientes, simpáticos, sociables y abiertos, no tienen en su interior más que la podredumbre del interés propio, de la propia satisfacción y de la propia seguridad! Y ese barniz que los cubre, brilla a los ojos de los demás. Es por eso difícil conocer su fondo, como es difícil para el inexperto o el distraído distinguir el trigo de la cizaña en sus comienzos. Sólo sus frutos nos permiten percibir el hedor de la putrefacción espiritual. Porque no tienen frutos de vida eterna; en esto son estériles. Y tienen, para más, una especial capacidad para perder el terreno ganado, entregando los frutos maduros a las inclemencias del tiempo moderno; porque ni cosechar quieren.

¿Qué quieren? Por los frutos nuevamente, algo podremos enterarnos de lo que quieren. Porque, según sus deseos, dan «frutos abundantes» y por esos éxitos que alcanzan es que podemos coleccionar que los fariseos tienen en alta estima los altos cargos y honores que advienen con el ministerio; pero los estiman en sí, por los beneficios que les significan, y no para el servicio de las almas.

Este apego egoísta queda evidenciado a menudo porque frecuentemente se presentan ocasiones para poner a prueba el celo del pastor. Por ejemplo, cuando hay algún asunto complicado o fastidioso por afrontar (una calumnia a un justo, un inocente que sufre, etc., a quienes puede defender), entonces, recurren hábilmente al arte de la evasión y hacen la vista gorda a todas estas obligaciones que les acusan su conciencia y oficio. Antes que enemistarse con colegas suyos, que calumnien o sean injustos, preferirán excusarse de toda intervención seria y clara amparándose en un irenista «pro bono pacis»; tendrán, en estas situaciones y conflictos, una «fe fortalecida» en la obediencia (de los otros) debida a los superiores legítimos «quienes deben ser vistos como el mismo Dios». Abusando de esta verdad, justificarán las injusticias y las durezas de los demás dignatarios para con sus súbditos diciendo que «todo padre debe, a pesar suyo, mas por el bien de su hijo, reprender, amonestar y castigar»; y ellos mismos harán, a su tiempo, recurso constante a su autoridad dirimiendo las cuestiones engorrosas «en virtud de la santa obediencia»; notablemente el diálogo brillará por su ausencia o se verá reducido a la formalidad de una entrevista en la que todo estará decidido y sentenciado previamente. Será obediencia fuera del ambiente de la caridad: una aberración.

Toda esta situación se repetirá incesantemente puesto que el pastoreo de las almas es una cosa difícil que exige, por la cantidad de problemas y peligros que significa, un corazón entregado y amante del sacrificio por los demás. Si falta esto, esa serie de encontronazos de este tipo irá formando un corazón cargado de sutilezas farisaicas por medio de las cuales podrá este falso pastor esquivar las cuestiones penosas y conservar su cargo y beneficio.

Su trabajo pastoral será digno de risa. Eternas reuniones perdidas en nimiedades, multiplicación de comisiones con sus oficios y nombramientos honrosos, elaboración de planes incapaces de trascender el escritorio,

etc., formarán parte esencial de su estrategia apostólica. No tardará mucho en verse a las claras su pequeñez de alma cuando se presente el «terrible problema» del sustento económico de la obra. Este tema es clave en sus mentes: desde allí se parte para planificar y según esto se harán los balances. Por eso tienen horror al riesgo y se vuelven extremadamente calculadores¹⁷.

Sus colaboradores no se quejarán porque seguramente ellos mismos tienen un corazón farisaico, mezquino y atrofiado en intereses personales. Por algo fueron escogidos para el cargo y por algo lo conservan. Son incapaces de contradecir al superior aunque se les pase la vida soportando y callando todos estos defectos y pecados.

La pastoral de los fariseos sigue criterios meramente humanos (en el mejor de los casos).

Con respecto a esto, es necesario y doloroso advertir que entre los más altos prelados de la Iglesia (y, como por contagio, en gran parte del clero y del laicado) está extendida una nociva reflexión sobre la relación de la Iglesia actual con el mundo moderno.

Sin gran genialidad ni originalidad, se aplauden y se repiten mutuamente pensadores y guías que exponen, con diversos matices y pobres aportes personales, ideas muy afines a aquella Nueva Cristiandad que el pensador francés Jacques Maritain proclamaba¹⁸.

Sutilmente estos análisis y propuestas pastorales van inmergiendo a los católicos en una funesta somnolencia en la que el objetivo no pareciera ser otro que el de alcanzar una «madura» resignación ante el fracaso del cristianismo y sobre todo de la Cristiandad. Esta resignación, que ne-

¹⁷ Un pastor usó una expresión que tristemente se asemeja (hasta con rima) a nuestro «no ser esquivo a la aventura misionera» (Constituciones n° 257). Dijo éste a sus sacerdotes: «Animo a todos a lanzarse en la aventura de pedir dinero afuera».

¹⁸ «Una Cristiandad que debe aceptar el curso de la historia y, en consecuencia, al mundo moderno, que si había sido liberal, caminaba ahora hacia la ciudad comunista. Era esta una Cristiandad laica y secularizada. En realidad, una Cristiandad que se negaba a sí misma. (...) Al perderse la correcta idea de Cristiandad, se perdió, en consecuencia, el recto planteo y formulación de las relaciones de naturaleza y gracia, de Iglesia y civilización, de Dios y el mundo». J. MEINVIELLE, *De la Cábala al progresismo*, Edición Calchaquí, Salta 1970, 389.

cesariamente está lejos de ser cristiana, desemboca en un sinnúmero de conclusiones y directivas realmente tan insensatas que llama la atención que hombres tan eminentes puedan llegar a proponerlas y hasta a estar convencidos de su luminosidad.

Dirán, por ejemplo, que el «proyecto medieval» (así llaman al proyecto de sociedad en el que la Ley de Dios rige en todos los estratos y ámbitos de la sociedad) es imposible de proponer al mundo de hoy que es, siempre con un ambiguo valor positivo en sus mentes, esencialmente «pluralista». De ahí que el cristianismo debe dar un sistema de principios morales generales que permita sean acogidas las múltiples opciones de los hombres de hoy; así, el «dinamismo del mensaje cristiano se pone realmente al servicio del mundo moderno» (sic).

Trastocados a tal punto los fundamentos de la auténtica evangelización, el resultado es funesto: un movimiento de retirada generalizada, un replegarse a las sacristías nuevamente, un derrotismo melancólico lleno de cálculos humanos, con las puertas cerradas a la acción de la Gracia y al milagro.

Son éstos, pensamientos y propuestas del progresismo moderno; queremos, sin embargo, proponer una vez más, la tesis de que lo que da base y forma a esta actitud, es el fariseísmo. ¿De dónde si no tanta ceguera y defección en tantos pastores que hacen del oficio de conducir las almas a la verdad plena que es Cristo, una oficina en la que se intenta acoger a todos sin fastidiar a nadie, a precio de confundir a todos sin salvar a nadie?

Es ciertamente una labor difícil establecer la «relación entre fariseísmo y progresismo», cuestión que ameritaría quizás una exposición más prolongada y prolija.

Por un lado, es cierto que nos encontramos con muchos progresistas que no son fariseos, es decir, cristianos que son sinceros y transparentes en su relación con Dios pero que tienen la cabeza mal formada. Por otro lado están aquellos que, siendo verdaderos fariseos, han aprendido, profesan y hasta difunden la recta doctrina.

Podemos, entonces, determinar una primera «distinción» fundamental diciendo que el progresismo es un defecto de la inteligencia (obviamente con sus consecuencias prácticas, morales y espirituales) y el fariseísmo,

en cambio, es la maldad del corazón (ya dijimos que su sujeto psíquico es la voluntad).

Sin embargo, más allá de esta diferencia, el progresismo puede considerarse un producto y un instrumento del fariseísmo.

Un «producto», en cuanto que la falsificación gestada por el fariseísmo en el campo religioso dispone o conduce a multitud de errores en este mismo ámbito, según el axioma agustiniano: «el que no vive como piensa termina pensando como vive». En este sentido podríamos decir que el progresismo es uno de los tantos frutos del fariseísmo.

Un «instrumento», en cuanto que se hallan muchos elementos en el progresismo cristiano (sus medias verdades, sus sofistas aproximaciones al mundo, el vaciamiento y la banalización de lo sacro, su odio a la Tradición, etc., etc.), que dan al fariseísmo protección y campo propicio para subsistir y desarrollarse.

Para finalizar este punto traemos un texto de nuestro Directorio de espiritualidad (nº 108) donde se da una interesante tipificación de los defectos que más se dan en los sacerdotes. En relación a nuestro tema nos parece muy iluminador transcribir tan sólo algunos que consideramos íntimamente ligados al vicio del fariseísmo:

«Es digno de tener en cuenta algunas de las tentaciones más comunes que observamos en nosotros mismos, dañando nuestra vida espiritual y pastoral. Entre estos estados están el sacerdote *egocéntrico* que busca la gloria humana, o sea, el que busca agradar a los hombres más que a Dios (cf. Gal 1,10), se preocupa sólo de lo que le afecta personalmente, es hiperceloso sobre todo si los sacerdotes más jóvenes tienen más dotes que él; *el funcionario*, con espíritu de empleado público burocrático, con multiplicadas exigencias para la gente a quien ve como clientes, se cree “obediente”, porque cumple con las formalidades pero no quema ni se quema con el fuego del Espíritu Santo, no sabe del aventurarse por Cristo, no es creativo, no realiza apostolados inéditos, “no hace el camino al andar”, no se da cuenta que el sacerdote debe ser poeta, artesano; (...) *el mediocre*, se ampara bajo un falso equilibrio, se considera «línea media», toda magnanimidad le parece soberbia, todo heroísmo le parece extremismo, toda generosidad le parece exageración, todo mediocriza: sea retiros, cam-

pamentos, misiones populares, catequesis, su propia vida espiritual, etc.; **el localista**, sólo se preocupa por los intereses de campanario, vive enfrascado en su obrita, tiene espíritu de ghetto, pareciera que la Iglesia se agotase en su parroquia, ciudad, provincia o país; si es del clero diocesano le parece pecado si algún joven conocido quiere ser religioso, si es religioso sufre que quiera entrar en una congregación que no sea la de él, no entiende lo de la Iglesia “misionera por naturaleza”¹⁹, su problema se agota con el vicario cooperador, o con una viejita, o con el párroco vecino, o con el obispo propio y no se ve como problemas ni la “invasión de sectas”²⁰, ni el ateísmo militante, ni la descristianización de la cultura (...); **el afectado**, todo elegante y limpio, es un primor, pero todo brillo exterior, se queda en los detalles y ese es su mundo, se le escurre entre las manos el “sacrum” de la liturgia, le falta garra, fortaleza y mundo en el sentido no peyorativo de la palabra; **el avaro**²¹, elige los apostolados según el rendimiento económico, interesado más por los estipendios que por la salvación de las almas, los gastos de las misiones populares, ejercicios espirituales, etc., le parecen un imperdonable derroche, no invierte en pastoral sino en financieras, todos los pobres que golpean a sus puertas son aprovechadores, no entiende que hay que hacerse bolsas que no se gastan (Lc 12,33); (...) **el trepador**, se arrima a la autoridad adulándola para ascender, ve el sacerdocio como un escalafón, cuida mucho su imagen, suele ser de psicología feminoide, y por lo tanto intrigante, es incapaz “de florecer donde lo han plantado”, quiere estar en macetas puestas en balcones...».

d. Las víctimas

Como indica el sexto de los siete grados que pusimos, el odio de los fariseos se dirigirá necesariamente «a los que son auténticamente religiosos». «Instintivamente, con más certidumbre y rapidez que el lebrelo huele

¹⁹ AG, 2.

²⁰ *Documento de Puebla*, n° 419.

²¹ Más abajo consideraremos tan sólo algunos aspectos del fariseísmo a la luz de la Sagrada Escritura. Como no haremos allí referencia puntual «¿Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?» (Jn 5,44). A la avaricia del fariseo resaltamos acá simplemente un apelativo que Lucas les da y es el de «amigos del dinero» (Lc 16,14).

la liebre, el fariseo huele y odia la religiosidad verdadera. Es el contrario de ella, y los contrarios se conocen. Siente cierto que si él no mata, ella lo matará (...) El fariseísmo es esencialmente homicida y deicida. Da muerte a un hombre por lo que hay en él de Dios»²².

El padre Castellani confiesa envidiar de Jesucristo el coraje que tuvo al luchar contra el fariseísmo²³; sin embargo es sabido que, como para Jesucristo, fue éste el combate que ocupó toda su vida y que le dejó las heridas más valiosas: «Si alguno en la Argentina quisiera saber lo que sufre un sacerdote auténtico, lea las obras del Padre Leonardo, ciertamente, que ninguno lo igualará, pero habrá muchas analogías»²⁴.

Su vida fue un constante enfrentamiento con el fariseísmo de aquellos que tenían autoridad sobre él y que apelaban a la santidad de la obediencia para ordenarle cosas que, de seguirlas, muy seguramente le tornarían el juicio. En los temas, personajes y tramas de sus obras no es difícil vislumbrar una especie de autobiografía proyectada en la que se presenta desde diversas perspectivas aquel misterio del hombre justo que padece la hipocresía de la autoridad legítima por querer ser auténtico, verdadero y veraz, coherente o tan sólo por llamar a las cosas por su nombre. Piénsese en el sacerdote poeta y escritor catalán Jacint Verdaguer sobre quien Castellani cuenta que decía otro prelado fariseo: «es un sabio, pero es un descentrado»; o en el filósofo danés Sören Kierkegaard, hombre auténticamente religioso, el cual se inmoló en un combate contra el protestantismo hegeliano ganándose así la contradicción sañuda y cruel de la jerarquía establecida.

Otros casos admirables que podemos destacar son el de santa Juana de Arco y el de san Juan de la Cruz: la primera, guerrera de Dios, quemada en la hoguera como bruja por juicio injusto de los eclesiásticos de su Nación; el segundo, místico reformador del Carmelo que sufrió, entre tantas otras cosas, nueve meses de prisión durísima de parte de sus hermanos en religión, que lo acusaron de contumacia, rebeldía y cosas por el estilo.

²² L. CASTELLANI, *Cristo y...*, 16.

²³ L. CASTELLANI, *El Evangelio...*, 243.

²⁴ C. BUELA, Prólogo a *Las ideas de mi tío el cura*, de Castellani (op. cit.)

En su libro «Piedras de Escándalo» el Padre Cejas plantea el interrogante de por qué la persecución se da siempre contra los hombres santos de la Iglesia:

«¿Parecería más lógico que en la diana de las críticas estuviesen aquellos cristianos -corruptos, falsarios, crueles, inmorales, perversos (...)- que deshonran con sus actuaciones la fe recibida en el Bautismo»²⁵.

Y trae una cita en la que hallamos una respuesta semejante a lo apenas dicho a la vez que complementaria:

«El escándalo es la expresión violenta del resentimiento del hombre contra Dios, contra la esencia misma de Dios, contra su santidad. En lo más profundo del corazón humano dormita, junto a la nostalgia de la fuente eterna (...) la rebelión contra el mismo Dios, el pecado, en su forma más elemental que espera la ocasión propicia para actuar.

Pero el escándalo se presenta raramente en estado puro, como ataque abierto contra la santidad divina en general; se oculta dirigiéndose contra un hombre de Dios: el profeta, el apóstol, el santo, el profundamente piadoso. Un hombre así es realmente una provocación. Hay algo en nosotros que no soporta la vida de un santo, que se rebela contra ella buscando como pretexto las imperfecciones propias de todo ser humano, sus pecados, por ejemplo. ¡Éste no puede ser santo! o sus debilidades, aumentadas malévolamente por la mirada oblicua de los que le rechazan (...) En una palabra, el pretexto se basa en el hecho de que el santo es un hombre finito»²⁶.

El odio del fariseo contra el hombre religioso es, entonces, por aquello que en él hay de divino; lo encubre, sin embargo, alegando contra lo que en él hay de humano.

2. Dios y los fariseos

En este punto encontraremos lo más preciso y verdadero que se pueda decir en relación al fariseísmo porque traeremos a consideración nada

²⁵ J. M. CEJAS, *Piedras de escándalo*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael 2010, 27.

²⁶ J. L. ILLANES, «Nueva Revista», abril 1992, 52.

más y nada menos que lo que Dios mismo nos ha hecho saber que piensa sobre el tema.

No podremos, ni es nuestra intención, hacer una exégesis en sentido estricto sobre los textos y pasajes elegidos. Sin embargo creemos que es tan patente la presencia en la Biblia de una constante denuncia al fariseísmo que, a pesar de nuestras limitaciones científicas, alguna luz trataremos de dar por medio del texto sagrado, siguiendo el ejemplo de san Agustín el cual dijo: «Intentaré hacerlo (explicar cierto pasaje bíblico) en la medida en que soy capaz de comprenderlo; otros habrá sin duda que, o porque son más peritos en la Escritura o porque habrán alcanzado una luz más abundante, podrán hacerlo mejor; yo os diré simplemente lo que comprendo, a fin de que, ya desde ahora, no os veáis totalmente privados del conocimiento de la Escritura»²⁷.

a. Antiguo Testamento

Traemos tan sólo un ejemplo del Antiguo Testamento para mostrar de alguna manera la preexistencia del problema en el primitivo Pueblo de Dios. Muchos son los lugares en los que se van denunciando las distintas facetas del fariseísmo en los sacerdotes, líderes y demás hombres que guardaban especial relación con lo religioso. La historia de Israel es la historia de la infidelidad del Pueblo elegido hacia aquella Alianza, que se mantuvo tan sólo porque Dios es fiel.

El profeta Ezequiel recibe la incómoda y peligrosa tarea de denunciar de parte de Dios a sus mismos pastores: «Hijo de hombre, habla de parte mía contra los pastores de Israel, iprofetiza! Les dirás a los pastores: esta es una palabra de Yavé: ¡Ay de ustedes, pastores de Israel: pastores que sólo se preocupan de ustedes mismos! ¿Acaso el pastor no tiene que preocuparse del rebaño?

Se alimentan de leche, se visten con lana, sacrifican los animales gordos, pero no se preocupan de sus ovejas.

No han reanimado a la oveja agotada, no se han preocupado de la que estaba enferma, ni curado a la que estaba herida, ni han traído de vuelta a

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermón 46: sobre los pastores*.

la que estaba extraviada ni buscado a la que estaba perdida. Y a las que eran fuertes, las han conducido en base al terror.

Sin pastores, mis ovejas se han dispersado: siendo así presa fácil de las fieras salvajes.

Mi rebaño se dispersó por las montañas y colinas; el resto está disperso por todo el país, y nadie se preocupa o sale en su búsqueda» (Ez 34, 1-7).

Dios mismo es quien dice: «Aquí estoy contra los pastores. Yo buscaré a mis ovejas para quitárselas de sus manos, y no les dejaré apacentar mi rebaño. Así los pastores no se apacentarán más a sí mismos. Arrancaré a las ovejas de su boca, y nunca más ellas serán su presa (Ez 34,10).

b. Nuevo Testamento

Del Nuevo Testamento proponemos a modo de «temas» algunas frases que a su vez veremos en el contexto o en relación a otros lugares.

Enderezad el camino del Señor

Al evangelista Juan se lo representa como un águila por la altura teológica desde la que narra la vida de Cristo. Ya al comienzo, en el prólogo, presenta el misterio altísimo del Verbo Encarnado, que vino «a los suyos y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11).

Inmediatamente después de este prólogo está colocado el testimonio que da Juan el Bautista. Es un pasaje que muestra claramente el nexo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre la preocupación pretérita del Dios eterno y la misión del Mesías.

Citando al profeta Isaías es que Juan responde a sus interlocutores «Enderezad el camino del Señor». Pero ¿quiénes son sus interlocutores? Transcribamos la perícopa (Jn 1, 19-24):

«Y este es el testimonio de Juan cuando los judíos enviaron a él algunos sacerdotes y levitas que le preguntasen: Tú ¿quién eres?

Y confesó (la verdad) y no negó; y confesó: Yo no soy el Cristo.

Y le preguntaron: ¿Qué, entonces, eres Elías?

Y el dijo: No soy.

¿Eres el profeta?

Y respondió: No.

Entonces le dijeron: ¿Quién eres? Para que demos alguna respuesta a los que nos enviaron: ¿Qué dices de ti mismo?

Dijo: yo soy *voz que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor*, como dijo el profeta Isaías.

Y los enviados eran de los Fariseos.

Todo lo que sigue es también interesante para nuestro tema; pero digamos algo de este trozo. Es solemne la preparación del diálogo prolijo y escueto entre Juan y los enviados. Estos «enviados» son sacerdotes y levitas, son la autoridad religiosa. Los que envían son -como dice el entero versículo 24- los Fariseos, los cuales sabemos que se jactaban de mantener pura la religión.

Es un momento importante; es el comienzo del Evangelio, es el comienzo del diálogo entre las autoridades del Pueblo de la Antigua Alianza y el primer Profeta de la Nueva²⁸. Sin embargo, la respuesta no es nueva, es la que ya había dado Isaías (40,3): «Enderezad el camino del Señor».

Si hay que enderezarlo es porque está torcido, y si se lo dice a los Fariseos es porque ellos lo torcieron. Está muy claro. No son los judíos por ser judíos a los que se refiere, sino a los que tuercen el camino; a estos Juan les dice «en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis» (v. 26). Cristo va a decir más adelante sobre Natanael: «Ahí tenéis un verdadero israelita, en quien no hay dolo» (Jn 1,47). Éste, en su transparencia de alma, es capaz de reconocer al «Hijo de Dios, el Rey de Israel» a través de un signo, pequeño según Cristo, el cual le dirá: «¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Mayores cosas veras» (Jn 1,50).

²⁸ «Juan viene a ser como la línea divisoria entre los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo. Así lo atestigua el mismo Señor, cuando dice: La ley y los profetas llegaron hasta Juan. Por tanto, él es como la personificación de lo antiguo y el anuncio de lo nuevo. Porque personifica lo antiguo, nace de padres ancianos; porque personifica lo nuevo, es declarado profeta en el seno de su madre» (San Agustín).

Al contrario de Natanael, a los sumos sacerdotes y fariseos no les alcanzó con tres años de ver y oír los grandiosos milagros de nuestro Señor. Es más, ellos son los que van a exigir a los pies de la cruz un signo: «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; El Mesías, el Rey de Israel, baje ahora de la cruz para que le veamos y creamos». Pero Jesús ya sabía que «si a Moisés y a los Profetas no escuchan, tampoco se rendirán aunque alguno resucitare de entre los muertos» (Lc 16,31).

No hay que imaginar ingenuamente que el diálogo citado más arriba se dio en un ambiente de tranquilidad e intercambio. San Mateo relata cuál fue el trato que Juan el Bautista dio a «un grupo de fariseos y de saduceos (que) habían venido donde él bautizaba, (a quienes) (...) les dijo: “Raza de víboras”, ¿quién os mostró el modo de huir de la ira inminente? Mostrad los frutos de una sincera conversión, pues de nada os sirve decir: “Abraham es nuestro padre”. Yo os aseguro que Dios es capaz de sacar hijos de Abraham aun de estas piedras. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Yo os bautizo en agua, para la conversión. Pero después de mí viene uno con mucho más poder, al que yo ni siquiera merezco llevarle las sandalias; él os bautizará en el Espíritu Santo y el fuego. Ya tiene el biello en sus manos para separar el trigo de la paja. Guardará el trigo en sus bodegas, mientras que la paja la quemará en el fuego que no se apaga» (Mt 3, 7-12).

Cuidaos de la levadura de los fariseos

El pobre Jesús fue incomprendido por sus mismos discípulos. Después de la segunda multiplicación de los panes que trae san Marcos, Jesús les dice a quienes lo acompañaban en la barca: «Tened cuidado y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes» (Mc 8,14). Como llevaban un solo pan para toda la tripulación, pensaron que a esto se refería, por lo que Jesús, indignado y, al parecer, fatigado y dolorido por la soledad que experimentaba incluso junto a sus discípulos, los reprende: «¿Es que todavía no entendéis ni reflexionáis? ¿Tenéis endurecido el corazón?» (Mc 8,17). El asunto es que Jesús previene de dos levaduras de la cual nos interesa aquella «de los Fariseos».

A la luz del Sermón de la montaña que precede (Mt 5-7) a esta advertencia y donde está el «abc», el fondo y la esencia de la moral cristiana, se puede sopesar más el valor de esta sentencia. En este sermón todo apunta

a la interiorización de aquella ley que fue dictada desde aquel otro monte, el Sinaí. Transparencia, sinceridad, rectitud, caridad, pureza interior, misericordia, fe y obras, constancia en el bien, etc.; todos valores tan cristianos, tan nuestros, que no se dejan ver en su novedad si no son contrastados con el fariseísmo del ambiente en que Cristo los predicaba. Sus auditores sí eran muy conocedores de lo que Cristo condenaba con sus enseñanzas pues ellos estaban confundidos y como ovejas que no tienen pastor pues sus pastores eran falsos.

Él no había venido a «abolir la ley y los profetas» (Mt 5,17) sino a pedir que se cumpla con exactitud y profundidad porque «os aseguro, les decía, que si vuestra justicia no sobrepasa a la de los escribas y fariseos, no esperaréis entrar en el Reino de los cielos» (Mt 5,20).

Y así, constantemente, pone el antejemplo de los fariseos para crear el contraste que permita percibir más nítidamente su mensaje: «Mirad no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de lo contrario no tenéis derecho a la paga cerca de vuestro Padre que está en los cielos. Por eso, cuando hicieres limosna, no mandes a tocar la trompeta delante de ti como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres (...)» (Mt 6, 1-2). «Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque son amigos de hacer oración de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para exhibirse delante de los hombres» (Mt 6,5). «Y cuando ayunéis no pongas cara triste como los hipócritas» (Mt 6,16). Son ellos mismos los que dan testimonio de sus penitencias evidenciando la desfachatez de su «obrar para ser visto de los hombres»: «Nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, en cambio tus discípulos no ayunan» (Mt 9,14). Y continúa más y más: «No juzguéis (...) farsantes» (cf. Mt 7, 1.5). «Si hubieres entendido qué quiere decir “Misericordia quiero y no sacrificio”» (Mt 12,7 y antes en Mt 9,13).

Cristo advierte del peligro y defiende la verdad del alma religiosa, la espiritualidad verdadera. Cuando los escribas y fariseos le repriman que sus «discípulos traspasan la tradición de los antepasados», él responde condenándolos a ellos mismos porque «traspasan el mandamiento de Dios por seguir su tradición (...) Farsantes» (cf. Mt 15, 1-3.7). «Dejadlos; ciegos son, guías de un ciego; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el pozo»

(Mt 15,14). «¿No entendéis (...) que las cosas que salen (...) del corazón son las que contaminan al hombre?» (cf. Mt 15,17).

Mateo, a quien venimos recorriendo, dará la explicación a eso que los apóstoles no entendieron. «¿Cómo no caéis en la cuenta de que no hablé de panes? Mas, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. Entonces comprendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura de los panes sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos» (Mt 16, 11-12). En San Lucas se ve a las claras que no es propiamente la doctrina lo que hace particularmente peligrosa la levadura de los fariseos sino aquello que la informa: «Guardaos de la levadura de los fariseos que es la hipocresía» (Lc 12,1).

La malicia de esta falta de transparencia del alma y de pureza de intención se deja ver en aquella misteriosa profecía que hace el anciano Simeón a María y a José en el Templo: «este será puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel y como signo de contradicción (...) para que queden de manifiesto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2,35). El hipócrita estará siempre y necesariamente en contradicción con el auténtico discípulo del «Cristo del Señor» (Lc 2,26). Lo que sucede en lo más íntimo de nuestras almas es lo que sacó a un Dios de su eternidad y lo implicó en la Historia.

¡Ay de vosotros fariseos...!

Varias veces se lamenta el Señor con ese estremecedor «Ay». En Lucas (6, 20-26) contrapone a una lista reducida de bienaventuranzas cuatro «ayes» o malandanzas. Otros «ayes» salidos de la boca de Cristo se dirigen a Corazaín y a Betsaida, ciudades incrédulas que tendrán una suerte más cruel que Tiro y Sidón (cf. Mt 11, 20-22 y Lc 10, 12-15).

En los tres sinópticos encontramos lo que se llama «invectivas contra los escribas y fariseos». Transcribimos las de Mateo por tener a continuación la lista más completa de «ayes contra los fariseos y por la precisión y severidad con que los describe.

«Entonces Jesús habló a las turbas y a sus discípulos diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos²⁹. Así pues, todo cuanto dijeren, hacedlo y observadlo; mas no hagáis conforme a sus obras porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas e insoportables cargas sobre las espaldas de los hombres, mas ellos ni con el dedo las quieren mover. Todas sus obras las hacen para hacerse ver de los hombres, porque ensanchan sus filacterias y alargan las franjas de sus mantos; son amigos del primer puesto en las cenas, de los primeros asientos en las sinagogas, y de ser saludados en las plazas, y ser llamados por los hombres “rabí”» (Mt 23, 1-7).

A continuación Cristo enseña la auténtica forma de ser exaltado, humillarse, y descarga todo el peso de sus lamentos sobre los escribas y fariseos (Mt 23, 13-23):

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque cerráis el Reino de los cielos delante de los hombres: que ni entráis vosotros ni a los que quieren entrar dejáis entrar.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque rodeáis mar y tierra en razón de hacer un prosélito, y cuando ya lo es, lo hacéis hijo de la gehena, el doble más que vosotros.

¡Ay de vosotros, guías ciegos!, los que decís... (Cristo pone un ejemplo concreto de la ridícula casuística rabínica). ¡Necios y Ciegos! (...)

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y dejasteis a un lado las cosas más graves de la ley; el justo juicio, la misericordia y la buena fe; éstas hay que practicar, y aquellas no descuidarlas. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y tragáis el camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque limpiáis lo exterior de la copa y del plato, y dentro están rebosando de rapiña e incontinen-

²⁹ Cabe notar la distinción de estos dos grupos que Cristo reúne: los «fariseos» son un «partido» o escuela de pensamiento del judaísmo postexílico y los «escribas» son uno de los tres estamentos del Sanedrín. (cf. *El Pueblo judío y sus Sagradas Escrituras en la Biblia Cristiana*, Documento de la Pontificia Comisión Bíblica, Enquiridion Bíblico nn° 1963 y 1992, BAC, Madrid 2010, edición bilingüe).

cia. Fariseo ciego, limpia primero lo interior de la copa, para que también su exterior quede limpio.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque os asemejáis a los sepulcros blanqueados, que por fuera parecen vistosos, mas por dentro están repletos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por de fuera parecéis justos a los hombres, mas de dentro estáis repletos de hipocresía e iniquidad!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes!, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos y decís: “Si viviéramos en los días de nuestros padres, no seríamos cómplices de ellos en la sangre de los profetas”. De modo que os dais testimonio a vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas. Así que vosotros colmad la medida de vuestros padres.

¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo esperáis escapar de la condenación de la gehena?».

Si bien estas invectivas se dirigen contra las autoridades «hay que reconocer de todos modos que Mateo no restringe siempre su polémica a la clase dirigente. La diatriba de Mateo 23 contra los escribas y fariseos es seguida de una apóstrofe dirigida a Jerusalén. Toda la ciudad es acusada de “matar a los profetas” y “lapidar a los que son enviados” (23,37) y a la ciudad se le anuncia el castigo (23,38). (...) El evangelista preveía pues que las amenazas de Jesús iban a cumplirse. Estas no afectaban a los judíos en tanto que judíos, sino en tanto que solidarios con sus dirigentes indóciles a Dios»³⁰.

Cuando veáis la abominación de la desolación donde no tiene que estar...

En la Apocalíptica sinóptica hay una expresión realmente llamativa que en Mateo y Marcos presenta una pequeña diferencia pero que ambos concluyen con un «el que lee, que entienda».

El primero nos dice: «Cuando viereis la abominación de la desolación, estar donde no debe estar -el que lee entienda-» (Mc 13,14). Mateo a su vez aumenta algo que no deja dudas de ese «donde no tiene que estar». Dice:

³⁰ *El Pueblo judío y...*, Enquiridion Bíblico nn° 1984-1985.

«Cuando viereis la abominación de la desolación, anunciada por el profeta Daniel³¹, *estar en el lugar santo* —el que lee que entienda» (Mt 24,15).

Todo el Apocalipsis sinóptico pareciera referirse a la destrucción de Israel por parte de los romanos en el año 70 d.C. donde no quedó piedra sobre piedra. Este es el tipo. El antitipo es el fin del mundo.

Así lo entiende el P. Castellani para quien:

«La abominación de la desolación en el lugar donde no debe estar es también el fariseísmo. Y dirán que es manía. Y no lo es (...).

Y esta opinión o presunción mía (que no doy sin pruebas) se confirma con el hecho de que este “signo” de la desolación abominable, serálo también del fin del mundo, pues al fin del mundo lo aplica Daniel; y también Cristo, como “antitipo”. A los dos finales debe pues convenir el signo, a los dos desastres, al tipo y al antitipo; y San Pablo cuando habla del Anticristo, da como señal el sacrilegio religioso, y no otra cosa: “Se sentará en el Templo de Dios haciéndose dios”, es decir, se apoderará de la religión para sus fines, como habían hecho los fariseos; en forma aún más nefanda el Anticristo. Interpretación de la “abominación” por San Pablo.

Si creemos a San Pablo y a Cristo (que en los últimos tiempos habrá una «gran apostasía» y que no habrá ya [casi] fe en la tierra), sólo el fariseísmo es capaz de producir ese fenómeno»³².

Vosotros negasteis al Santo y al Justo...

Cuenta San Lucas en los Hechos de los Apóstoles que el Primer Papa y San Juan se opusieron frontalmente a los pastores de Israel, los cuales habían crucificado a Cristo. Es increíble la dureza de corazón que estos dejan ver cuando reaccionan contra un hombre que, en presencia de todos y con toda evidencia, sana a un cojo de nacimiento en nombre del mismísimo Jesucristo (Hec 3,6). El pescador de la Galilea predica con una sabiduría y elocuencia admirables, poniendo sobre el tapete todas las profecías que se cumplieron en aquel asesinato que el Pueblo de Israel con Herodes, Pilatos

³¹ Dan 9,27; 12,11

³² L. CASTELLANI, *Las Parábolas de Cristo: Parábola del sepulcro y las víboras*, Ediciones Jauja, Mendoza 1994, 244.

y los gentiles pertrecharon (cf. Hec 4,27). San Pedro excusa al pueblo y a los jefes, incluso a Anás y Caifás, por su ignorancia y hasta los invita a la conversión (Hec 3,17-19).

Todo este intenso episodio no terminará si no con más y más amenazas de parte del Sanedrín que se ve obligado a liberar a sus prisioneros, siendo superado por la fuerza del milagro y la fuerza de los razonamientos de estos hombres, a los que ellos consideraban «hombres sin letras y gente vulgar» (Hec 4,13).

Una vez más podemos descubrir cuán cierto es que el fariseísmo debe avanzar casi necesariamente hasta esa crueldad homicida que buscará sostener su pecado, por más grande que sea, anclándose siempre en la autoridad que posee, autoridad religiosa en este caso, autoridad moral, quizás la autoridad más influyente.

Y desde esa autoridad buscará todos los medios a su alcance para mantenerse en pie, cualquiera sea el precio que se deba pagar: impopularidad, injusticias, intrigas, mentiras, pacto con los paganos (Hec 4,27) y hasta causar la corrupción de los mismos paganos: «(...) Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis ante la faz de Pilatos, cuando Él estaba resuelto a ponerlo en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y demandasteis que os hiciera gracia a un hombre homicida, mientras que al Autor de la vida le disteis muerte» (Hec 3,13-15).

La conclusión es sencilla y el mismo Pedro les deja a ellos concluir: «Juzgad vosotros mismos si es justo delante de Dios escucharos a vosotros ante que a Dios» (Hec 4,19). Poco después comparecen nuevamente ante un Sanedrín que pregunta: «¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en ese Nombre?» (Hec 5,28). La respuesta ahora es categórica «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hec 5,9).

El protomártir Esteban, antes de su martirio, denuncia con coraje la herencia de sus asesinos, la oposición al Justo y sus profetas: «¡Duros de cerviz e incircusis de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres! ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaron la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de los ángeles y no la habéis observado» (Hec 7, 51-53).

Terminemos este punto con el relato de Hegesipo³³ sobre el martirio del Apóstol Santiago el menor:

«Jacobo, el hermano del Señor, es el sucesor, con los apóstoles, del gobierno de la iglesia. A éste todos le llaman “Justo” ya desde el tiempo del Señor y hasta nosotros, porque muchos se llamaban Jacobo. No obstante, sólo él fue santo desde el vientre de su madre (...) Muchos fueron los convertidos (por su predicación), incluso entre los principales, y por ello hubo alboroto entre los judíos, los escribas y los fariseos, y decían que el pueblo peligraba aguardando al Cristo. Reuniéndose entonces ante Jacobo le decían: “Te lo rogamos: sujeta al pueblo, pues se encuentran engañados acerca de Jesús y creen que él es el Cristo. Te rogamos que aconsejes, acerca de Jesús, a cuantos acudan el día de la Pascua, pues todos te obedecemos. Porque nosotros y todo el pueblo damos testimonio de que tú eres justo y no haces acepción de personas. Así pues, persuade a la multitud para que no yerre acerca de Cristo. Pues todo el pueblo y nosotros te obedecemos. Mantente en pie sobre el pináculo del templo, para que desde esa altura todo el pueblo te vea y oiga tus palabras. Ya que por la Pascua se unen todas la tribus, incluyendo a los gentiles”.

De este modo los aludidos escribas y fariseos colocaron a Jacobo sobre el pináculo del templo, y estallaron a gritos diciendo: “¡Tú, el Justo!, al que todos nosotros debemos obedecer, explícanos cuál es la puerta de Jesús, pues todo el pueblo está engañado, siguiendo a Jesús el Crucificado”.

Entonces él contestó con voz potente: “¿Por qué me interrogáis acerca del hijo del hombre? ¡Él está sentado a la diestra del gran poder, y pronto vendrá sobre las nubes del cielo!”.

Y muchos creyeron de corazón y, por el testimonio de Jacobo, alabaron diciendo: “*¡Hosanna al hijo de David!*”; pero entonces, de nuevo los mismos escribas y fariseos comentaban: “*Hemos actuado erróneamente al procurar un testimonio tan grande en contra de Jesús, pero subamos y arrojemos a éste, para que se confundan y no crean en él*”. Así, gritaban diciendo: “*¡Oh!, ¡oh! también el Justo anda en error*”, y con este acto

³³ Citado por Eusebio de Cesarea en su Historia Eclesiástica, II, 23, 4-18.

cumplieron la escritura en Isaías: “(*Saquemos al Justo, porque nos es embarazoso*). *Entonces comerán los frutos de sus obras*”.

Entonces subieron y lanzaron abajo al Justo. Luego comentaban: “*Apedreemos a Jacobo el Justo*”, y empezaron a apedrearlo, pues no había muerto al ser arrojado. Pero él, volviéndose, hincó las rodillas diciendo: “*Señor, Dios Padre, te lo suplico: perdónalos, porque no saben lo que hacen*”.

Mientras lo apedreaban, un sacerdote de los hijos de Recab, hijo de Recabín, de los que el profeta Jeremías dio testimonio, rompió a gritar diciendo: “*Deteneos, ¿qué hacéis? El Justo pide por nosotros*”. Y cierto hombre entre ellos, un batanero, golpeó al Justo en la cabeza con el mazo que usaba para batir las prendas, y de éste modo fue martirizado Jacobo».

3. El remedio

Andamos queriendo dar con el remedio del fariseísmo y esto es querer curar de la vista a uno que ya no tiene sus ojos o como querer devolver la flexibilidad a una pata de palo. El fariseísmo no tiene perdón. No porque le falte a Dios misericordia, sino porque ellos «pecan contra el Espíritu Santo» (Lc 12,10), Espíritu de luz, Espíritu que «nos conducirá a la verdad plena» (Jn 16,13). Y así el que peca contra la luz entra a vivir inmerso en las tinieblas y de ellas no querrá salir porque no podrá quererlo. Es una especie muy particular de castigo en el que Dios no hace más que dejar de dar lo que gratuitamente daba, su abundantísima gracia, y se limita a dejar al pecador ejercer en perjuicio propio su libertad, después de tantas y tantas veces que necia y empecinadamente prefirió desoír su conciencia³⁴.

Creemos en los milagros y que la gracia eficaz de Dios puede mover el alma más endurecida que haya, obrar en ella la santificación y hacer esto del modo más brillante. Pero no podemos acá proponer el recurso al «milagro»³⁵ como remedio principal, porque no es el camino ordinario

³⁴ «Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, no queda ya sacrificio por los pecados». (Heb 10,26).

³⁵ Usamos la palabra «milagro» análogamente. Así como a la curación instantánea de una fiebre grave la llamamos milagro en cuanto al modo, así a este tipo de conversiones que están «fuera de serie».

que Dios sigue, y no es buen médico el que tan sólo señala la existencia de soluciones extraordinarias.

Nuestra ambición es indicar remedios que sigan las vías ordinarias aunque esto no excluya ni por pienso lo sobrenatural. Más aún el remedio será eminentemente sobrenatural y espiritual. La medicina adecuada, en efecto, será la que persiga la adquisición de una pura y sólida espiritualidad porque éste es el ámbito donde se desarrolla esta enfermedad: lo espiritual, lo religioso.

Por vías ordinarias entendamos, entonces, el trabajo ascético-místico que se dirige, siempre auxiliado por la gracia divina, a poner los fundamentos de la auténtica existencia religiosa y a combatir los elementos desintegradores y corrosivos.

El mismo remedio será para unos preventivo, fruto de una esmerada y adecuada educación y una prolongada fidelidad; para otros, los que ya tengan muy avanzado el virus, necesariamente será más doloroso de lo normal.

Digámoslo con precisión de una vez; el remedio al fariseísmo será «el amor sufriente» como medio excelentísimo para adquirir una auténtica espiritualidad.

El amor sufriente

¿Sufrir para acercarse a Dios? Pareciera ésta una clave de ingreso demasiado negativa y hasta un poco macabra si se quiere. ¿Puede Dios establecer el sufrimiento como sello de autenticidad de «su» religión?

Para algunos esto es imposible, porque sería casi como decir que Dios es malo puesto que quiere el mal de sus criaturas.

Sin embargo, desde esta perspectiva, la del sufrimiento, se transparenta más el celo de Dios por ser amado en la pureza más limpia por sus criaturas predilectas; porque Él sabe que esa «pureza en su amor» es el mayor bien para el ser espiritual y su última perfección. Dios no admite competidores porque quiere darse entero y sabe que no podrá hacerlo en un alma donde haya otra cosa. Por eso quiere purificar y purifica más a los que más ama, porque quiere dárseles en mayor medida.

Pero ¿cuál es el modo de purificar que tiene Dios? Es extraño pero es análogo a lo que sucede cuando se quiere purificar el oro o cualquier otro metal: se le aplica un calor intenso a fin de ponerlo en un estado tal que pierde la forma y solidez que le corresponden. Sin embargo tal estado no lo aniquila sino que, corrompiéndolo en apariencia -y esto momentáneamente-, lo separa de las cosas con que venía mezclado quedando -éstas sí- aniquiladas. Una vez terminado el proceso el oro queda más limpio, valioso y reluciente.

También Dios purifica el alma y lo hace por medio del sufrimiento. Este fuego purificador se aviva por medio de las contrariedades, las humillaciones, los fracasos y los dolores físicos y morales, todas cosas por las que el alma va embelleciéndose, aunque no parezca si no que va perdiendo su vigor y esplendor propios. Lo dice el Eclesiastés (2,5): «En el fuego se purifica el oro y los que agradan a Dios, en el camino de la humillación».

Por eso el cristiano debe amar el sufrir y pedirlo; y esto no es masoquismo. De hecho, el gozo que él espera es mayor que aquel gozo que busca desenfrenadamente el hombre hedonista y mundano. Sin embargo, el cristiano, teniendo una mira tan alta, no por eso olvida el camino que se ha de recorrer: el del sufrimiento. «Por eso os alegráis, aunque ahora, por un tiempo, tengáis que estar afligidos por diversas pruebas, para que la autenticidad de vuestra fe -mucho más preciosa que el oro perecedero que, sin embargo se acrisola con el fuego- sea hallada digna de alabanza, gloria y honor, cuando se manifieste Jesucristo» (1Pe 1, 6-7).

Quizás «sacrificado», en lugar de «sufriente», exprese de modo más acabado cuál es la trayectoria completa de todo este movimiento, que siempre es positivo. Porque el concepto de sacrificio parece tener más ligado a sí el de «sentido». A uno le da más lástima un hombre «sufriente» que un hombre «sacrificado», porque al primero parece que sólo le queda una opción: la resignación. En cambio, el sacrificado está lleno de esperanzas y posibilidades, fundadas precisamente en esa capacidad de sacrificarse y en los frutos que todo sacrificio da.

Sin embargo, prefiero el término «sufriente» porque considero que en él se encuentra señalado con mayor fuerza cuál ha de ser el actor o agente principal de toda religiosidad y, por lo tanto, en dónde se han de fundar las expectativas de progresos y logros en este campo. El sufriente permanece

mucho más estático y pasivo³⁶ por lo que, si no hubiera intervención de un agente externo, no hallaríamos, en su sola condición de sufriente, «la salida» o al menos «el sentido».

Muy reñido con esto está el error del Quietismo que propuso una espiritualidad melancólica y pasivista que tenía por ideal sumir a las potencias del alma en una somnolencia espiritual por medio de la cual pretendía disponer el espíritu para que «sólo Dios obre en él».

Por eso el remedio que proponemos para alcanzar la auténtica religiosidad está condicionado, para ser eficaz y verdadero, a fundarse en el principio más activo y dinámico que el hombre posee: el amor.

Hacemos uso de este término a pesar de la trivialización que ha sufrido en nuestros tiempos, porque quisiéramos reivindicar de alguna manera esta palabra tan estropeada y tan fundamental. Justamente, al ponerlo junto a aquél de «sufriente», intentamos distinguirlo del amor hedonista, del amor irenista, del amor sensiblero y empalagoso y del amor fundado en la conveniencia o la utilidad.

Nosotros hablamos de un amor «viril», no por bruto y frío, sino por contraponerlo a ese diluido en sentimentalismos y bonacherías. Viril para destacar lo que tiene de «masculino» el amor, que lo que tiene de «femenino» (la delicadeza, la atención exquisita a los detalles, la labor paciente y silenciosa, el trato afable y cariñoso, etc., etc.) no es cosa que pueda despreciarse sin el riesgo de pasarse al contrario de volverlo vinagre, no ya merengue. Y podríamos aventurarnos a decir que lo característico del varón es esa capacidad de entrega total, sin miedos, sin rodeos, sin dobles intenciones, sin centrarse en las apariencias, aunque al final aparece todo claro cuando llega hasta la entrega más externa, la de su vida física. Así, sin dialécticas, sabiendo que de las dos facetas ha de estar adornada esta gran

³⁶ «El gesto religioso, cuando se toma conciencia de él, se vuelve mueca. Los grandes gestos de los santos no son autoconscientes, es decir, son auténticos, es decir, son divinos: *padecen a Dios* y obran en cierto modo como divinos autómatas, como obran los enamorados; *sin autosentirse*; como dicen ahora (...) Entiéndanme: no les niego la libertad ni la conciencia ni la reflexión; establezco simplemente *la primacía del objeto*, que en lo religioso es un *objeto trascendente*; -la primacía sobre la práctica de la contemplación, sobre la voluntad del intelecto- o como dirían ahora, de la imagen» (L. CASTELLANI, *Cristo y los fariseos...*, 12).

realidad del amor, se debe recuperar el aspecto que señalamos como perdido o disminuido.

Por último dejamos en claro que hablamos del amor sobrenatural, es decir del infundido por Dios en nuestras almas junto a todas las demás virtudes, dones y frutos que conlleva el organismo sobrenatural. Este amor infundido, la caridad, parece retraernos a la pasividad (a la cual recién nos referimos) puesto que sabemos que, si Dios no nos lo infunde, no podemos amar sobrenaturalmente. Pero acá brilla el misterio del obrar divino que tocando y moviendo lo más profundo de nuestro interior no violenta sin embargo nuestra libertad.

Esta es nuestra tesis: que sólo el sufrimiento informado por la caridad puede prevenir el fariseísmo y hasta curar de él.

No quiere ni puede ser ésta una tesis original sino en cuanto que va a los orígenes, a la raíz. Porque no hacemos en este trabajo más que coligar un punto capilar de la doctrina católica de todos los tiempos (la doctrina de la Cruz) con un mal siempre presente en el Pueblo de Dios (el fariseísmo).

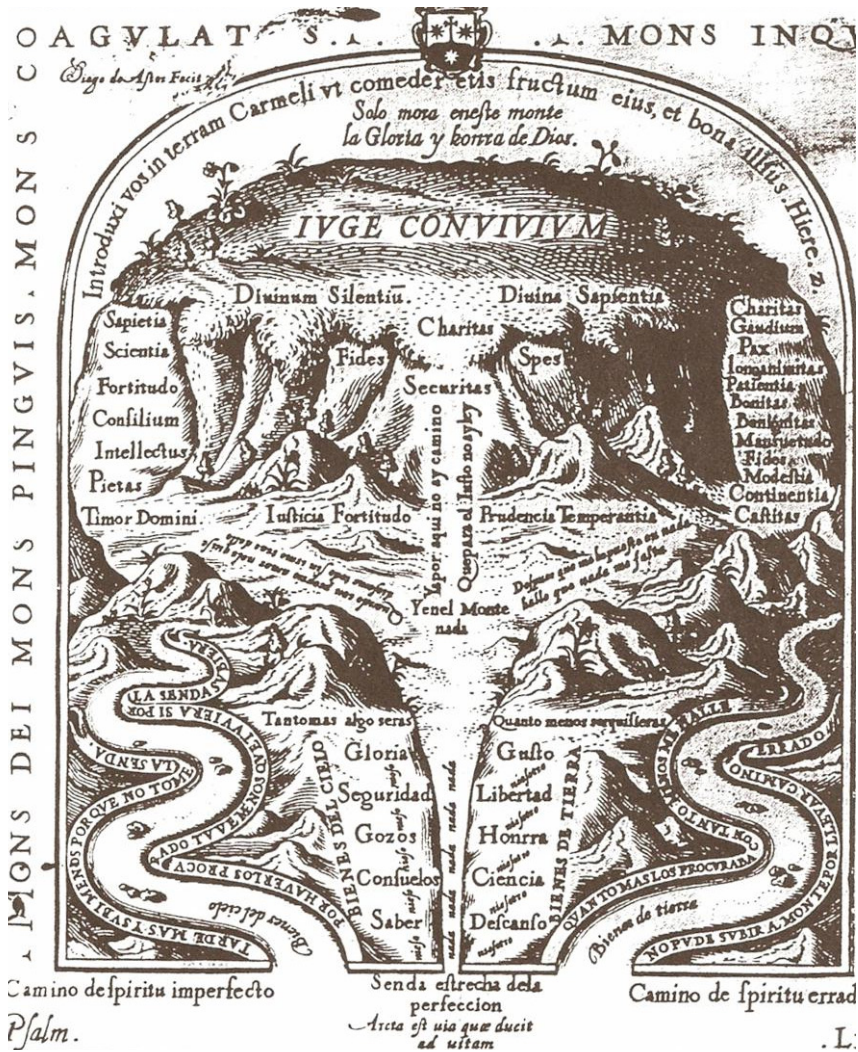
Por eso bastará con recordar a continuación algunas verdades fundamentales de nuestra espiritualidad para luego terminar con algunas breves conclusiones que den mejor orden y mayor concisión a todas estas ideas.

Espiritualidad católica: la doctrina de la cruz

Cristo murió en cruz y, desde el momento en que la auténtica espiritualidad consiste en imitarlo, solamente los crucificados serán verdaderamente religiosos.

Es doctrina, es algo enseñado; que si no fuera así, fácilmente la naturaleza podría alegar a su favor el rechazo espontáneo y natural al dolor y a la muerte. Y es doctrina repetida desde Cristo hasta hoy por todos los que tuvieron en la historia el encargo de continuar la obra de Cristo.

La cruz purifica de segundas intenciones o intenciones torcidas; la cruz forja hombres de virtudes sólidas; la cruz es saludable penitencia por nuestros pecados y los pecados del prójimo; la cruz repara por las ofensas cometidas contra Dios; la cruz...



Por eso, porque sus beneficios son misteriosos y no inmediatos, es que se debe predicar mucho esta doctrina. El gozo, la alegría de la cruz, es algo sobrenatural, por lo que es necesario implorar el amor sobrenatural a la cruz como una gracia que sólo Dios podrá dar; esto causará la perplejidad de los que no comprendan esta sobrenaturalidad del don. A sus ojos pare-

cerán locos y es así, porque los que quieran ser amigos de la cruz deberán padecer la locura de la Cruz.

Juan de Yepes eligió llamarse «de la Cruz» porque tenía muy en claro todo esto. Ese crucificarse y ese buscar la cruz es lo que expuso en sus obras, frutos de su probada experiencia. Su libro, «Subida al monte Carmelo», está como resumido en un esquema que el mismo santo elaboró³⁷.

De esta altísima y segura espiritualidad queremos tan sólo señalar aquel camino que sin zigzagues ni peligros nos lleva a la Cumbre del Monte y que creemos que no es otra cosa que la desnudez de la cruz. Se puede ver este «atajo» al centro del dibujo, estrechamente emparedado por «los bienes del cielo» (gloria, seguridad, gozos, consuelos, saber) y «los bienes de la tierra» (gusto, libertad, honra, ciencia, descanso). La «senda estrecha de la perfección» deja todos estos bienes y se queda con la nada: «nada, nada, nada, nada, nada», repite y «en el Monte, nada».

Siglo de oro español, que en todo brilló y que tantos santos nos trajo. En ese tiempo se gestó la obra evangelizadora más exitosa de la historia. Los genios de la pastoral moderna, que fracasa sistemáticamente, deberían buscar el por qué de tal éxito. Ninguno que conozca los templos y el arte que de aquella época nos ha quedado, podrá negar que la devoción a la Pasión y muerte del Señor era una constante.

Uno de los frutos más preciosos de esta América evangelizada, Santa Rosa de Lima, cuenta lo siguiente:

«El divino Salvador, con inmensa majestad, dijo: “Que todos sepan que la tribulación va seguida de la gracia; que todos se convenzan que sin el peso de la aflicción no se puede llegar a la cima de la gracia; que todos comprendan que la medida de los carismas aumenta en proporción con el incremento de las fatigas. Guárdense los hombres de pecar y de equivocarse: ésta es la única escala del paraíso, y sin la cruz no se encuentra el camino de subir al cielo”. Apenas escuché estas palabras, experimenté un fuerte impulso de ir en medio de las plazas, a gritar muy fuerte a toda persona de cualquier edad, sexo o condición: “Escuchad, pueblos, escuchad todos. Por mandato del

³⁷ El gráfico de la página anterior es una reproducción más artística y más legible del original del santo.

Señor, con las mismas palabras de su boca, os exhorto. No podemos alcanzar la gracia, si no soportamos la aflicción; es necesario unir trabajos y fatigas para alcanzar la íntima participación en la naturaleza divina, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta felicidad del espíritu”. El mismo ímpetu me transportaba a predicar la hermosura de la gracia divina; me sentía oprimir por la ansiedad y tenía que llorar y sollozar. Pensaba que mi alma ya no podría contenerse en la cárcel del cuerpo, y más bien, rotas sus ataduras, libre y sola y con mayor agilidad, recorrer el mundo, diciendo: “¡Ojalá todos los mortales conocieran el gran valor de la divina gracia, su belleza, su nobleza, su infinito precio, lo inmenso de los tesoros que alberga, cuántas riquezas, gozos y deleites! Sin duda alguna, se entregarían, con suma diligencia, a la búsqueda de las penas y aflicciones. Por doquiera en el mundo, antepondrían a la fortuna las molestias, las enfermedades y los padecimientos, incomparable tesoro de la gracia. Tal es la retribución y el fruto final de la paciencia. Nadie se quejaría de sus cruces y sufrimientos, si conociera cuál es la balanza con que los hombres han de ser medidos”»³⁸.

San Luis María Grignon de Montfort nos dejó la perla de las perlas en cuanto a la doctrina de la Cruz. Su «Carta a los amigos de la cruz» (7-8) dice³⁹:

³⁸ Del Oficio divino del 23 de Agosto, fiesta de la Santa.

³⁹ Traemos tan sólo el índice de la segunda parte de esta obra para mostrar lo concreto de su propuesta. El título de esta sección es «Prácticas de la perfección cristiana» y se subdivide así: A. Si alguno quiere venirse conmigo - B. Que se niegue a sí mismo - C. Que cargue con su cruz - 1. Nada tan necesario: para los pecadores; - para los amigos de Dios; - para los hijos de Dios; - para los discípulos de un Dios crucificado; - para los miembros de Jesucristo; - para los templos del Espíritu Santo; - hay que sufrir como los santos; - y no como los reprobados - 2. Nada tan útil y tan dulce - 3. Nada tan glorioso D. Y que me siga: Las catorce reglas: - 1. No procurarse cruces a propósito, ni por culpa propia. - 2. Mirar por el bien del prójimo. - 3. Admirar, sin pretender imitar, ciertas mortificaciones de los santos. - 4. Pedir a Dios la sabiduría de la cruz - 5. Humillarse por las propias faltas, pero sin turbación. - 6. Dios nos humilla para purificarnos. - 7. En las cruces, evitar la trampa del orgullo. - 8. Aprovecharse más de los sufrimientos pequeños que de los grandes. - 9. Amar la cruz con amor sobrenatural. - 10. Sufrir toda clase de cruces, sin rechazar ninguna y sin elegirlas. - 11. Cuatro motivos para sufrir como se debe: -la mirada de Dios; -la mano de Dios; -las llagas y los dolores de Jesús

«Queridos cofrades, ahí tenéis los dos bandos con los que a diario nos encontramos: el de Jesucristo y el del mundo (Jn 15,19; 17,14.16). A la derecha, el de nuestro amado Salvador (Mt 25,33). Sube por un camino que, por la corrupción del mundo, es más estrecho y angosto que nunca. Este Maestro bueno va delante, descalzo, la cabeza coronada de espinas, el cuerpo completamente ensangrentado, y cargado con una pesada Cruz. Sólo le siguen una pocas personas, si bien son las más valientes, sea porque no se oye su voz suave en medio del tumulto del mundo, o sea porque falta el valor necesario para seguirle en su pobreza, en sus dolores, en sus humillaciones y en sus otras cruces, que es preciso llevar para servirle todos los días de la vida (Lc 9,23). A la izquierda (Mt 25,33), el bando del mundo o del demonio. Es el más numeroso, y el más espléndido y brillante, al menos en apariencia. Allí corre todo lo más selecto del mundo. Se apretujan, y eso que los caminos son anchos, y que están más ensanchados que nunca por la muchedumbre que, como un torrente, los recorre. Están sembrados de flores, llenos de placeres y juegos, cubiertos de oro y plata (7, 13-14)».

En el número 11 habla a los cófrades citando la «Imitación de Cristo» (II, 11,1):

«¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67). ¿También vosotros queréis abandonarme, huyendo de mi Cruz, como los mundanos, que son en esto verdaderos “anticristos” (1Jn 2,18)? ¿Es que queréis vosotros, para conformaros con el siglo presente (Rm 12,2), despreciar la pobreza de mi Cruz, para correr tras las riquezas; evitar el dolor de mi Cruz, para buscar los placeres; odiar las humillaciones de mi Cruz, para ambicionar los honores? En apariencia, tengo yo muchos amigos, que aseguran amarme, pero que, en el fondo, me odian, porque no aman mi Cruz; tengo muchos amigos de mi mesa, y muy pocos de mi Cruz».

Incluso los «santos de hoy», los santos modernos, testimonian a gritos esta absoluta necesidad de pasar por la cruz para llegar a la santidad. Es sabido, por ejemplo, que la Madre Teresa, mujer de Dios a los ojos de todos, vivió inmersa por 40 años en la noche oscura del alma. ¿Quién lo diría? La Madre Teresa abandonada de Dios o, al menos, sin poder percibir su

crucificado; -arriba, el cielo, abajo, el infierno. - 12. Nunca quejarse de las criaturas. - 13. Recibir la cruz con agradecimiento. - 14. Cargar con cruces voluntarias.

presencia amorosa y ¡por tanto tiempo! Pero en esta oscuridad purificó al máximo su amor a Dios, se hizo fecunda y dio testimonio al mundo actual que el amor es más transparente cuando está crucificado. En una carta a un sacerdote escribe: «No padre, no estoy sola, tengo su oscuridad, tengo su dolor, tengo una terrible nostalgia de Dios. Amar y no ser amado, yo sé que tengo a Jesús en la unión que no ha sido rota, mi mente está fija en Él y sólo en Él».

Lo mismo podemos decir de Juan Pablo II, el Magno, que tuvo una larga vida cargada de sufrimientos -llevados con alegría- y en ellos encontró la clave de su obra:

«He meditado, he vuelto a pensar en todo esto durante mi hospitalización. Y he reencontrado a mi lado la gran figura del cardenal Wyszynski (...) Al comienzo de mi pontificado, me dijo: “Si el Señor te ha llamado, debes llevar a la Iglesia hasta el tercer milenio”. (...) Y he comprendido que debo llevar a la Iglesia de Cristo hasta este tercer milenio con la oración, con diversas iniciativas, pero he visto que eso no basta: necesitaba llevarla con el sufrimiento, con el atentado de hace trece años y con este nuevo sacrificio. ¿Por qué ahora? ¿Por qué en este año? ¿Por qué en este Año de la familia? Precisamente porque se amenaza a la familia, porque se la ataca. El Papa debe ser atacado, el Papa debe sufrir, para que todas las familias y el mundo entero vean que hay un evangelio -podría decir- superior: el evangelio del sufrimiento, con el que hay que preparar el futuro, el tercer milenio de las familias, de todas las familias y de cada familia»⁴⁰.

Esta es la doctrina católica, esto es lo que necesita saber y vivir el hombre para alcanzar su verdadera perfección. Porque si hay santos hoy en día es justamente porque no han esquivado esta estrecha y misteriosa doctrina. La otra enseñanza, la del Cristo sin cruz, no produce santos sino santurrones. Muchos repetirán que hay que predicar a Cristo resucitado, que nuestra religión es de «vivos», que ésta es la era del amor, del Espíritu Santo, etc., etc. Repetirán arguyendo que lo dicen grandes teólogos, muchos sacerdotes, obispos y hasta cardenales. Tendrán razón en apelar a la autoridad de los teólogos para iluminar su fe y conducta, pero deberían prestar

⁴⁰ Durante el «Ángelus del 29 de mayo de 1994», al volver al Vaticano después de haber estado internado algunas semanas en el hospital policlínico Gemelli de Roma.

atención a una cosa para poder tomar prudente distancia de sus doctrinas: estos son los pastores que introdujeron a la Iglesia en la crisis actual que es profunda y evidente. Este magisterio «light» infectó la Iglesia y el resultado de parroquias vacías, laicos tibios y sacerdotes mundanos es el fruto que han dejado.

A su vez, estos maestros y pastores deberían comprender que si los fieles se espantaran de la Cruz, sería ésta una reacción natural y hasta comprensible en cierto modo. Mas no por esto se debe creer que el esfuerzo pastoral ha de buscar atraer estas almas por medios más naturales, comprensibles y agradables.

Cristo mismo dijo que cuando sea elevado sobre la tierra atraería a todos hacia Él (cf. Jn 12,32). Es la Cruz la que atrae, la que «engancha». Es un atractivo sobrenatural obviamente; «es Dios el que obra en nosotros el querer y el obrar» (cf. Fil 2,13) sobrenatural. Y como es desde la Cruz que Cristo ganó esa Gracia por la que Dios habita y obra en nosotros, es necesario volver una y otra vez al origen de este don, si queremos que crezca, en nosotros y en los demás, el atractivo de Dios y sus cosas.

En cambio, si la gente se espanta tanto del misterio de la Cruz como de la parte «natural» de la Iglesia, no hay ya cómo atraer a los hombres. Y admirablemente ambas cosas consiguen los que evitan hablar de la Cruz, pues se ven obligados a hacer de su pastoreo un «show» por medio del cual intentarán mantener fascinados a sus espectadores. Pero cuando el espectáculo no salga bien, o no guste o canse, no se venderán entradas para las funciones.

Sacerdote-víctima

Como habíamos adelantado⁴¹, digamos ahora algo sobre la espiritualidad que hará de medicina para nuestro segundo grupo, el de los pastores.

La doctrina que expusimos recién, debe iluminar de modo eminente la vida de aquellos que están llamados a difundirla⁴², explicarla y hacerla

⁴¹ En la introducción del punto 2: Sujetos.

⁴² «(...) esta paciencia en los trabajos, si en verdad resplandece en el predicador, así como lo limpia de cuanto haya en él de humano y le alcanza la gracia de Dios para hacer fruto, así también es increíble hasta qué punto recomienda su labor delante del

amar, especialmente la vida de los sacerdotes que tienen por vocación hacerse víctima con la Víctima.

Fulton Sheen planteaba lo siguiente: «

Los seminaristas dicen: “Estoy estudiando para el sacerdocio”. ¿Qué tan a menudo dice o siquiera piensa un seminarista: “Estoy estudiando para ser un sacerdote-víctima”? Nosotros insistimos en la dignidad de nuestro sacerdocio al reprender rápidamente a aquellos que nos muestran falta de respeto. Pero, ¿alguna vez insistimos en la indignidad de nuestra inmolación?»⁴³.

Una mística⁴⁴, hija espiritual del padre Pío, transcribe uno de los tantos diálogos que tuvieron acerca de «sus» Misas y en el cual se evidencian los fundamentos de su fecundo ministerio:

- Durante la Misa ¿las punzadas de la corona de espinas y las heridas de la flagelación, son reales?

P. Pío: - ¿Qué entiendes al decir esto? Los efectos ciertamente son los mismos.

- ¿Cómo quedó Jesús después de la flagelación?

P. Pío: - El profeta dice: «Se volvió una sola llaga; se transformó en un leproso».

- Y entonces, también usted es todo una llaga de la cabeza a los pies.

P. Pío: - Y ¿no es ésta nuestra gloria? Y si no hubiera más espacio para hacer otras llagas en mi cuerpo, haremos llaga sobre llaga.

- ¡Dios mío, este es demasiado! Es usted, Padre mío, un verdadero carnicero de usted mismo.

pueblo cristiano. Por el contrario, poco pueden mover las voluntades a aquellos que, a donde quiera que vayan, buscan más de lo justo las comodidades de la vida, de tal suerte que mientras tienen sermones casi no atienden a ninguna otra cosa de su sagrado ministerio, de modo que parece que cuidan más de su propia salud que de la utilidad de las almas» (Benedicto XV, *Humani generis redemptionem*, 15).

⁴³ MONS. F. SHEEN, *El sacerdote no se pertenece*, Diana, México 1986, 23.

⁴⁴ C. Morcaldi, *La mia vita vicino a Padre Pio. Diario intimo spirituale*, San Giovanni Rotondo 1997. La cita la tomamos de una homilía del P. Carlos M. Bucla.

P. Pío: - No te asustes; más bien goza. No deseo el sufrimiento en sí mismo, no; pero sí por los frutos que me da. Da gloria a Dios y salva a los hermanos. ¿Qué otra cosa puedo desear?

4. Breves conclusiones

a. El fariseísmo es el gran cáncer de la Iglesia

De entre las diversas realidades que puedan debilitar a nuestra Iglesia (defectos y limitaciones humanas, fracasos, pecados, escándalos, adversidades, enemigos externos e internos, herejías, cismas, apostasías, indiferencia y corrupción del hombre moderno, etc., etc.) el fariseísmo, una vez asentado en su interior, en sus miembros y estructuras, es lo más nocivo.

La Iglesia posee una fuerza espiritual tal que a todas estas dificultades puede sobreponerse. Pero el fariseísmo es tan contrario a su naturaleza y misión, tan corrosivo, que debilita y anula sus mismos sistemas de defensa.

b. Si no se lo cura, la Iglesia no cumple su misión

Está revelado que la Iglesia no caerá. Esto no nos asusta. Sin embargo su misión, su razón de ser, puede verse tan atrofiada, tan desvirtuada, vuelta tan insulsa, que asemeje una herida mortal si no su muerte. Sabemos que el Reino de Dios continuará extendiéndose en los corazones y sabemos que lo seguirá haciendo por el mismo medio con que quiso hacerlo a lo largo de la historia (por medio de la Iglesia fundada por Él mismo); pero la proporción en que lo hará dependerá mucho de la fidelidad de sus miembros y de sus apóstoles.

Porque Dios quiere que todos se salven (cf. 1Tim 2,3), pero ese querer inmutable de Dios fue condicionado y como coartado, libremente y también desde la eternidad, por aquel medio concreto que Él eligió: salvar a los hombres por medio del ministerio de otros hombres; como dice San Pablo, «plugo a Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación» (1Cor 1,21).

Y no hay cosa que desdiga más y haga más estéril la predicación de los cristianos, que la repugnante falsificación que informa al fariseísmo.

c. El único remedio proporcionado es el sufrimiento informado por la caridad

El remedio propuesto es la unión al misterio de la cruz. ¿Por qué? Porque en la vida del fariseo se dio una falsificación, y lo que necesitamos ahora es una autenticación.

Y no existe cosa que signifique de modo más claro la consistencia de una cosa, su autenticidad, que el comportamiento que tiene en la adversidad. Cuando una herramienta o una máquina se ha usado mucho y se le ha exigido al máximo, se evidencia más su calidad; lo mismo un hombre que en medio de las dificultades se ha mantenido firme en el amor a Dios, deja una prueba clara de lo verdadero de su amor.

Y no sólo es «signo» del amor sino que, a su vez, la tribulación produce constancia (cf. Rom 5,3). El sufrir es un instrumento apropiadísimo para adquirir -y no solo manifestar- la firmeza necesaria para el momento de prueba, para los «saltos» al vacío que la fe exige.

Si esto es muy cierto para todo fiel cristiano, cuánto más lo será para aquellos pastores que, para ser de los buenos, han de dar su vida por las ovejas, como dijo Cristo (Jn 10,11).

Desde la cruz el ministerio del Pastor se vuelve auténtico, elocuente y eficaz. Desde la cruz el sacerdote engendrará a las almas para la misma vida que trajo la Cruz de Cristo, la vida eterna, la vida junto a los pastos abundantes que dan vida.

d. Es éste el mayor don y la mayor necesidad para la Iglesia militante

Conscientes de que caemos en redundancia una vez más, queremos que ésta sea la última conclusión para que quede más en claro que consideramos que aquello que presentamos como remedio es un elemento totalmente positivo y urgente.

Si hay algo que «necesitamos» los católicos, es abrazarnos íntima y firmemente al misterio de la Cruz. No hay otro camino y, si buscamos otros, necesariamente desvariaremos.

Apéndice⁴⁵:

⁴⁵ L. CASTELLANI, *Las ideas de...*, Excalibur, Buenos Aires 1984, 161-163.

Hacemos finalmente un homenaje al P. Castellani extrayendo uno de los textos más valioso que hemos encontrado sobre nuestro tema. A propósito lo hemos reservado para el final. Es él sostenido desahogo del Padre; juicio perspicaz, aunque también trágico y desafiante en el tono, dado por quien parece haber percibido el fondo del Corazón de Cristo, por haber bajado hasta Él sufriendo, luchando y perseverando.

«No hay corrupción más pésima que la de las cosas óptimas.

El sacerdote debe odiar el fariseísmo en todos sus grados; es el primer deber de su ministerio celar la pureza de la virtud de la religión, la primera entre las virtudes morales; y debe discernirlo en todos sus repliegues con los ojos penetrantes del saber y del odio. Así lo odió Cristo. Le costó la vida. Jesucristo parece haber tomado el fariseísmo como empresa de su vida, como empresa personal de su poderosa personalidad viva. Jesucristo bajó a evangelizar todos los pueblos de la tierra, Él con sus discípulos; pero Él personalmente se reservó el pueblo de Israel y dejó los demás a sus discípulos. Bajó a predicar toda la ley de Dios, Él con sus discípulos; pero Él personalmente se reservó la prédica del mandato: “Amor a Dios y al prójimo”, y dejó los demás a sus discípulos. Vino a luchar contra todos los vicios, maldades y pecados; pero Él personalmente luchó contra el fariseísmo. Lo tomó por su cuenta. Ver los santos evangelios.

Empezó a quebrantar el farisaico sábado, a olvidarse de las cuartas o quintas abluciones, a tratar con los publicanos, perdonar a las prostitutas arrepentidas; a curar en día de fiesta, a decir que escuchasen a los maestros legales pero no los imitasen, a distinguir entre preceptos de Dios y preceptos de hombres de Dios, a poner la misericordia y la justicia por encima de las ceremonias, aun de las ceremonias del culto, y no del culto samaritano sino del verdadero; empezó a describir en parábolas más hermosas que la aurora el hondo corazón vivo de la religiosidad, del reino de Dios que está dentro de nosotros, y es espíritu, verdad, y vida.

Lo contradijeron, por supuesto; lo denigraron, calumniaron, acusaron, tergiversaron, persiguieron, espionaron, reprendieron. Y entonces el sereno Recitador y magnífico Poeta se irguió, y vieron que era todo un hombre. Recusó las acusaciones, respondió a los reproches, confundió a los sofisticantes con cinglantes réplicas. Y haciéndose

la polémica más viva cada vez, con unos enemigos que contra Él lo podían todo, se agigantó el joven Rabbí magníficamente hasta el cuerpo-a-cuerpo, la imprecación y la fusta. Dos veces por lo menos, al principio y al fin de su heroica campaña, hizo manifestación de violencia, no se detuvo ante las vías de hecho. Hijos de víbora, sepulcros blanqueados, raza adúltera, y el fulgurante recitado de las siete Maldiciones (Mt 23); “¡Ay a vos, escriba y fariseo hipócrita!” repetidas con fuerza inconmensurable. “Vae vobis, hypocritae!”. ¿Está eso en el Evangelio canónico? ¡Está incluso en el Sermón de la Montaña, en el “dulce”, en el “místico”, en el “poético” Sermón de la Montana (como dicen los que no lo han leído) aunque Tolstoi lo ignore y no acaben jamás de encontrarlo muchos católicos “bien”. Son los siete arbotantes de piedra de las Ocho Bienaventuranzas, el esqueleto férreo sin el cual el cristianismo se vuelve gelatinoso, y el león de Judá deviene una especie de molusco, de esos que como las ostras y los pulpos pueden tomar todas las formas que quieran.

Si Cristo hubiese sido ostra, no lo hubieran matado. Lo mataron por eso y nada más: lo mató el fariseísmo. Mas Él parece haber seguido reservándose ese enemigo personalmente. Dondequiera el fariseísmo ha empezado a mellar su Iglesia, la historia muestra que ha habido efusión de sangre y cosas divinalmente terribles. Mueren inocentes y culpados -o se salvan a veces los más culpados, reservados quizá para la otra vuelta-. Murió Cristo y Jacobo Menor y Esteban; y perecieron después los triunfantes fariseos a filo de espada romana. “Cabeza de Jacques Molay en el Templo de París, cenizas de Savonarola en el Ponte d’Arno, cuerpo de Juana de Arco en Ruán, cárcel dura de San Juan de la Cruz y amenaza de muerte y veneno, vosotros sabéis cuán diabólicamente dañino y duro es el fariseísmo. Las corrupciones del espíritu son peores que las corrupciones de la carne”⁴⁶.

⁴⁶ No creo que mi tío igualase todos esos nombres al respecto de su personal mérito o demérito. Savonarola fue justamente condenado, Juana de Arco lo fue injustamente. Pero sus jueces eran todos fariseos (Nota de Castellani).

EL MISTERIO DE LA MUERTE EN HUGO WAST

*Daniel Omar González Céspedes
San Rafael, Argentina¹*

I. Introducción

La realidad nos muestra que estamos viviendo y padeciendo una crisis muy profunda. Los valores están cada vez más trastocados y subvertidos. La mediocridad, la frivolidad, la vulgaridad, la chabacanería, lo anti-nacional nos acorralan.

El único vuelo que se vislumbra es el de la gallina; ya casi no vemos águilas. ¿Qué hacer entonces? Volver a un verdadero magisterio de los arquetipos; porque la misión educadora que llevan a cabo los arquetipos en la vida de los pueblos y en la de los hombres es sumamente importante. Muchos jóvenes –y algunos no tan jóvenes– están cada vez más embobados por los ídolos que la moda les impone. Urge, por lo tanto, rescatar los verdaderos paradigmas y presentárselos para que esa edad juvenil vuelva a ser la del entusiasmo y la del heroísmo.

Señalaba muy bien el P. Alberto Ezcurra que «Cuando un joven mira a una persona, la conoce y la admira, tiende a imitar a esa persona. El arquetipo, el modelo que se nos pone delante, entonces, es fundamental para nuestra vida. Nos vamos haciendo parecidos a la imagen de aquellas personas que aprendimos a conocer y que aprendimos a admirar»². Hugo Wast es uno de esos paradigmas dignos de admirar y de imitar.

¹ Ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional sobre Escritores Argentinos «Homenaje a Hugo Wast en el Cincuentenario de su fallecimiento (1883-1962)». El Congreso se llevó a cabo en el Bachillerato Humanista «Alfredo R. Bufano», San Rafael, Mendoza, los días 17 y 18 de agosto de 2012.

² P. A. EZCURRA, *Tú reinarás. Espiritualidad del laico*, Kyrios Ediciones, San Rafael, Mendoza, 1994, 15.

En la presente ponencia abordaremos el tema de la muerte tal como lo trató Martínez Zuviría en algunas de sus obras: Principalmente en «Navega hacia alta mar»; en el capítulo «El amor a la vida y el amor a la muerte» del libro «15 días sacristán»; en «Un filósofo ante la muerte» en «Naves, oro, sueños» y en el capítulo «La muerte» del libro «Desierto de piedra».

El tema de la muerte, «máximo enigma de la vida humana», siempre ha sido motivo de grandes reflexiones y meditaciones.

«Piensa en las postrimerías y no pecarás», nos dice el Eclesiastés (7, 40).

Gustavo Martínez Zuviría pensó y meditó profundamente este gran misterio de la muerte y nos dejó páginas brillantes, comparables a las que escribiera Tomás de Kempis en la «Imitación de Cristo». Tenemos en su libro «Navega hacia alta mar» un auténtico y valioso tratado de ascética: «lo importante -nos recuerda- es vivir y morir en la amistad de Dios». Dice, al respecto, Juan Carlos Moreno que este libro contiene «profundas verdades humanas y divinas encaminadas a excitar en el lector serias meditaciones sobre lo deleznable de la vida terrena y la firmeza de la eternidad que se avecina para todos».³

Dicen que «el hombre muere como ha vivido». Si bien esto no es taxativo, en Gustavo Martínez Zuviría se cumplió al pie de la letra. Tuvo una buena muerte porque supo y eligió vivir como se debe, esto es amando a Dios sobre todas las cosas y con una sincera y efectiva actitud de servicio a la Patria Argentina.

La muerte no lo sorprendió. Él estaba preparado para el salto final. Había cumplido fiel y acabadamente su misión; había peleado el buen combate. Podía esperar, entonces, con serenidad, el Premio. También sabía con San Pablo, que el hombre no perece, sino que se transforma; que Cristo es la Resurrección y la Vida, y quien cree en Él, resucitará en el último día.

Veamos, entonces, qué nos dice Gustavo Adolfo Martínez Zuviría sobre este misterio.

³ J. C. MORENO, *Gustavo Martínez Zuviría. Argentinos en las letras*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962, 77.

II. El misterio de la muerte en algunas de sus obras

a- En «Navega hacia alta mar»

Decíamos que Hugo Wast nos ha dejado en distintas obras, bellas reflexiones sobre la muerte, pero es en «Navega hacia alta mar» donde encontramos este tema de un modo sistematizado, por así decirlo. Este libro es fruto de la madurez espiritual del autor.

Son muchísimas las páginas de este libro donde el autor trata de la muerte. Nos limitaremos a exponer algunas breves meditaciones -las que nos llamaron más la atención- porque nuestra intención es justamente que las lean y mediten, y así, cada uno, pueda obtener el máximo provecho espiritual.

Vemos en éstas su insistencia en el arrepentimiento, en que estemos preparados para cuando nos llegue el momento, en huir de las glorias humanas y maravilla al lector el sentido que Martínez Zuviría le asigna a las cosas.

-«*Llegar a puerto*»: A Hugo Wast le sorprende que se diga: «¡Pobre hombre, ha muerto!».

«No piensan los que hablan así que morir es llegar al término del viaje. Y así como no se nos ocurre lamentar la suerte de un barco cuando llega al puerto, no deberíamos lamentar la de una persona que muere.

A tal punto está extraviado el concepto de las cosas trascendentales, que la vida se nos presenta como el mayor de los bienes y la muerte como el peor de los males.

Triste y pernicioso error el nuestro»⁴, concluye.

Y nos recuerda aquello de San Pablo: «Morir es mi ganancia» (Fil 1, 21).

-«*La mayor ganancia*»: «El dolor, las enfermedades, la vejez, nos devuelven el sentido de la realidad, que es muy fácil perder en la prosperidad, en

⁴ H. WAST, *Navega hacia alta mar*, Ediciones Vórtice y Didascalía, Buenos Aires, 1996, 19.

la salud, en los placeres (...) La muerte inevitable nos abre la única puerta por donde se llega a la posesión de Dios, en la visión beatífica, o sea la puerta del cielo. Pero ni pensamos en ello ni lo deseamos»⁵.

Y en su vuelo de águila, dice algo magistral:

«Si se pudiera hallar un medio para evitar la muerte, los hombres considerarían como el mayor benefactor de la humanidad al que lo descubriera y los hiciera inmortales. Serían entonces muy pocos los que consintiesen en abandonar el mundo, por ganar el destino que ha comprado Cristo para ellos con su Sangre y con su muerte.

Por fortuna para nosotros, ese descubrimiento no se realizará; y aunque sabemos que estamos condenados a morir un día u otro, seguimos distraídos, empeñados en hacer el peor de los negocios: cambiar el oro de la vida eterna por el plomo de las cosas presentes»⁶.

El tema de la eternidad -ligado íntimamente al que estamos tratando- es igualmente visto con gran realismo por parte de nuestro autor.

-«Loco de atar». ¿Cuántos años más viviremos? Y sin embargo seguimos desperdiциándolos como si tuviéramos mil por delante. Seguimos vi- viendo, nos dice:

«con la misma ligereza, la misma preocupación con que vivía cuando niño (...) Podría ahora llenar mis días de cosas eternas, es decir, de cosas que me acompañen y me sirvan en la eternidad, a cuyos umbrales voy llegando.

Los dejo, empero, transcurrir vacíos, cuando no repletos de bagatelas y de cosas que me avergonzarían si me pusiese a considerarlas sub specie aeternitatis»⁷.

La eternidad. ¿Pensamos en ella? Dice Hugo Wast que «la eternidad es hija del minuto». En un minuto podemos cambiar nuestra eternidad y nos hace recordar cómo la cambió el buen ladrón cuando le dijo a Cristo «Acuérdate de mí cuando estés en tu reino» (Lc 23, 42-43).

⁵ H. WAST, *Navega...*, 21.

⁶ H. WAST, *Navega...*, 21.

⁷ H. WAST, *Navega...*, 25.

EL MISTERIO DE LA MUERTE
EN HUGO WAST

-Eternidad: Algo más sobre la eternidad.

«Acércate a tu alma, y tú, que has divagado por el mundo entero, descubrirás un país desconocido. Cada día hallarás cosas nuevas.

Pero tienes que alejarte de todo lo que te distrae, para acercarte a lo que apenas te interesa. Tienes que despojarte de la ambición que te desazona, de la soberbia que te aturde, de la sensualidad que te marea. Si quieres ver tienes que cerrar los ojos.

Y entonces descubrirás la cuarta dimensión de las cosas humanas, que es la dimensión sobrenatural.

Todo lo que hay en el mundo se mide por el tiempo: una hora, un año, cincuenta años (...) Todo lo que hay en el alma, por la eternidad sin límites. No te asuste esta gran palabra, porque la eternidad es hija del minuto. En un minuto podemos cambiar nuestra eternidad»⁸.

-¿Creo yo en la eternidad? No entiende cómo uno se preocupa por vivir a gusto 50, 60 ó 70 años y se desespera por prolongar la vida un año más o siquiera un mes más y no se preocupe por los millones y millones de años que se amontonarán sobre la cabeza de uno convertida en polvo. Y se pregunta: «¿No es absurdo que cuide ese puñado de tiempo y descuide mi eternidad?» Y remarca «mi eternidad» pues dice que será «lo único que habrá sacado de este mundo, como una propiedad irrevocable e intransferible»⁹.

Le encuentra una sola explicación al descuido en la preparación de la eternidad: que no se crea en ella, que se crea que el alma se disuelve con el cuerpo, que todo se acaba en este mundo. Y concluye con este juicio terrible pero cierto: «Tremenda cosa es caer en la eternidad sin haber creído en ella. Pero mucho más tremendo es caer en esa tiniebla insondable habiendo creído y habiendo vivido como si no creyésemos»¹⁰.

b- En «Naves, oro, sueños» y «15 días sacristán»

⁸ H. WAST, *Navega...*, 224.

⁹ H. WAST, *Navega...*, 230.

¹⁰ H. WAST, *Navega...*, 230.

En «Naves, oro, sueños» y «15 días sacristán», Hugo Wast medita también sobre el misterio de la muerte y lo trata comentando la muerte del escritor Anatole France, uno de los más encarnizados enemigos de Dios.

Cuenta que se halló entre los papeles del filósofo un pasaje de Lucrecio, copiado de su mano, que aprendió de memoria y repetía perseverantemente en sus últimos días. «¿Qué es la muerte y qué me importan sus terrores, si el alma ha de desaparecer con el cuerpo?»¹¹.

Y nuestro escritor medita:

«¡Si el alma ha de desaparecer con el cuerpo! (...) ¡Ahí está la cuestión! La falta de lógica de este razonamiento pueril, que fue el único alimento espiritual del autor de *El jardín de Epicuro*, salta a la vista de todo hombre de buena fe. Si el alma ha de desaparecer con el cuerpo, no hay duda tampoco, para mí, que la respuesta de un filósofo de la envergadura moral de Anatole France debe ser, ante el anuncio de la muerte próxima, un sonriente y sincero *Je m'en fiche* (...) ¿Pero estaba seguro Anatole France de que el alma cesa de vivir con el cuerpo?»¹².

Y concluye:

«¡Desventurado del que no tiene más que las palabras de Lucrecio para aliviar los terrores de sus postrimerías! Porque de allí no surge una afirmación consoladora, sino la duda, que mordió día y noche el corazón de aquel pobre hombre, que murió, no como él nos afirmaba que iba a morir, con la muerte serena de un filósofo, seguro de su filosofía, sino desesperado, y llamándose a sí mismo el más desgraciado de los hombres (...)»¹³.

Porque en «15 días sacristán» que el médico de este pobre enemigo de Dios le preguntó cómo se sentía y con siniestra sinceridad, tuvo que responder: «Doctor, vea aquí el hombre más desgraciado del mundo (...)». Y le reclamaba: «¡Doctor, máteme, envenéneme!»¹⁴

¹¹ H. WAST, *Naves, oro, sueños*, Ediciones Dictio, Buenos Aires, 1980, 239.

¹² H. WAST, *Naves...*, 239-240.

¹³ H. WAST, *Naves...*, 240.

¹⁴ H. WAST, *15 días sacristán*, Editores de Hugo Wast, Buenos Aires, 1929, 172.

EL MISTERIO DE LA MUERTE
EN HUGO WAST

Hugo Wast reflexiona así:

«Pero en el corazón del ateo se seca hasta la flor de la inmortal esperanza. Toda su esperanza está puesta en las miserables cosas de la tierra: Speravit, in pecunia et thesauris (Eccli. 31, 8).

Desdeñó la cruz, y desdeñó las promesas de Dios y se fue a dormir su último sueño bajo un laurel de hojalata barnizado de negro»¹⁵.

c- En «Desierto de piedra»

En el libro «Desierto de piedra» (para muchos entendidos, su mejor novela) tiene un capítulo titulado, justamente, «La muerte». Este capítulo es sencillamente magistral, porque como bien dice Noriega está «lleno de admirables lecciones de bien vivir y de bien morir (...) campea la estampa vigorosa del viejo moribundo que hace llamar personalmente al cura para recibir con plena lucidez los últimos sacramentos, y que entrega luego su alma a Dios en forma envidiable, asistido por Marcela»¹⁶.

«Tengo que arreglar las alforjas para el viaje»¹⁷, le dice Don Pedro Pablo al sacerdote. Es decir, sabe de la partida y de que hay que arreglar cuentas con el Creador. Lo asiste Marcela leyéndole como el mismo Pedro Pablo le pide las preces de la recomendación del alma que se dice por los moribundos:

«Ha de haber algo para mí en tu libro de misas, allá por el fin (...) donde se reza por los que se van (...) Marcela obedeció, buscó su libro, y acercó la lámpara y leyó con voz entera, dominando su oscura emoción.

‘Cuando mis pies perdiendo el movimiento me adviertan que mi carrera en este mundo está ya para acabarse (...) Jesús misericordioso, tened compasión de mí’

-¡Tened compasión de mí!— repitió el viejo, cuya voz silbaba en sus pulmones, como el aire en un fuelle roto.

¹⁵ H. WAST, *15 días sacristán*, 163.

¹⁶ H. WAST, *Desierto de Piedra*, Ediciones Didascalía, Rosario, Santa Fe, 1993, 195.

¹⁷ H. WAST, *Desierto de Piedra...*, 199.

Y Marcela prosiguió: ‘Cuando mis manos trémulas y torpes no puedan ya estrechar el crucifijo, y a pesar mío lo deje caer sobre el lecho de mi dolor (...) Jesús misericordioso, tened compasión de mí.’

-¡Compasión de mí!

Marcela vio que aquella mano cadavérica se agitaba sobre la colcha.

-¿Dónde está, Marcela, dónde está?

Adivinó que buscaba el pequeño crucifijo de bronce que le diera el cura, y se lo alcanzó, y la mano se crispó en él y quiso levantarse y comenzó a temblar con el vano esfuerzo; y entonces la joven lo ayudó y la mano se levantó y don Pedro Pablo besó la cruz con la boca sedienta de misericordia.

Y siguieron rezando aquella oración pavorosa para los sanos y consoladora para los moribundos y él pareció calmarse (...)»¹⁸.

Y él pareció calmarse. Esta frase es muy importante: ¡No dudemos del poder de la oración!

El capítulo va terminando cuando el moribundo le pide a su sobrina que abra la ventana. Sigue describiendo Hugo Wast el trance de Don Pedro Pablo con una pluma que a esta altura ya estamos todos llorando de emoción:

«Los ojos mortecinos de don Pedro Pablo se fijaron anhelosamente en aquella hermosura (se refiere al cielo), y en un supremo esfuerzo alcanzó a decir:

-¡Qué grandes y qué lindas son las cosas que ha hecho Dios! ¡Y qué mal lo comprendemos hasta que nos llega la hora (...)!»¹⁹.

III. La muerte de Hugo Wast

¹⁸ H. WAST, *Desierto de Piedra...*, 203.

¹⁹ H. WAST, *Desierto de Piedra...*, 204.

EL MISTERIO DE LA MUERTE EN HUGO WAST

Señalábamos que el hombre muere como ha vivido. ¿Cómo fue la muerte de H. Wast? Le debemos a Juan Carlos Moreno, otro gran escritor, conocer los detalles de la muerte de G. Martínez Zuviría²⁰.

Él lo visitó por última vez 20 días antes de su muerte. Refiere que lo encontró de buen ánimo y notó un renovado vigor, puramente espiritual, era evidente, pues seguía padeciendo insomnio y agobiado por el asma que lo acompañó toda la vida. Le contó que había enviado un cuento, «De la niñita que besó la Hostia», a su amigo Alfonso Junco, de México, con destino a la revista *Ábside*, que aquél dirigía. El título del escrito da una idea de su contenido: la piedad y la ternura. También le contó que estaba corrigiendo las pruebas de una nueva novela. Al preguntarle cuál era el título, respondió, sonriendo, que aún no lo tenía, que allí trataba el problema de la natalidad y que causaría no pocas discusiones (Esta novela se llamó «Autobiografía del hijito que no nació», su obra póstuma, cuyo tema se ajusta a la encíclica *«Humanae vitae»* del Papa Pablo VI).

El 24 de marzo debió guardar cama y ya no se levantó.

Todas las mañanas, luego del desayuno, junto con su esposa, rezaba el Santo Rosario.

Quienes lo visitaran, en los últimos meses, lo encontrarían meditando la Sagrada Escritura o el Breviario Romano.

El 26 de marzo le pide a su hija Madelón que llame al Padre Max, su confesor, para que le lleve el Santo Viático. Al día siguiente recibió con devoción y buen espíritu el postrer Sacramento de la Iglesia, y comulgó en compañía de su esposa. Parecía animado de extraña vida. Después de la Extremaunción, pidió y recibió la bendición pontificia.

Esa noche no durmió. Ya presentía la proximidad del tránsito. Juan Carlos Moreno se pregunta: «¿en qué se mantuvo pensando, desvelado, la última noche de su vida terrena, el magnífico escritor?». Acaso recordase alguna escena, algún personaje: la enfermedad, la confesión, el Viático... Tal vez acudía el Ángel de las tinieblas a perturbarlo, a desesperarlo; y su Ángel guardián, en quien creía, alejaba al maligno, y lo guardaba y lo con-

²⁰ Para este punto seguimos: «Un católico ante la muerte», en: <http://revista-arbil.iespana.68/Wast.htm>.

fortaba con alguna bebida misteriosa, como aquella que bebió el Señor desfalleciente en el Huerto de los Olivos.

A las cinco de la mañana del 28 despertó a su esposa Matilde para rezar el Santo Rosario. Al terminarlo doña Matilde le pidió que postergaran las letanías para la tarde, porque estaba rendida. Poco después cuando llegó uno de sus hijos, él señaló a su sacrificada compañera, diciéndole: «Rezó el Rosario conmigo». Pidió que le leyeran las preces de la recomendación del alma que se dice por los moribundos. Se las leyó su hijo Gustavo (eran las mismas invocaciones que Marcela rezó ante el moribundo Pedro Pablo Ontiveros principales protagonistas de «Desierto de Piedra»).

Llegaron los doctores Ivanissevich y Reiviere lo examinaron y, cuando se retiraban de la habitación, doña Matilde les preguntó cómo lo habían encontrado. Ellos respondieron que lo hallaron bien, mejor que el día anterior. Doña Matilde se lo transmitió a nuestro gran escritor pero Martínez Zuviría, con un gesto y un movimiento de la mano, le dio a entender que no era así. Ya no hablaba. Ella parecía aún no advertir la inminencia del fin. Se disponía a alejarse, a buscar un vaso de agua, cuando él le hizo seña de que se aproximara como para hablarle al oído. Su esposa lo notó muy pálido. -«¿Qué te pasa?», le preguntó. El la tomó con la mano de la cabeza le hizo la señal de la cruz y le dio un beso en la frente. Fue el beso de la despedida. Enseguida volvió el rostro y murió. Había entregado su alma a Dios, Nuestro Señor. Eran las 11:15 hs.

-«Nunca vi una muerte más tranquila», le dijo la viuda de Martínez Zuviría a Juan Carlos Moreno. Una vez que llegaron sus hijos mandaron a pedir un hábito de los sacerdotes de la compañía de Jesús para amortajarlo. El P. Guillermo Furlong dio el suya. Luego acudió a rezar un responso ante el cadáver de su gran amigo. Le maravilló al jesuita la serenidad en el rostro de Hugo Wast.

Al otro día, cuando celebró la Santa Misa dijo: «Ayer contemplé el rostro cadavérico del doctor Martínez Zuviría y me impresionó su sonrisa, una sonrisa bellísima, como de aurora refulgente, que si añadía un hilo a la trama sutil de su larga y fecunda existencia, decía a las claras, así lo he interpretado, cual era la felicidad de aquel que, habiendo hambreado la belleza, el amor y la verdad y habiéndolas expresado tantas veces y con tanto éxito, las poseía infinitas y para siempre».

EL MISTERIO DE LA MUERTE
EN HUGO WAST

La noticia de su muerte fue dada por los diarios de una manera muy parca. Pero Hugo Wast eso no necesitaba.

Él, que meditó sobre la muerte y nos dejó páginas bellísimas bien pudo en el trance final decirle a la muerte como lo hizo el poeta:

Te pintan descarnada y con guadaña
cubierta tu fealdad tras negro manto.
Te miran con el miedo y el espanto
con que se suele ver una alimaña.

Te nombran con rencores y con saña,
te reciben con gritos y con llanto.
Sólo el alma cristiana y la del santo
con tu fiera apariencia no se engaña.

Mensajera de Dios, que al hombre llama
para darle la vida que no muere.
¡Beatífica visión para quien ama!

Yo no voy a entonarte un Miserere
de lúgubres acentos, sino un ¡Hosanna!...
¡Al cielo no se va, si no se muere!



EDIVE

EDICIONES DEL INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.

El Camino del Perdón



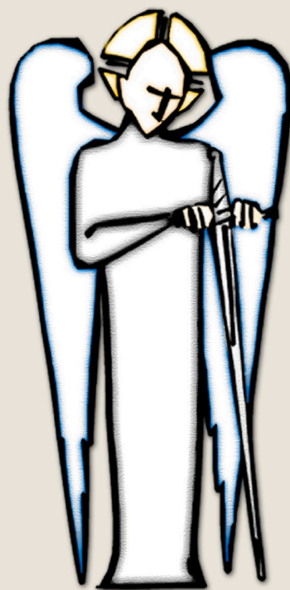
COLECCIÓN VIRTUS / 10

El perdón, aún aquel que ofrecemos en medio de las más terribles circunstancias, es posible... Las páginas que siguen no son un tratado sobre el perdón sino líneas sobre el proceso espiritual (y psicológico) del perdón (o, si se quiere, la terapia del perdón). El Dr. Richard Fitzgibbons, psiquiatra, y el Dr. Robert Enright, psicólogo, han demostrado que existe una aplicación exitosa de la terapia del perdón en áreas muy diversas: en desórdenes depresivos y de la ansiedad, en el abuso de sustancias adictivas y trastornos alimenticios, en problemas matrimoniales y familiares, en trastornos mentales y desórdenes de la personalidad, en problemas de la sexualidad, etc. Esto pone al descubierto que el problema del rencor y del resentimiento es más serio de lo que se piensa y está en la base de muchos problemas espirituales, afectivos, psicológicos e, incluso, físicos.

COLECCIÓN VIRTUS
REEDICIÓN

Virtus 10

El Camino del Perdón



\$ 20

CONTACTO

El Chañaral 2699, C/P5600

Tel.:0260-4430451

E-mail: ediciones@iveargentina.org

Web:www.edicionesive.org.ar

PÁGINAS INOLVIDABLES

UN AÑO DE SACERDOCIO

P. Emmanuel Ansaldi, I.V.E.

Monasterio «Nuestra Señora del Pueyo»

Barbastro, España

A mis compañeros de curso...

En el 1^{er} Aniversario de mi Ordenación Sacerdotal

Un año de sacerdote...

Un año en que, gracias a Dios, todos los días, por una hora al menos, mis manos no eran mías, mis palabras no eran mías, mi corazón no era mío.

Un año en que viví y morí colgado de un cáliz y una hostia.

Un año de sacrificio: el Santo Sacrificio de Cristo actualizado en el altar, y mi sacrificio, pobre e indigno, unido al Suyo, como una pequeña astilla al árbol de la Cruz.

Un año como hijo... ¡y qué Madre! Si la Misa es la misma Cruz, entonces ahí «stábat Mater dolorosa, iuxta crucem lacrimosa, dum pendebat filius».

Un año de «alter Christus». Cristo, por un año, se hizo presente participando Su sacerdocio en un corazón más, en unas manos y unos labios más...

Un año como padre. ¡Cuántos hijos engendrados por la oración, por la cruz de cada día, por la confesión, por el consejo, por la palabra y por el silencio...!

Un año de las tres frases de tres palabras más trascendentes y solemnes de la historia: «es mi Cuerpo», «es mi Sangre», «yo te absuelvo».

Un año de Fe (sobre todo, estos últimos meses...), vivido de rodillas junto a la Custodia y a la Madre del Cielo.

Un año de Esperanza: y de gran gozo y alegría en primer lugar para uno mismo, «¡sacerdote!». También de modo especial para esta diócesis de Barbastro, donde el promedio de edad del clero ronda en los 70 años...; un año en que consolando y dando esperanza con la palabra y el testimonio, la recibimos también en aumento... Dios no se deja ganar en generosidad.

Un año de Caridad. Se puede decir, sin temor a errar, que si llegamos a donde llegamos, es porque triunfó en cada uno de nosotros la caridad de Cristo... que aún nos falta mucho?!... sí, hombre, por supuesto... pero adelante, con mucho amor... «solo Dios», y sin mirar atrás.

¡Un año de sacerdote!

¡El año más feliz de mi vida!

Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, ten misericordia de tus sacerdotes...

«Te doy gracias Señor por tu amor, no abandones la obra de tus manos» (Ps 137).

EL TEÓLOGO RESPONDE

LOS RIESGOS DE LO «OCULTO»

P. Dr. Miguel A. Fuentes I.V.E.

Estimado sacerdote:

He leído algunos artículos, alguno escrito por usted, en que critica, a mi modo de ver, exageradamente el ocultismo. Si permite mi opinión, creo que no hay que hacer afirmaciones tan extremas. Existe ocultismo desde que existe el hombre, por tanto, no niego que haya una práctica mala al respecto, pero también puede ser bien usado, según los casos (entre los cuales cuento el mío). El ocultismo no es tener poder sobre otros, ésa es la hechicería; la teoría ocultista se trata más bien de un encuentro individual con Dios o con las almas de difuntos o de ángeles, algunos de los cuales quieren nuestro bien. He practicado muchas veces el juego de la Ouija, sin ningún efecto nocivo; y creo que me ha ayudado a crecer en el conocimiento y también a sentirme relacionado con personas que, aún después de muertas, nos siguen brindando su apoyo y consejo, si se las sabe contactar.

Apreciado lector:

Por su bien me veo obligado a decirle con toda firmeza que no comparto en absoluto sus apreciaciones perjudicialmente benévolas hacia el ocultismo. Por el contrario de cuanto usted dice (me atrevo a pensar que más por desconocimiento del verdadero problema que por malicia), debo decirle que los riesgos que amenazan a quien se introduce en el mundo de lo oculto (u ocultismo o espiritismo, o como quiera llamarlo), son enormes, aunque puedan no manifestarse durante un tiempo. Siembre vientos y recogerá tempestades. Señalo algunas de las consecuencias negativas de estas prácticas.

Problemas espirituales

Ante todo, es claro que se trata de una actividad incompatible con la fe; por tanto quien acepta este tipo de creencias se aparta de la fe católica. La superstición y las creencias mágicas son pecados contra la fe: «Todas las

prácticas de magia o de hechicería mediante las que se pretende domesticar las potencias ocultas para ponerlas a su servicio y obtener un poder sobrenatural sobre el prójimo –aunque sea para procurar la salud–, son gravemente contrarias a la virtud de la religión. Estas prácticas son más condenables aun cuando van acompañadas de una intención de dañar a otro o recurren a la intervención de los demonios. El llevar amuletos es también reprehensible. El espiritismo implica con frecuencia prácticas adivinatorias o mágicas. Por eso la Iglesia advierte a los fieles que se guarden de él. El recurso a las medicinas llamadas tradicionales no legitima ni la invocación de las potencias malignas, ni la explotación de la credulidad del prójimo» («Catecismo de la Iglesia católica», n. 2117).

Incluso el peligro es muy grande para quien se asoma a estas realidades aunque sólo sea por curiosidad. Este tipo de «curiosidades» son morbosas y malsanas y entrañan en el fondo dudas sobre la fe y la omnipotencia divina, o al menos ponen las condiciones para que se comience a dudar. Muchos que empezaron jugando terminaron mal (recordemos el caso histórico relatado –con modificaciones literarias– en la novela «El Exorcista», cuyo personaje real quedó poseído por el demonio con ocasión del «juego de la copa» o tablero *Ouija* del que usted habla con tanta complacencia).

Problemas de confusión intelectual y cultural

Esta forma de pensar se presenta como una «sabiduría», y hasta como parte de una «cultura» (precisamente es parte de la cultura *New Age*). Sus palabras referidas al conocimiento que ha acrecentado por esta vía me hacen recordar a los argumentos que la serpiente susurra en los oídos de Eva inclinándola a ver el *fruto prohibido* por Dios como *útil para adquirir sabiduría*. ¡Cuántos dolores nos ha costado esta sabiduría profanadora de nuestros primeros padres!

Este terreno no es seguro ni para quien se introduce en él con inquietudes críticas, pues el que se mete sin suficiente preparación o guía puede quedar admirado por los fenómenos y ser confundido intelectualmente. Así se explica que hayan sucumbido ante estas modas tantos literatos y científicos, como Víctor Hugo, Arthur Conan Doyle, Hermann Hesse, Aldous Huxley, Joris Huysmans, Samuel Coleridge, René Daumal, Katherine Mansfield, René Barjavel, Arthur Koestler, Luc Dietrich, Olivier Lod-

ge, Charles Richet, William Crookes, Johan Zollner, Cesare Lombroso, Gustave Geley, Albert Schrenck-Notzing, J. G. Bennet...

Ya es grande daño el acostumbrarse a ser engañado por los vividores y embaucadores que componen la mayor parte de este ejército de magos, videntes y modernos gitanos. Hace ya tres lustros, en *La Nación* del 30 de diciembre de 1997, apareció un artículo titulado: «En 1997, los astrólogos no acertaron una. Los hechos más importantes del año fueron ignorados por los pronosticadores». El artículo apoya su afirmación citando las conclusiones publicadas por la Revista *Scienza e Paranormale*, del Comité Italiano para el Control de lo Paranormal, en la que participan varios Premios Nobel: «Los astrólogos, videntes y profetas no dieron en el clavo ni siquiera para predecir los hechos más clamorosos del año»¹. ¡Y a pesar de todo, les siguen creyendo! Se cumple lo que escribía el pagano Petronio: «*Mundus vult decipi. Ergo decipiatur*», el mundo quiere ser engañado, por tanto, que se engañe.

Problemas psíquicos

Quien se mete en todo este tipo de prácticas también arriesga mucho desde el punto de vista psíquico. Es bien conocido el ambiente desequilibrado en que se mueve este tipo de tendencias. Por un lado tenemos los desequilibrios que presentan muchos de los personajes que dirigen estas corrientes (los fundadores de sectas y sus dirigentes, los que se presentan como médiums espiritistas, los que se hacen pasar por profetas, iluminados, los principales escritores de este tipo de literatura, los conferencistas, los productores cinematográficos que propagan esta cultura). Estos no sólo se reclutan entre vividores y delincuentes sino también entre enfermos mitómanos, histéricos, paranoicos, esquizoides y obsesos psíquicos. Pensemos, por ejemplo, en Marsall Applewhite, fundador de la secta «Puerta del Cielo» que hizo suicidar a 39 de sus miembros en marzo de 1997 para poder engancharse en la nave espacial que él decía que viajaba oculta en la cola del cometa Hale Bopp; en David Koresh quien se creía el Mesías y trajo la muerte de la mayoría de sus seguidores que terminaron calcinados en su fortaleza de Waco (Texas) en 1993; en Jim Jones que se suicidó en Guyana con mil de sus seguidores; en Shoko Asahara, líder de la secta

¹ La Nación, 30-12-97, 3.

«Aum Shinrikyo» (Verdad Suprema) que inundó de gas sarín los subterráneos de Tokio, etc.

Por otro lado tenemos el problema de quienes se dejan influenciar por ellos o simplemente por la atracción morbosa que suele caracterizar todo lo relacionado con lo oculto, la magia, los poderes de la mente, las fuerzas ocultas de la naturaleza, etc. Por eso afirma Martín Ebon, autor del libro *La trampa de Satanás*: «Los autores que se ocupan de la telepatía, la clarividencia, la profecía, la acción de la mente sobre la materia y otras prácticas psíquicas deben estar constantemente alertas ante el peligro de presentar esos temas únicamente en términos brillantes y positivos. Hay en estos fenómenos otra cara, una cara oscura, y en nuestro tiempo esta oscuridad parece difundirse con suma rapidez... sufrimos una virtual epidemia de juego irresponsable con los poderes ocultos... los poderes ocultos no son un juguete. Nos exponen a influencias que desconocemos y que a veces no podemos controlar»². Este mismo autor muestra los peligros concretos en diversos campos: la experimentación psíquica, el uso del tablero Ouija («juego de la copa») y de la escritura automática, las prácticas de Control Mental, el uso de las drogas alucinógenas para facilitar experiencias «espirituales» o desarrollar las facultades extrasensoriales, los viajes extracorpóreos, la mediumnidad, el llamado «síndrome del gurú» (sujeción esclavizante a un líder «espiritual»), etc. Las consecuencias más notables de estos «juegos con los poderes ocultos» son los estados neuróticos, el desdoblamiento de la personalidad, la obsesión y la posesión por entidades no determinadas, que para Ebon son tan sólo fuerzas liberadas del subconsciente, pero que pueden llegar a ser incluso seres demoníacos.

Un médico y pastor evangelista, Kurt Koch, de gran experiencia en el tema, señalaba hace ya varias décadas los efectos de este tipo de actividades en diversos planos³:

En el *carácter* producen un aumento agudo y pertinaz de los afectos, hipersensibilidad (que se manifiesta generalmente en accesos de ira), sus-

² M. ET AL. EBON, *La trampa de Satanás*, Troquel, Bs.As. 1978, 7-8.

³ K. KOCH, *Ocultismo y cura de almas*, CLIE, Tarrasa 1968; ídem., *El diccionario del diablo*, CLIE, Tarrasa 1970; ídem., *Entre Cristo y Satanás*, CLIE, Tarrasa 1974. Los datos que damos los tomamos de la primera de estas obras.

ceptibilidad explosiva y sexualidad aumentada, es decir, un desborde incontrolado de las pasiones.

En el plano de la *patología psíquica* se producen alucinaciones, estados melancólico-depresivos, apatía, pérdida de ganas de vivir, tendencia compulsiva al suicidio; pensamientos hipnóticos, obsesiones, disgregaciones y desdoblamientos de la personalidad que pueden llegar hasta la locura completa.

En la vida espiritual y religiosa llevan a la pérdida de la fe, y producen estados que se caracterizan por la animosidad contra Dios y contra Cristo, desgano hacia la Palabra de Dios y la oración, pensamientos blasfemos, piedad simulada y locura religiosa.

El desarrollo de facultades mediales (emparentadas con el desdoblamiento), así como la producción de fenómenos paranormales pueden, según la experiencia Koch, afectar a los descendientes del sujeto «hasta la tercera y cuarta generación», así como a los lugares (casas, establecimientos) donde se realizan las prácticas ocultistas.

Incluso puede llegar a la misma obsesión y posesión diabólica.

En síntesis, lo expresa muy bien la frase de Goethe: «No puedo librar-me de los espíritus que invoqué».

La actitud cristiana frente a este problema

El hecho de que haya personas que siguen metiéndose en estos temas, a pesar de que algunas de las cosas arriba mencionadas les sean conocidas, muestra que no es un problema fácil de manejar. Que alguien piense como usted es preocupante, y reconozco que no basta con decirle que esto está mal. Hay que hacer mucho más y dar una respuesta desde un plan más amplio:

1º Hay que reconocer la existencia del fenómeno. No podemos ser ciegos ni minimizarlo excesivamente.

2º Es necesario estudiarlo a fondo, no por simple curiosidad, sino de modo científico, para poder dar información conveniente. Y no todos, sino a quienes corresponda por oficio y por preparación doctrinal y científica.

3° Tenemos que prestar más atención a los grupos más vulnerables que son los adolescentes y los jóvenes de todas las condiciones sociales, las personas de más baja formación religiosa, especialmente aquellas que han sufrido o sufren serias dificultades en su vida social (como delincuencia, drogadicción, alcoholismo). A todos estos hay que acompañarlos, darles esperanza y señalarles nuevos caminos.

4° Necesitamos emprender una catequesis continua, profunda y capilar, porque este problema es un problema de fe. Normalmente, estos fenómenos se apoyan en la ignorancia de la verdadera fe, y también acerca de la verdad de estos movimientos y sectas.

5° Hace falta contestar a los interrogantes principales de la vida: hay que dar respuestas desde la fe a los cuestiones que se hacen todos los hombres sobre la muerte, nuestra relación con los difuntos, la preocupación por la supervivencia, la defensa contra las asechanzas del mal y del maligno, la incertidumbre ante el futuro, el problema de la salud y la enfermedad, etc. Estos movimientos hacen pie precisamente porque ofrecen respuestas (falsas) a los anhelos e inquietudes, naturales o espirituales, acerca de estos temas.

6° Igualmente, no hay que dejar de impulsar con todas las fuerzas una pastoral familiar seria y adecuada: pues la destrucción de las familias es el mejor caldo de cultivo de todo este tipo de fenómenos que fermentan en la desesperanza, en la afectividad quebrantada, en la psicología del desamparo, que son frutos del divorcio, de las separaciones, de las familias deshechas y rehechas con retazos de matrimonios fracasados.

7° Y por sobre todo buscar la verdad y conocer a Jesucristo. Como escribió Juan Pablo II a los jóvenes con ocasión del Gran Jubileo del año 2000: «(Jesucristo) es la única persona capaz de responder plenamente a las expectativas de todo ser humano... Es importante que todos lleguéis a ser buscadores apasionados de la verdad y sus testigos intrépidos. Nunca debéis resignaros a la mentira, a la falsedad y a las componendas. Reaccionad con energía ante quien intente apoderarse de vuestra inteligencia y enredar vuestro corazón con mensajes y propuestas que hacen esclavos del consumismo, del sexo desordenado, de la violencia, hasta llevar al vacío de la soledad y a las sendas sinuosas de la cultura de la muerte. Desligada de la

verdad, toda libertad se convierte en una nueva esclavitud más pesada... En cambio, con (Jesús) ninguna meta es imposible»⁴.

⁴ JUAN PABLO II, *Carta a la juventud de Roma con ocasión de la Misión ciudadana y del Jubileo de los jóvenes en el año 2000*; L'Osservatore Romano, 19 de setiembre de 1997, 2 y 19.

INTERCAMBIOS

Gladius, nº 83, 2012.

Lecture et Tradition, nnº 13-17, mayo-septiembre 2012.

Studium, Filosofía y Teología, nnº 28-29, Tomo XV, 2012.

Lectures Francaises, nnº 660-666, abril-septiembre 2012.

Yachay, nº 54, Segundo Semestre 2011, año 28.

Siempre P`alante, nnº 676-684, junio-noviembre 2012, año XXX.

Humanitas, nº 67-68, julio 2012, año XVII.

Ahora Información, nnº 116-117, mayo-agosto 2012.

Tierra Santa, la Revista de los Santos Lugares, nnº 817-818, julio-octubre 2012.

Sapientia, nnº 229-230, 2011, año LXVII.

Revista Agustiniana, nº 160, enero-abril 2012, vol LIII.

Verbo Speiro, nnº 503-508, marzo-octubre 2012, año L.

Il Est Ressuscité!, nº 120, septiembre 2012.

Teología, nº 107, abril 2012, Tomo XLIX.

Ecclesia, nnº 1-2, enero-junio 2012, volumen XXVI.

Angelicum, nº 89, fascículo 2, año 2012.

Il Gesù Novo, nnº 3-4, mayo-agosto 2012, año LXVIII.

Instaurare Omnia in Christo, nnº 1-2, año XL.

NOTICIAS

I. Visita del Maestro Sergio Militello

Desde el día 1 al 5 de octubre tuvimos la grata visita del Maestro Sergio Militello a nuestra Provincia. Llegó el lunes por la tarde en viaje desde Italia, de donde provenía con ocasión del Concierto organizado por el Instituto «Doménico Zipoli», en el cual él sería el director de la famosa «Misa de Coronación» de W. A. Mozart, interpretada por los coros Santa Cecilia y Magnificat.

Sergio Militello (1968) es uno de los mejores y más interesantes intérpretes en el escenario internacional. Es músico polifacético: compositor, director de coro, concertista (órgano, piano, clavicémbalo), docente. Como organista ofreció recitales en distintas partes del mundo: Italia, Suiza, Alemania, República Checa, Francia, Polonia, Austria, Inglaterra, Luxemburgo, Distrito de Colombia, Estados Unidos, Canadá, etc.

Desde el 2009, es Maestro Director de la «Cappella Musicale di S.Maria del Fiore», y organista titular de la Catedral de Florencia. En el 2003 recibió un reconocimiento especial de SS. Juan Pablo II por una obra compuesta para él y dedicada con ocasión del 25º aniversario de su elección al solio pontificio.

Siempre lo ha unido un gran sentimiento afectuoso hacia nuestro Instituto, que lo ha llevado incluso a trasladarse a otros países para brindarnos su música (Italia, Estados Unidos, Canadá, y Chile recientemente).

Asimismo, se mostró muy contento y edificado con todo lo que pudo ver en San Rafael. Visitó nuestras Casas de Formación y la Ciudad de la Caridad.

II. Visita al Seminario del P. Carlos Walker

Con fecha 3 de octubre, tuvimos la visita de nuestro Superior General, el P. Carlos Walker, quien celebró la Misa en el Seminario el día 5 por la mañana y, por la tarde, nos brindó una charla sobre la importancia fundamental de las Constituciones y del carisma para una Congregación religiosa.

También el padre aprovechó para visitar las distintas Casas del Instituto y de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará. Culminando su visita por San Rafael, con la Santa Misa que celebró a la Tercera Orden y demás miembros de la Familia Religiosa el día 10 de octubre.

III. Curso intensivo de Cristología

Durante los días 15 al 26 de octubre, se llevó a cabo el curso intensivo de Cristología, dictado por el R.P Dr. José Corbelle, misionero en Asia, Doctor en Teología Dogmática y profesor itinerante de la Congregación. Dicho curso estuvo destinado a todos los seminaristas de 2º, 3º y 4º de Teología.

IV. Tercer Congreso de Psicología del sur mendocino

Entre los días 19 y 20 de octubre tuvo lugar el tercer Congreso de Psicología del Sur mendocino bajo el lema «Psicopatología y terapéutica cristiana», en la Universidad Nacional de Cuyo (sede San Rafael). El mismo fue organizado por el CEyTEC y estuvo bajo el amparo de Nuestra Señora del Buen Consejo, patrona de dicho organismo, cuya imagen presidió todas las conferencias.

El Congreso comenzó el viernes por la tarde con la conferencia del Dr. Pablo Verdier, psiquiatra uruguayo radicado en Chile, de formación tomista, especializado en el «Síndrome post-aborto», tema sobre el cual versó su exposición. Asimismo, presentó su libro editado por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) sobre los documentos pontificios acerca de psicología y psiquiatría. El mismo doctor, cerró el Congreso con su ponencia respecto de estos temas el sábado por la tarde.

Seguidamente, expuso el Dr. Mario Caponnetto, filósofo tomista, médico cardiólogo, el cual habló sobre el sujeto de la psicoterapia haciendo hincapié en la unidad sustancial del hombre. El día sábado expuso nuevamente, en este caso sobre la psicoterapia en las enfermedades cardiovasculares.

Por otra parte, el sábado se realizaron las conferencias del Dr. Jordán Abud, doctor en psicología, quién habló sobre los trastornos de la ansiedad: «El Psicoterapeuta cristiano ante la psicopatología», seguida de la exposi-

ción del P. Dr. Miguel Ángel Fuentes, quién habló sobre las adicciones, problema de gran actualidad.

Para finalizar el Congreso se realizó un panel con los expositores en el cual los asistentes hicieron preguntas muy interesantes, tales como, ¿qué hacer ante la adicción en un niño? ¿cómo actuar frente a un enfermo sin fe? ¿qué papel juega la revalorización de la belleza en la psicoterapia?; el abuso de los psicotrópicos en los trastornos de ansiedad.

Por gracia de Dios, pudieron asistir unas 60 personas, en su gran mayoría profesionales, a los cuales se les pudo hacer mucho bien tanto en su formación intelectual como espiritual.

V. Profesión de votos perpetuos

El 28 de octubre, día de los apóstoles San Simón y San Judas Tadeo, tuvimos la Profesión perpetua de nueve religiosos: un sacerdote y ocho seminaristas. La santa Misa se realizó por la tarde y participaron de la misma casi todas las Casas de nuestra Familia religiosa, al mismo tiempo que muchos laicos de la Tercera Orden, en especial los familiares de los neo profesos.

La Misa fue presidida por el R. P. Clarey (Superior Provincial), quien en la homilía habló de la vocación religiosa como un don de Dios que mueve al consagrado a devolver a Él, todo el amor que tiene por nosotros. Luego de la Misa tuvimos los festejos con las familias, en un clima de gran alegría y gratitud al Señor y a su Madre por estos nuevos profesos perpetuos.

VI. Ordenaciones diaconales y sacerdotales

Con fecha 1 de diciembre se llevaron adelante las Ordenaciones diaconales de siete miembros de nuestro Instituto y sacerdotales de otros seis.

La santa Misa de Ordenaciones se llevó adelante en la Catedral de San Rafael y fue presidida por el Reverendísimo Sr. Cardenal Theodore E. McCarrick, el cual, gran amigo de nuestra Familia religiosa, nos honró con su grata visita.

Los ordenandos diáconos fueron: Tristán Gelonch, Néstor Andrada, Germán García, Pablo Perez, Esteban Olivares, Martín Prado, Gabriel Vergani, Maximiliano Navarro.

Los ordenados sacerdotes fueron: Ezequiel Pizarro, Jasón Jorquera, Federico Highton, Mario Rojas, Tito Paredes y Agustín Prado.

Luego de la celebración, se compartió el tradicional festejo junto a las familias de los ordenandos.

Al día siguiente, se celebró en el Seminario la Primera Misa de los neo-sacerdotes, la cual fue presidida por el mismo Cardenal.

Queremos destacar la visita de su Eminencia, el cual nos acompañó aproximadamente una semana, visitando las distintas Casas de nuestra Familia religiosa, siempre resaltando por su gran alegría y generosidad en el trato.

RECENSIONES

HORACIO BOJORGE S.J.

La Virgen María en los Evangelios.

P. MIGUEL ÁNGEL FUENTES I.V.E.

El Camino del Perdón.

THOMAS E. WOODS JR.

Cómo la Iglesia construyó la Civilización Occidental.

FABRICE HADJADJ

La fe de los demonios (o el ateísmo superado).

FABRICE HADJADJ

La terra strada del cielo. Manuale dell'avventuriero dell'esistenza.

MEG MEEKER

Padres fuertes, hijas felices. 10 secretos que todo padre debería conocer.

FRAY LUIS DE GRANADA

La Retórica Eclesiástica.

HORACIO BOJORGE S.J.

La Virgen María en los Evangelios

Fundación Gratis Date, Toledo

S.A., 44 pp.

El p. Horacio Bojorge es un sacerdote jesuita, licenciado en filosofía, teología y Sagrada Escritura, predicador, profesor, autor de numerosas publicaciones, entre las que cabe destacar «Teologías deicidas. El pensamiento de Juan Luis Segundo en su contexto»; «Anuncio del Sermón de la Montaña. Vivir como el Hijo, Vivir como Hijos»; «En mi sed me dieron vinagre. La civilización de la acedia»; «El lazo se rompió y volamos. Vicios capitales y Virtudes»; «Las Bienaventuranzas. Vivir como el Hijo, Vivir como Hijos»; etc.

La obra en cuestión se trata de un libro breve («Cuaderno»), de rápida lectura y de gran ayuda para conocer mejor lo que cada Evangelio dice sobre la Santísima Virgen. Por eso, luego de explicar lo que significa Evangelio, expone la perspectiva bajo la cual cada evangelista presenta a María.

¿Por qué sólo los Evangelios? El mismo autor nos dice (p. 5) que un hecho que llama la atención cuando buscamos lo que se dice en el Nuevo Testamento acerca de la Santísima Virgen María es que sólo en cuatro libros se la nombra por su nombre: María. Y son estos los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, y el libro de los Hechos de los Apóstoles. Otro libro más, el Evangelio según San Juan, nos habla de ella sin nombrarla jamás y haciendo

siempre referencia a ella como la Madre de Jesús o su Madre. Fuera de estos cinco libros, ninguno de los restantes nos habla directamente de María. Sólo los ojos de la fe han sabido atribuirle la parte que tiene en aquellos pasajes en que, por ejemplo, se habla de que Jesús es el Hijo de David; o de que somos Hijos de la Promesa; o de la Jerusalén de arriba; o que el Padre nos envió a su Hijo, hecho hijo de mujer; o han sabido reconocerla en la misteriosa Mujer coronada de astros del Apocalipsis.

Explícitamente nombrada en sólo cinco libros de los veintisiete, María parece haber sido reconocida –si nos atenemos a una primera impresión– por sólo la mitad de los hagiógrafos que escribieron el Nuevo Testamento. De ocho que son, sólo cuatro nos hablan de ella: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. No nos hablan de ella ni Santiago, ni Pedro, ni Judas. Pablo sólo alude indirectamente a ella en Gálatas 4, 4-5.

Por tanto, hablar de la figura de María en el Nuevo Testamento, es hablar de María a través de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, o sea a través de los evangelistas. De ahí que María en el Nuevo Testamento es prácticamente, por lo menos principalmente, María en los Evangelios. Porque fuera de ellos casi no se nos dice nada más, o mucho más, acerca de María.

El autor afirma que «para contemplar la figura de María a través de los Evangelios podríamos seguir dos caminos, que vamos a llamar camino sintético y camino analítico. El camino

sintético consistiría en sintetizar los datos dispersos de los cuatro Evangelios en un solo retrato de María. Consistiría en trazar un solo retrato a partir de la convergencia de cuatro descripciones distintas. El otro camino, el analítico -que es el que hemos elegido-, consiste en considerar por separado las cuatro imágenes o semblanzas de María (...) Este segundo camino que queremos seguir es en cambio el de la figura, o más propiamente, las figuras, los retratos de María a través de los evangelistas» (p. 5-6). Y esto es lo que hace, pues luego de explicar lo que es Evangelio, analiza y expone lo que cada evangelista dice de la Virgen. Y así como hay un solo Evangelio (el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, que el mismo Dios que dispuso que hubiera un solo mensaje de salvación, dispuso también que se conservaran cuatro presentaciones del mismo), de modo semejante ocurre con el misterio de María: «Hay pues un solo Jesucristo en cuadriforme presentación, y hay también un solo misterio de María en presentación cuadriforme. Y hay, además, una coherencia muy especial y significativa, entre el modo como cada evangelista nos muestra a Jesús y el modo como nos muestra a María, al servicio de su presentación propia de Jesús. Dejémonos guiar sucesivamente de la mano de los cuatro evangelistas y, a través de su manera de presentarnos la figura de María, tratemos de penetrar más profundamente en su comprensión del Señor. La máxima "A Jesús por María" no es una invención moderna; hunde sus raíces en la bimilenaria tradición de nuestra Santa Iglesia» (p. 6).

El autor concluye: «Es cierto que todos ellos nos hablan de María con la intención última de decir lo que desean acerca de Jesús. Sus discursos acerca de Cristo encuentran en ella luz y apoyo. Pero ninguno pudo prescindir de ella para hablar de Jesús y presentárnoslo como Evangelio, es decir, como anuncio de salvación. María no es el Evangelio. No hay ningún Evangelio de María. Pero sin María tampoco hay Evangelio. Y ella no falta en ninguno de los cuatro (...) María, Madre de Jesús, pertenece al acervo de los bienes comunes a Jesús y a sus discípulos. Su Padre es nuestro Padre. Su hora, nuestra hora. Su gloria, nuestra gloria. Su Madre, nuestra Madre» (pp. 40-41).

En definitiva, recomendamos leer esta obra, pues en ella se traza hermosamente, con todo cuidado exegético y espiritual, el rostro de la Virgen María, la llena de gracia, según aparece en el cuádruple espejo de los Santos Evangelios.

P. Lic. Higinio Rosolen I.V.E.

P. MIGUEL Á. FUENTES I.V.E.

El camino del perdón. Colección Virtus n. 10

EDIVE, San Rafael (Mendoza) 2008,
95 pp.

Esta presentación es simplemente necesaria. Una teoría que incluye una práctica terapéutica.

En 95 páginas de escrito neto de 11 x 17 se halla la metodología para solucionar muchos de nuestros problemas cotidianos que resultan del arrastre de viejas cuestiones, voluntaria o involuntariamente, no superadas en su momento. Dicha solución está cuanto menos para intentarse.

El autor, sacerdote católico, inquieto por las consultas recibidas en tiempo real o virtual ha investigado las razones morales y psico-psiquiátricas de las mismas. Y ahora nos expone sobre la raíz que alimenta a muchas de aquéllas, los problemas hallados en sus bases.

Su investigación tiene correlación con las investigaciones realizadas por la psicología y la psiquiatría para los mismos trastornos. Y la misma solución: el perdón.

En la primera parte de este libro el rencor y el perdón aparecen como contrapuestos (luego se verá que el uno, con suficiente inteligencia y voluntad, lleva al otro).

Es muy interesante repasar una vez más cómo vivió un hecho horrible la niña Santa María Goretti y conmovió a su entorno hace casi 100 años. En él está la médula de la salud.

Lo mismo puede decirse de otras historias que aparecen en los distintos momentos del manual, acabando con la magnífica « moraleja » que deja Renzo –el novio italiano que habiendo perdido a su prometida por el mal de alguien que ahora podría acabar entre sus ma-

nos, él resolvió perdonarlo–: muestra Dios mayor amor en impedir el odio que en impedir un mal, pues es más grande el perdón del ofendido que el mismo mal recibido.

Continúan unas explicaciones sobre enojo bueno y malo, cólera buena, ira desordenada y resentimiento –aquí el detalle describe varias situaciones comunes a nuestra experiencia–, todo ello para que podamos precisar finalmente los conceptos «rencor» y «perdón» (dejándonos entrerrenglones la idea clara de que si no alcanzamos verdadero perdón entonces permanecemos en el rencor).

La segunda parte inicia dando la equivalencia «proceso del perdón»-«curación del rencor».

Aquí comienza la parte práctica de este manual mientras continúa la teoría.

Se anuncia el esquema de trabajo personal, tranquilo, meditado, esperanzador.

Primeramente se lee la Palabra de Dios (claro, el presupuesto básico para esta tarea que lleva a una favorable recomposición de vida es aceptar que existe un Alguien de Quien tomarnos con seguridad absoluta para salir del naufragio, el abismo o la nebulosa en que estemos, según sea el caso. Porque lo Dicho por Dios es Eterno, Infalible, Insuperable, como Él mismo Es).

A continuación el autor extrae de la Palabra los conceptos de doctrina fundamental.

Y el último paso es la tarea personal de revisión de vida en base a una serie de preguntas que sin dudas nos llevan a la profundidad actual e histórica de nuestras conciencias.

Este esquema se presenta diecisiete veces, ninguno es reiterativo en su contenido, pues, habiendo definido ya el tema, ahora partimos, con la intención de descubrir nuestros rencores, de la consideración de los mecanismos que utilizamos ilusoriamente para evitar reconocer dichos rencores, luego el verdadero reconocimiento de los mismos y sus consecuencias.

El paso siguiente es querer el perdón. Y hay aquí un secreto insalvable, táctico además de real: pedir ayuda.

Continúa entonces una cadena de ejercicios para alcanzar el perdón, cuyo eslabón «clave», el último, es la manifestación del perdón al ofensor —un punto del proceso muy delicado que puede requerir algún asesoramiento—.

Volvemos hacia dentro nuestro y advertimos que una etapa «nueva» hemos comenzado a vivir: la libertad, la libertad recuperada (podemos usar la ocurrencia de Simón Pedro ante la Transfiguración del Señor: «qué bueno es estarnos acá»).

Y así, gozosos, ejercitados, terminamos la experiencia orando al Padre que nos ama más que nosotros mismos,

que quiere nuestra felicidad más que nosotros mismos... Tú, nuestro Destino y nuestra Herencia sorprendente ablanda nuestro corazón, siembra en él la misericordia y la compasión, y con ellas su fruto precioso: la paz.

Dr. Enrique Ansaldi,
eransaldii@gmail.com

THOMAS E. WOODS JR.

How the Catholic Church built Western Civilization (Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental)

Ciudadela, Madrid 2007, 269 pp.

Hace ya siete años que Thomas E. Woods Jr. se dignó sacar a luz esta bellísima obra de investigación (a la vez que apologética). Entiendo que podría ser aun más conocida por los católicos hispanos; este es el fin que me mueve a presentar una breve reseña de este libro que desde 2007 cuenta con una edición traducida al español. El autor (licenciado y doctor por las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos) ha escrito anteriormente otras obras en relación a la Iglesia Católica, esta es la cuarta y ciertamente no va a contar con el agrado de quienes, sin espíritu crítico, no quieren aceptar el beneficioso papel que la Iglesia ha desarrollado en la historia universal.

El libro está organizado en capítulos, cada uno orientado a poner de

manifiesto el papel central de la Iglesia en una determinada época de la historia... y como a demostrar una tesis fundamental en cada caso; para ello recurre a numerosas fuentes, con lo que se ve que se trata de un serio trabajo de investigación. El libro cuenta con un prólogo que por sí solo bastaría para dar a entender su envergadura: el mismo está a cargo del Cardenal Antonio Cañizares, quien en esos momentos fuera el Cardenal arzobispo de Toledo, Primado de España.

Además de su carácter histórico, el libro tiene un carácter apologético, lo que se ve claramente manifestado desde el primer capítulo («La Iglesia indispensable»), en que refuta el mito de que en nombre de Jesucristo la Iglesia naciente habría derribado todo cuanto el conocimiento humano en sus diversas ramas habría alcanzado de bueno y verdadero... a la vez que expresa su descontento frente a la actitud de historiadores que, no mencionando los aportes de la Iglesia a Occidente, contribuyeron a una opinión popular adversa a la misma.

En el capítulo 2 («Una luz en las tinieblas»), si bien no negará que en los siglos VI y VII se haya dado en Occidente una cierta quietud a nivel cultural a causa de las invasiones bárbaras, pone de manifiesto que justamente fue bajo la influencia de la Iglesia que el Pueblo bárbaro de los Carolingios, con quien trabajó estrechamente llegado el ocaso de los Merovingios, se transformó en restaurador (y constructor) de los valores de la vida civilizada. Los católicos de

ese entonces, deseaban la instauración de un imperio superior al de la antigua Grecia o Roma, conscientes de la ventaja con que contaban: la fe católica. Tras la muerte de Carlomagno, sería la Iglesia la única que llevaría la tarea educadora de Europa.

El capítulo 3 trata de cómo los monjes salvaron la civilización, y se destaca allí el papel fundamental (esto es: poner fundamentos) de San Benito de Nursia, célebre abad de Montecassino, cuya regla el autor se detiene unos instantes en comentar. Presenta aquí una serie interesante de estadísticas que permiten apreciar cómo la historia oficial no ha dado en reconocer justamente los logros de la Orden Benedictina. Es quizá un capítulo por demás catequético, ya que se ve reflejado en el ejemplo de esos monjes lo mucho que puede hacer un varón de oración (y esto porque muestra cómo cultivaron los suelos más áridos e infértiles de Europa, con grandiosos resultados, a partir de testimonios de la época).

Uno de los temas que nadie menciona actualmente acerca de las universidades tal como las conocemos hoy es que han sido un regalo de la civilización en cuyo centro se halló la Iglesia Católica; nada más contrario a la opinión de muchos que, aun sin la capacidad de situar cronológicamente la Edad Media, «suelen estar convencidos de que ésta fue una época de ignorancia, represión y superstición intelectual» (p. 73). Cuenta aquí el origen de las más antiguas: París (en cuyas cátedras se destacó la figura de Santo Tomás de

Aquino), Bolonia, Oxford y Cambridge. En todas ellas, «al impulso intelectual de la Iglesia en el fomento de las universidades, se sumaron el estímulo y el apoyo del Papado» (p. 74), buscando asegurarle a los estudiantes un entorno adecuado para sus estudios. Basta lo dicho para darnos una idea de la tesis principal del capítulo cuarto, «La Iglesia y las universidades». Describe también aquí el método escolástico.

De la mano del capítulo anterior ha de derribarse también uno de los mayores lastres de la cultura actual: la leyenda de la supuesta hostilidad de la Iglesia hacia la ciencia. Dicho lastre ya no es sostenido por los historiadores auténticos, sino por quienes no pueden liberarse del falso a priori de que necesariamente ha de haber contradicción entre la ciencia y la fe. Cómo se dio el paso de mantener el compromiso con la investigación de la naturaleza y las leyes que la rigen, en equilibrio con el elemento sobrenatural, es quizá el pasaje más bello de este capítulo, logrado históricamente por la Escuela catedralicia de Chartres. Sin embargo, y como para empezar a dialogar con el mundo de hoy es necesario tener elementos comunes, empieza por explicar el caso (tan puesto en tela de juicio) de Galileo Galilei. Además, sostiene con argumentos fuertes la tesis de que el alto grado de avance científico de la civilización occidental cristiana por sobre todas las otras civilizaciones se debió a la creencia en un único Dios, creador de un mundo con leyes físicas estables.

No pudiendo dejar de lado además el legado católico en lo referente al «Arte y la arquitectura», muestra Thomas Woods cómo «la mera existencia de muchas de nuestras obras maestras es en sí misma un reflejo de las ideas católicas» (p. 151). Difícilmente pueda exagerarse al referirse a la fuerza con que la Iglesia rechazó la herejía iconoclasta, lo mismo de la precisión geométrica con que fueron diseñadas las antiguas iglesias que aún hoy perduran en pie. Esta coherencia arquitectónica ha calado profundamente en el espíritu católico desde que se cuenta con la certeza de que Dios «ordenó todas las cosas por peso, número y medida» (cf. Sab 11,21).

Otra tesis que demuestra con elementos históricos el autor, en el capítulo 7, «Los orígenes del Derecho Internacional», es que el mismo es un logro substancial de la reflexión filosófica por parte de los teólogos españoles a partir de la controversia en torno a los pueblos indígenas americanos, en que se establecieron las normas morales que los Estados estaban obligados a guardar. Fueron en este aspecto los principios puestos por los teólogos católicos los que, reconociendo en los indígenas su condición de persona, resultaron en los principios que rigen «aún hoy» el derecho internacional.

Antes de Cristo no existía la caridad tal como la conocemos hoy. De hecho, en su capítulo acerca de «Cómo la caridad católica cambió el mundo», el autor sostiene la siguiente tesis: «Baste decir que la caridad católica no ha te-

nido parangón en cuanto a cantidad y calidad del trabajo realizado y del alivio del sufrimiento y de la miseria humana. Vayamos aún más lejos: fue la Iglesia católica la que inventó la caridad tal como hoy la conocemos en Occidente... El espíritu de generosidad del mundo antiguo resulta, pese a todo, deficitario si se compara con el de la Iglesia. La caridad antigua era casi siempre interesada, antes que puramente gratuita» (p. 212). Un signo de esto está en el origen de los hospitales, descrito por el autor.

Otra tesis que el autor se digna demostrar es acerca de «La Iglesia y el Derecho Occidental», afirmando que «los principios del Derecho Occidental se hallan en sus orígenes, y por tanto en su naturaleza, en íntima relación con conceptos claramente teológicos y litúrgicos, como son la expiación y los sacramentos» (p. 232). Un paso clave fue la delimitación de las fronteras que debían separar las funciones de la Iglesia y del Estado; esto se logró con san Gregorio Magno, a partir del cual tanto Iglesia como el Estado empezaron a redactar códigos legales en que se definieron las responsabilidades de cada institución. La dificultad para los legisladores católicos estaría en llevar a la práctica este nuevo código en un mundo que aún se regía por ciertas costumbres bárbaras.

La última tesis es acerca de «La Iglesia y la Moral en Occidente». Fue la Iglesia la que condenó rotundamente el suicidio, las peleas entre gladiadores en la arena por una razón de entretenimiento y quien circunscribió las re-

laciones íntimas al matrimonio y estableció los criterios para un guerra justa, entre otros elementos tan discutidos en la moral.

Como conclusión, termina por proponer que en contraste con los enormes frutos que bajo el influjo de la Iglesia, había alcanzado la civilización occidental, el arte, la música y la cultura actual en general reflejan un trasfondo intelectual en *un mundo sin Dios*, «contrario a la ciencia católica en un mundo ordenado y dotado de sentido» (p. 267).

Ciertamente que debemos a Thomas Woods Jr. un interesante trabajo de investigación que, a más de ayudarnos a defender nuestra Fe contra la falsa opinión pública reinante (y totalmente adversa a la Iglesia), nos forma en el conocimiento de la misma. Quien lea esta bellísima obra hallará ciertos elementos que entran dentro de lo opinable (como ser: una postura favorable al libre comercio y la revolución industrial... y el no poner en evidencia la superioridad del tomismo esencial por encima de filosofías anteriores y posteriores); si bien puede darse eso, digo, el lector no podrá dejar de leer este libro sin concluir que ni siquiera la amnesia histórica actual puede borrar de la historia el papel decisivo de la Iglesia en la construcción de la civilización occidental.

Sem. Roque A. Buezas I.V.E.

FABRICE HADJADJ

La fe de los demonios (o el ateísmo superado)

Arzobispado de Granada, Editorial Nuevo Inicio (www.nuevoinicio.es), Granada 2011, 278 pp.

En tiempos de gran negación de Dios y de simultánea adhesión explícita al Demonio o los demonios, aparece este autor llevándonos directamente al fondo de nuestra psicología y espiritualidad para hacernos pensar en nuestra relación con el Uno y su enemigo o sus enemigos sin dejarnos tiempo para considerar los planteos de dudas sobre la existencia del Creador y sus creaturas.

Es un texto denso habilmente presentado que permite una lectura a discreción igualmente agradable: o bien en una corrida, o bien por entradas varias con pausa y reflexión, o bien ambas; la elección depende, dependerá entonces, de cada lector.

El autor es una persona judía de nombre árabe y -desde 1998- de conversión católica, esposo -casado con Siffreine Michel, actriz de teatro- y padre de cuatro hijas, ejerce como profesor de Filosofía y Literatura en Francia (en el instituto privado Sainte-Jeanne d'Arc y en el Seminario de Toulon). Estudiante de la Biblia por vocación y tradición.

Esta recensión podría acabar acá recomendando la lectura de este libro y su meditación, la cual halla su momento más profundo en la tercera lección

de la tercera parte «para ser escrita por la Gracia con la propia sangre»; título que, lógicamente, es seguido del espacio en blanco.

Lo recomiendo desde la Salud -mi tarea cotidiana- y mi recuperación de cierto bienestar tras esta lectura, que hice al modo de entradas sucesivas y espero releerlo de una vez.

En la introducción el autor señala que su conversión es no un término sino un desafiante comienzo... («estar mejor de salud puede dotarme de más fuerzas para estrangular a mi hermano (...))»; y, luego, en tres partes con tres lecciones cada una consigue mantener nuestra atención simultáneamente en la lectura y en el ideario propio mostrándonos con una variedad de explicaciones y reflexiones sobre las astucias del Diablo para confundirnos al punto de que, por ejemplo, en nuestra lucha «contra el ateísmo puede hacernos caer en su teísmo: una fe llena de mí mismo, egológica y a partir de ese momento no teológico».

La primera parte alude al fariseo -su actitud no tiene justificación, es diabólica- y su comparación, ante Dios, con el publicano -el santo, que se mantiene a distancia y que no quiere levantar los ojos al cielo-, explicando así cómo se puede tener una fe infalible y caer en el peor de los pecados. Luego el desarrollo nos ubica ante las tentaciones en el desierto. La astucia demoníaca nos provoca confusión o separación entre la carne y el Espíritu.

En la segunda parte destacan la Fe de Pedro, la confusión de Pedro y el llamado de Nuestro Señor a tomar sí o sí la cruz si es que queremos seguir-Le, creerLe sin confusiones, pues de lo contrario, el ateísmo y sobremanera el fariseísmo -el que le dio muerte a Cristo, como bien enseña el P. Castellani- nos introducen en las «bienaventuranzas del infierno».

Finalmente, en la tercera parte, el antagonismo entre el demonio y la mujer, el demonio y el Hijo, el mundo y el apóstol, nos muestran que nuestro encuentro con Dios (con las citas contundentes de las Teresas -Ávila, Lisieux, Auschwitz y Calcuta-) ocurre allí donde anida en nosotros la Fe aunque sea de noche y una noche muy larga...

He mencionado ya el final del libro con esa página en blanco que nos llama a permanecer en la Gracia y en Ella a dar nuestra sangre -por Cristo a Quien esperamos- en la Adoración y el Apostolado (el autor reconoce en su oficio su deber y en su estado -matrimonio y familia- su verdadero camino de fe).

Agradezco especialmente al P. Gabriel Zapata cuanto me anima en la búsqueda de la verdadera Fe.

*Dr. Enrique Ansaldi,
eransaldi@gmail.com*

FABRICE HADJADJ

La terra strada del cielo. Manuale dell'avventuriero dell'esistenza

Ed. Lindau, Torino 2010, 127 pp.

1.El Autor

Fabrice Hadjadj, nació en Nanterre en 1971 de padres hebreos de origen tunecino y convicciones maoístas. Se define asimismo como «un hebreo de nombre árabe y de confesión católica». Se convirtió al catolicismo después de transcurrir la juventud entre la admiración de los ideas revolucionarios de la ciudad de París y la inmersión de los grandes nihilistas del '900. Es profesor de filosofía y literatura en el liceo Sainte-Jeanne-D'Arc y en el Seminario Diocesano de Toulon, pero sobretodo es filósofo, autor de una decena de libros en forma de ensayos y dramas teatrales.

2. Esta obra

El presente libro se divide en dos grandes partes que siguen a una breve introducción. La primera parte se titula: «Un terreno para la metafísica» y cuenta con tres capítulos. La segunda parte, «Un cielo como patria», se divide a su vez en cuatro capítulos.

Se trata de un libro en el que vienen afrontados con gran seriedad y de modo profundo, los grandes enigmas del hombre, tales como su origen y fin último, a la luz de la Sabiduría Perenne de todos los siglos, con especial referencia al magisterio de Santo Tomás de Aquino, que es el autor más cita-

do por Hadjad. Entre estos dos polos cada hombre debe andar su camino; y si presta atención encontrará que este mundo en el cual está inmerso encierra en sí una llamada a la Trascendencia: debe admirarse y dar gracias a Dios por la creación y amar a su prójimo, por amor a Dios y como signo de su amor a Dios.

En la introducción el A. delinea su propósito: «Me he dado cuenta que el más pequeño pañuelo, más aún, el más pequeño pedacito de tierra, aún tratándose de tierra sin cultivar, por poco que se lo observe, encierra en sí horizontes desconocidos (...) Hay entonces aquí, cerca del suelo, algo que parece venir de lejos, de más lejos de cuanto imaginamos» (p. 13). Y continúa: «Por el simple hecho que nuestra vida es un breve viaje hacia la muerte, nuestra condición es esencialmente itinerante; por esto no tenemos necesidad de movernos demasiado para llegar al infinito. He aquí el objeto de este libro (...) A decir verdad me hubiera gustado escribir una Guía de viaje a domicilio, o también un Manual del aventurero de la propia existencia (pero) hubiera sido necesario un libro personalizado para cada lector (libro que podría escribir solo el lector, más aún, sólo Dios –pero este Libro ¡ya existe!–) (y por eso) he debido contentarme con algunos principios generales» (p. 14).

En la primera parte el Autor muestra como la metafísica, lejos de hacernos perder en un «mundo nebuloso» (p. 14), nace de la tierra –el principio de la filosofía es el asombro ante el ser–

y a ella nos reconduce, ofreciéndonos siempre «nuevas razones para maravillarnos», y por eso nos invita a sorprendernos «delante de lo ínfimo que nos abre un camino» (p. 14).

Así cada hombre con la tierra antes de establecer una relación «física», establece una relación «espiritual»: «Antes de cultivar y dominar la tierra, Adán da el nombre a cada creatura: antes de ser arable, la tierra es inteligible, buena para nuestro espíritu (...) la siembra es siempre contemporánea a la contemplación, la cosecha a la fiesta» (p. 20).

De allí que el idealismo que tiene su origen en las disquisiciones de Descartes debe ser criticado, sobre todo porque «la naturaleza es concebida antes que nada como una extensión a cuantificar y un recurso a utilizar, y no más bien como la materna surgente del primer estupor y de la primera certeza». De allí que esta doctrina que pone su centro en el *cogito* antes que en el ser busca de interpretar al hombre como una «encarnación del ángel» (p. 23) y terminan «encerrándolo dentro de sí mismo» (p. 26).

El Autor declara que por el contrario, «la filosofía del ser, sobre los pasos de Aristóteles y Tomás de Aquino, se opone radicalmente a esta forma de idealismo que, rechazando la tierra, termina por rechazar también el Cielo». De hecho Santo Tomás señala que «el estudio de la filosofía no tiene como objetivo saber qué cosas han pensado los hombres, sino conocer cuál es la realidad de las cosas» (TOMÁS DE AQUINO, *Comen-*

tario al *De Coelo et mundo de Aristóteles*, Libro I, lección 22, cap. 8) (p. 27). La tierra debe ser para nosotros entonces el camino al Cielo: «La piedad exige que se adore al Altísimo postrándose al suelo. No es despreciando la tierra que se asciende al Cielo, sino cultivándola y contemplándola con humildad» (p. 32). Esto por la sencilla razón de que Dios en cuanto Causa Primera está presente en todo: «Decir que el Creador es trascendente no significa afirmar que Él es externo o separado del mundo, sino, al contrario, que se encuentra en todas partes. Significa afirmar su íntima presencia en cada granito de polvo y en cada hilo de hierba (p. 41) (y) Él está mayormente presente en los seres más perfectos» (p. 46).

«La tierra es por lo tanto el anuncio y el camino que conduce a Dios. Quienes no lo ven no son amigos de la tierra sino cómplices de la nada». De este modo el «peregrinar del alma hacia Dios pasa necesariamente a través de la tierra y sus realidades sensibles» (p. 54).

Esta primera parte termina con una genial frase de Santo Tomás que resume lo dicho: «Dios, en cualidad de maestro excelente, se ha preocupado de dejarnos dos textos perfectos para llevar a cumplimiento nuestra educación en un modo que no deje algo que desear. Estos dos libros divinos son la Creación y la Sagrada Escritura. La primera obra contiene tantos excelentes capítulos cuantas son las creaturas y nos enseña la verdad sin mentirnos. Por esto, cuando una persona le preguntó a Aristóteles dónde había aprendido tan

nobles verdades, él respondió: “en las cosas, porque ellas no saben mentir”» (Quinto sermón para el 2º domingo de Adviento).

En la segunda parte el A. busca de evidenciar, continuando con lo dicho, que nuestra patria efímera está como «envuelta» por nuestra Patria eterna. «El amor por esta última no rompe, sino que refuerza los vínculos espirituales con la patria carnal... El Absoluto se encuentra desde ahora en el ángulo de la tierra donde nos ha puesto» (p. 14-15). Por lo tanto nuestro deseo del Cielo conlleva el compromiso de trabajar también por la justicia y la paz en la tierra, y de modo particular en nuestra propia patria. Así «desde el punto de vista metafísica, los franceses de antiguo linaje son aún como inmigrantes en Francia, porque la Francia es en primer lugar la patria del Eterno, habiendo sido creada por Él, y teniendo la vocación de conducirnos a Él» (p. 78). Amar la propia patria, practicando la virtud de la piedad (que nos lleva a prestar obsequio a nuestros padres y a la patria, a los cuales, después de a Dios, somos inmediatamente deudores [Cf. *Summa Theologiae*, II-II^a, 101, a.1]), nos lleva a empeñarnos en mil pequeños gestos cada día: «estar atentos a aquello que es cercano, a este árbol, a esta casa, a este vecino (de nuestra casa), y estar dispuestos a cuidarlos; gestos simples, que conservan la memoria y la gratitud, y que como una liturgia cotidiana resultan siempre más brillante. Es necesario observar que el *proximus* que la Ley nos impone de mar –bajo de pena

de muerte— es propiamente aquel a quien no hemos elegido pero que tenemos enfrente: el pobre que huele mal; el compañero antipático. Y en el primer lugar entre aquellos que no hemos elegido están nuestros padres y nuestra Patria» (p. 97).

Ya hacia el final la idea de fondo vuelve a aparecer con fuerza: es nuestra relación con esta tierra —alabar a Dios en sus criaturas, amarlo en mis hermanos— la que decide nuestra suerte ultraterrena: «nuestro Principio primero, el Padre de nuestros padres, es Dios; nuestra Tierra primera, la Patria de nuestras patrias, es el Cielo» (p. 99). Así porque «el Cielo es la surgente y el culmen de toda patria, la Fe no nos aparta del cuidado por la ciudad terrena, sino más bien, nos empuja a empeñarnos en el máximo grado (...) el Bien Común eterno es garante y orienta el bien común temporal (p. 101) (...) es exactamente en la medida en que amamos a nuestro prójimo que alcanzamos al Inaccesible» (p. 103).

Si la tierra es el camino que lleva al Cielo, lo es aún más —señala el A.— desde que el Verbo se hizo Carne, constituyéndose Él mismo en camino para que el hombre llegue a Dios, y ofreciéndonos como alimento espiritual su propio Cuerpo y su misma Sangre, sacrificados en el Gólgota y nuevamente presente en cada Misa, donde la tierra ofrece a su Creador la materia para que Éste perpetúe su sacrificio. Si el Cielo está allí donde está Dios, entonces el Cielo en la tierra se encuentra allí donde hay un Sagrario.

Solo nos queda recomendar vivamente la lectura de este libro que ayuda a pensar y a vivir y a ordenar nuestros días según Dios.

«“Ora et labora”, recita el lema benedictino (...) reza y trabaja, o sea, contempla y fatígate (...) traza cada surco como si fuera una oración, canta cada versículo como si fuera una semilla, y escava, escava en lo profundo de cada cosa hasta llegar a Dios» (p. 122).

*P. Lic. José G. Ansaldi I.V.E.
Roma, Italia*

MEG MEEKER

Padres fuertes, hijas felices. 10 secretos que todo padre debería conocer

Ciudadela Libros, S. L., Madrid,
www.ciudadela.es, 248 pp.

Su autora, médica pediatra, es norteamericana. No la conozco personalmente ni tampoco he tenido alguna comunicación con ella más que la lectura de este excelente trabajo suyo con el cual, al paso de las páginas, fui identificándome plenamente con su reflexión y sus consejos. Digo, sin decir que podría escribir tal su calidad, que las situaciones que a ella le han planteado adolescentes y familias y el abordaje diagnóstico y terapéutico que ella devolvió coinciden, respectivamente, con los problemas que les ocurren a las

niñas y adolescentes de nuestras tierras y con las orientaciones que debemos proporcionarles.

Sin sorpresas, si se considera el fundamento más acabado de su convicción, Meg inicia su libro con una dedicatoria agradecida a las figuras paternas de su vida.

«Este libro le enseñará a fortalecer lazos, y en caso a rehacerlos, y a saber utilizarlos para modelar mejor la vida de su hija»... y con las debidas adecuaciones usted, padre o madre, educador/a en general, lo aplicará a la relación con su hijo, sus hijos, sus educandos.

«El padre ausente», las «crisis de paternidad», la desfiguración de Dios Padre, la vulneración de la misión educativa de las familias además de la procreativa, la anulación del amor y su reemplazo por la denegación de la convivencia o la enfermedad psiquiátrica, la soledad desabrida, el olvido de la tradición de las virtudes a cambio de las redes sociales virtuales e ineficaces para el afecto y la madurez humana, el vivir sin dejar huellas propias ni tampoco el andar por caminos vitales seguros a cambio del sedentarismo corporal y espiritual, son todos ellos temas conocidos y tal vez hasta redundantes frente a los cuales comunmente ocurre el acostumbamiento, la aceptación pasiva de que «el mundo ahora es así» al tiempo que seguramente decimos «qué mal está todo, qué pérdida está la juventud, parece que se viene el fin del mundo» mientras nuestros hijos (hijas en el caso de este libro) se crían

sin rumbo, sin la primera educación (familiar) haciéndose estéril el esfuerzo (cuanto menos no bueno) de la escuela (complemento de la primera) y luego los resultados, las conductas, de nuestra prole son los que devienen de la sexualidad desordenada, el uso indebido del alcohol, el consumo de drogas ilícitas, el abuso de drogas lícitas, la adicción a elementos electrónicos, la violencia intergeneracional, intrageneracional y doméstica.

Al estilo del espectáculo norteamericano la Dra. Meeker, formada en centros de Massachussets, Cincinnati y Wisconsin, y como miembro de la Academia Americana de Pediatría, aborda todos los tipos de problemáticas que han llegado a su consulta mostrándonos su interpretación centrada en Dios y en Sus Quereres y dando pronta y resuelta solución a los mismos –por lo menos en los que aparentemente ha tenido éxito– hablándole al padre de la adolescente o joven en cuestión y encomendándole firmemente se haga cargo de acompañar a su hija, dándole indicaciones precisas para manejar la situación, pues ella confía natural y primordialmente en su presencia y en su consejo y participación en la resolución de su normal angustia de crecimiento o conflicto en el que ha caído.

Expresiones que conllevan algo así como la fórmula del éxito se suceden en cada uno de los diez consejos aplicables a las diez problemáticas que Meg ha observado sobresalientes, y va la siguiente a modo de invitación para una lectura entretenida:

«Su instinto natural es el de proteger a su hija. Olvídese de lo que la sociedad del momento o los psicólogos más vanguardistas le puedan aconsejar. Hágalo»... «Ella necesita que usted sea su héroe».

Personalmente me gozo en la orientación familiar, en la presentación de esta Colega eminente, y en el agradecimiento a quien, hijo y padre, me regaló un ejemplar de esta obra.

Dr. Enrique Ansaldi,
eransaldii@gmail.com

FRAY LUIS DE GRANADA

La Retórica Eclesiástica

Edivi, Roma 2012, 596 pp.

Tengo el agrado de presentar esta reedición en español de «Los seis libros de la Retórica Eclesiástica», a cargo del Instituto del Verbo Encarnado.

Se trata de un libro secular, que por su reconocida fama y vastísimo provecho no necesita de mayor presentación. Tomo un párrafo de quien es su gran admirador, discípulo y entusiasta difusor, y que con gran esfuerzo ha hecho llegar esta nueva edición a nuestras manos y la de tantos jóvenes misioneros y nóveles oradores: «pues bien, uno de los grandes de España del siglo de oro, Fray Luis de Granada, O.P., tomó lo mejor de la retórica griega y latina con Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Fa-

bio Quintiliano y otros y compuso la obra clásica de la retórica sagrada a la que dio brillos inigualados. Pertrechados con su doctrina oratoria miles de predicadores se subieron a los púlpitos y ambones y supieron cantar la gloria de Dios para bien de los hombres» (R. P. Carlos M. Buela, I.V.E.).

Para esta reedición de *La Retórica Eclesiástica* (tomo de la Nota) de Fray Luis de Granada fueron utilizadas dos ediciones bilingües: *Retórica Eclesiástica*, en *Obras Completas*, tomo XXII (409 págs) – XXIII (565 págs), Edición Álvaro Huerga, Fundación Universitaria Española, Dominicos de Andalucía, Madrid 1999 (que reproduce la antigua traducción realizada por Mons. José Climent); y MANUEL LÓPEZ-MUÑOZ, *Los seis libros de la Retórica Eclesiástica, o método de predicar*, Colección Quintiliano de retórica y comunicación 13, Instituto de estudios riojanos, Ayuntamiento de Calahorra, Logroño 2010, 767 págs. Esta última edición crítica y traducción formaron parte de la Tesis doctoral del autor, defendida en el Departamento de Filología Latina de la Universidad de Granada en julio de 1994. En esta nueva edición se tomó como base el texto de Climent buscando de adaptarlo al uso de la lengua española moderna, en modo tal de hacer dicho libro más accesible a la comprensión de los lectores de hoy. Además, aprovechando el valioso trabajo de Manuel López-Muñoz se mejoró el aparato crítico de la publicación de Climent, que bajo este aspecto pedía una revisión.

Es una obra escrita hace casi cinco siglos. Pero la urgencia de la predicación no cesó, incluso es cada vez mayor, como lo constatamos a diario; y la profundidad y excelencia con que desarrolla el arte de la Oratoria Sagrada no ha sido superado, y es fácilmente adaptable a nuestros tiempos modernos y sus predicadores, «nuevas voces del Verbo Eterno».

*P. Emmanuel Ansaldi I.V.E.
Barbastro, España*

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

LA CRUCIFICIÓN DE PEDRO EN LA BASÍLICA VATICANA

«En un primer momento fueron arrestados los que confesaban su fe, luego bajo denuncia fueron juzgados culpables muchísimos otros no tanto por el delito de incendio sino por odio hacia el género humano. Y a su muerte se acompañó también el menosprecio: fueron cubiertos de heridas en la piel y fueron despedazados por las bestias, o sino crucificados y quemados vivos, para que como antorchas sirvieran para iluminar la noche tras la caída del sol» (Tácito, *Annales*, XV, 3-4).

Con estas palabras el histórico Tácito, que vivió entre el siglo I y II d.C. recordaba el martirio de una multitud ingente de cristianos al día siguiente del incendio de Roma el 19 de julio de 64 d.C. Persecuciones a tal punto crueles como para infundir piedad y desaprobación en el mismo Tácito, que así escribió: «suscitaban porque eran sacrificados no en vistas del bien común, sino para satisfacer la crueldad de uno solo» (Tácito, *Annales*, XV, 5).



Entre el elegido grupo de los protomártires cristianos, la Iglesia recuerda el martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo, copatronos de Roma. Pablo, según los escritos de los Apócrifos, fue decapitado en las «Acque Salvie», en el lugar del actual santuario de las Tres Fuentes; Pedro fue crucificado en el Vaticano con la cabeza dirigida hacia abajo, según una pía tradición reportada por Orígenes (en Eusebio de Cesárea, *Hist. Eccl.* III, 1), por san Jerónimo (De

Vir. III., 1) y por los Hechos Apócrifos de los Apóstoles (Act. Vercelenses, 37-38, Ps. Marcelo, Act., 81).

Del martirio de Pedro sobrevive el recuerdo en la Basílica Vaticana a través de las numerosas representaciones de la crucifixión, que encontramos en bajorrelieves de bronce, en esculturas de cándido mármol, sobre recuadros en estuco dorado, sobre mosaicos de vivos colores y sobre madera finamente tallada.

El visitante encuentra la primera imagen de la crucifixión de Pedro sobre la puerta de bronce del Filarete (1400-1469), que ya pertenecía a la antigua basílica. Se muestra al Apóstol mientras cuatro verdugos le clavan los pies y las manos sobre el leño de la cruz, ya firmemente plantado en el terreno. El dramático momento del martirio será reproducido poco menos de dos siglos después durante el pontificado de Pablo V (Borghese 1605-1621), sobre el lado derecho de la verja en bronce dorado de la llamada «Nicchia dei Palli», un pequeño lugar que se abre sobre el prospecto de la Confesión en correspondencia de la sometida tumba apostólica. En este lugar de tan significativa y evidente importancia, se quiere representar el momento en que fue levantada la cruz dada vuelta con el cuerpo muerto de Pedro.

Unos años más tarde, entre 1624 y 1625, la apasionada escena de la crucifixión es tallada por Giovan Battista Soria y Bartolomeo Dei Rossi, sobre uno de los retablos de madera de la Capilla del Coro.

En el Setecientos se quiere recordar el terrible momento del martirio de Pedro en un retablo de altar de la tribuna meridional, que reproduce en mosaico la céle-



bre pintura de Guido Reni, realizada entre 1604 y 1605, y hoy conservada en la Pinacoteca vaticana.

Allí están representados tres «verdugos» intentando levantar con una cuerda la cruz con el cuerpo del anciano Pescador de Galilea. Esta escena inspiró al arquitecto Luigi Vanvidelli (1700-1773) que en 1749 siguió el diseño para la ejecución del gran medallón en estuco dorado del arco absidal de la basílica.

También en 1970, el escultor Egidio Giaroli quiere representar el martirio de Pedro sobre uno de los dos grandes candelabros de bronce puestos delante en la venerada estatua del Apóstol.



Otras numerosas imágenes, antiguas y modernas, muestran el cuerpo crucificado del Príncipe de los Apóstoles. Así, la figura de Pedro, que con el extremo sacrificio del martirio dio testimonio de su fe en Cristo Salvador, ocupaba la parte central del friso del ciborio esculpido por Paolo Romano entre 1467 y 1470 para el altar papal de la vieja basílica. El cuerpo moribundo del Apóstol, clavado sobre la cruz dada vuelta firmemente plantada sobre una roca, está representado con vivo realismo: en su rostro se trasluce el sufrimiento de un hombre sometido a un atroz suplicio. Con referencia a los escritos en los «Apócrifos» el artista esculpió a los pies de la cruz un pequeño perro. Con ingenua libertad quiso verosímilmente hacer asistir a la gloriosa muerte del Apóstol el perro al cual san Pedro mandó hablar con una voz humana a Simón Mago, haciendo reencontrar al senador Marcelo y a cuantos asistieron al prodigioso evento la perdida fe cristiana (Act. Vercellenses, 9-12, ed. Moraldi 1994).

Sobre la bóveda del pórtico encontramos a Pedro Crucificado en el interior de un medallón en estuco realizado en 1618 por la cuadrilla obrera del Canton Ticino sobre la base de un diseño de Giovan Battista Ricci de Novara (1540-1627). El cuerpo del primer Papa es clavado sobre la cruz invertida plantada «inter duas metas» entre la pirámide ostiense y la perdida pirámide de Borgo: a los pies de la cruz, las simbólicas llaves.

Entre las imágenes más recientes de Pedro crucificado, se recuerda el bajorrelieve de mármol de Floriano Bodini (1933-2005) para el altar de san Pedro en las Grutas Vaticanas: el Papa Pablo VI, 262º sucesor de Pedro, está representado mientras sostiene devotamente la cabeza del Apóstol en la cruz.

Traducción del italiano por el Sem. Facundo Bracamonte IVE

NUESTRA TAPA

LA ANUNCIACIÓN DE JOAN MAYNÉ

*P. Lic. Agustín Spezza I.V.E.
San Rafael, Argentina*

*«Haz un retablo que con sólo verlo,
con sólo mirarlo, la gente se quede extasiada
y con eso sólo ya haga oración».*



Estas palabras de San Josemaría Escrivá motivaron e inspiraron al escultor catalán Joan Mayné para crear un retablo de la Virgen que fascina y es un verdadero homenaje a la fe cristiana.

El retablo se encuentra en el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, Diócesis de Barbastro, «en el Reino de Aragón», en el que reza un antiguo panfleto del año 1900 que relata los «Gozos de Nuestra Señora», venerada, según la tradición desde 1084, «en los términos del pueblo de Bolturina», y que «los santeros llevaban a las casas de la zona, con el fin de facilitar su culto y mover la generosidad de los devotos».

Torreciudad ha sido desde tiempo inmemorial, centro de la piedad mariana, millares de personas se han postrado a los pies de la Virgen de este lugar durante nueve siglos, como manifestación del gran amor a María y con el «deseo que muchas personas la conozcan y la amen».

San Josemaría se ha querido sumar a esta larga historia de devoción mariana. En efecto, «bajo su impulso espiritual se levantó este santuario como lugar de conversión bajo el amparo de la Santísima Virgen».

«El retablo se inspira en los de estilo plateresco renacentista, característicos de Aragón y llamados *retablos custodia*, por tener en el centro un óculo, a través del cual se ve el Sagrario, de forma que todo el retablo sirve de Custodia». El retablo fue comenzado por Joan Mayné hacia finales de 1972 y concluido en junio de 1975.

El mismo está hecho en su totalidad de alabastro y mide 9.50 metros de anchura por 14.50 metros de altura.

El centro de la obra es el motivo eucarístico, donde se encuentra el óculo en el que va el Sagrario, donde está reservado el Santísimo Sacramento, y que con la escena de la Crucifixión forman una unidad, separado por el travesaño horizontal de la cruz donde se junta lo divino y lo humano en el crucificado, que elevado sobre la tierra atrae a todos hacia Él y apunta al centro, donde se encuentra el Dios vivo del Sagrario.

Debajo se encuentra el camarín donde se guarda una imagen muy antigua, totalmente frontal de estilo románico, se trata de Nuestra Señora de Torreciudad, Reina de los Ángeles.

En total, el inmenso retablo está compuesto por ocho escenas de la vida de la Virgen, hermosísimamente esculpidas siguiendo «los criterios iconográficos clásicos» y todos ellos inspirados en los escritos de san Josemaría. El retablo tiene una unidad tan sorprendente y dinámica, que se

puede decir con toda justicia que es un homenaje a la fe cristiana y que el sólo mirarlo lleva a Dios por el camino mas directo.

La escena de la Anunciación del Arcángel San Gabriel

La escena de la Anunciación que vamos a comentar, está ubicada a la izquierda del espectador y es la segunda de arriba hacia abajo. Nos dice el artista: «Intenté que la Santísima Virgen estuviera como receptora, sentada, en forma de “U”, esperando; y el Ángel muy fuerte, muy potente, entregando. Porque traía un mensaje muy, muy importante. Entonces (...) ientra con toda la fuerza! Y la Santísima Virgen lo recibe con toda la humildad!»

Quizá el breve pensamiento de santo nos ayude a apreciar del modo más teológico nuestra Anunciación:

«Cristo, *perfectus Deus, perfectus homo (Símbolo Quicumque)*, quiso que también su Madre, la criatura más excelsa, la llena de gracia, nos confirmase en ese afán de elevar siempre la mirada al Amor Divino. Recordad la escena de la Anunciación: baja el Arcángel, para comunicar la divina embajada -el anuncio de que sería Madre de Dios-, y la encuentra retirada en oración. María está enteramente recogida en el Señor, cuando san Gabriel la saluda: *Dios te salve, ioh, llena de gracia!, el Señor es contigo (Lc 1,28)*. Días después rompe en la alegría del Magnificat, ese canto mariano, que nos ha transmitido el Espíritu Santo por la delicada fidelidad de San Lucas, fruto del trato habitual de la Virgen Santísima con Dios» (san Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 241).



En verdad este hermoso retablo lleva a la oración. La Virgen sentada



frente al Arcángel, pero mirando mas allá, hacia el Invisible que se está haciendo visible, aunque escondido por el momento, acurrucado en su Santísimo vientre. María es la mujer que mira para adentro y guarda junto con el Verbo todas las cosas en el cofre de su Inmaculado Corazón. Jesús, pequeño como un punto, en el centro de ese nuevo Paraíso terrenal que mese María con sus manos. Desde arriba, los rayos del Espíritu Divino forman una sola cosa con el que está en el seno de la Virgen. María contiene al incontenible. María es el «Vaso espiritual» en el que descende toda la divinidad y toma carne. Toda ella en actitud humilde y receptiva. El Ángel anuncia el gran Anuncio, pero al mismo tiempo admira, portando el candelabro de quien es la fuerza de Dios, la Luz del mundo. El libro

abierto es el testigo mudo que se convierte en Palabra viva entre los hombres. Y todo, gracias al Fiat creador de María.

«Obedecer (*ob-audire*) en la fe –dice el Catecismo– es someterse libremente a la palabra escuchada, (...) garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma» (44).

Por la fe de María, se abren las compuertas del cielo, que primero descenden sobre ese Seno Virginal que da a luz al que es la Verdadera Luz del mundo.

La Virgen María en efecto, «realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, *creyendo que nada es imposible para Dios* (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y *dando su asentimiento: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc 1,38). *Isabel la saludó: ¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!* (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán Bienaventurada (cf. Lc 1,48)» (CIC 148).

La fe de María es el principio de su divina maternidad y de su grandeza, dicen los Santo Padres. Ellos admiten como un axioma que «Fide concepit, fide peperit» (por la fe concibió, por la fe dio a luz).

La contemplación de esta obra, por sí sola, habla a nuestro interior, y eleva, a través de la escala luminosa de la belleza, a la meditación de los misterios de nuestra fe.

La talla, por sí sola, colabora con el fin apostólico del Santuario. «A la Virgen de Torreciudad no le pediremos milagros externos. En cambio, sí que nos dirigiremos a Ella para que haga muchos milagros internos, cambios en las almas, conversiones».

Bibliografía

- *San Josemaría Escrivá y el Santuario de Torreciudad*, Patronato de Torreciudad, 2003.
- Reportaje sobre Torreciudad, Youtube.

Se terminó de imprimir esta edición
de REVISTA DIÁLOGO n° 61
25 de diciembre de 2012,
Solemnidad de la Natividad del Señor

Booverse
Av. Belgrano 748
Buenos Aires, Argentina